

André Barjonet, nacido el año 1921, cursó estudios superiores de historia y geografía. De 1940 a 1942 es representante de los estudiantes comunistas de Toulouse y Montpellier. Participó en la “resistencia” durante la ocupación nazi y desde 1946, fue secretario del Centro de Estudios Económicos y Sociales de la CGT y, por esta razón, miembro del Consejo Económico y Social.

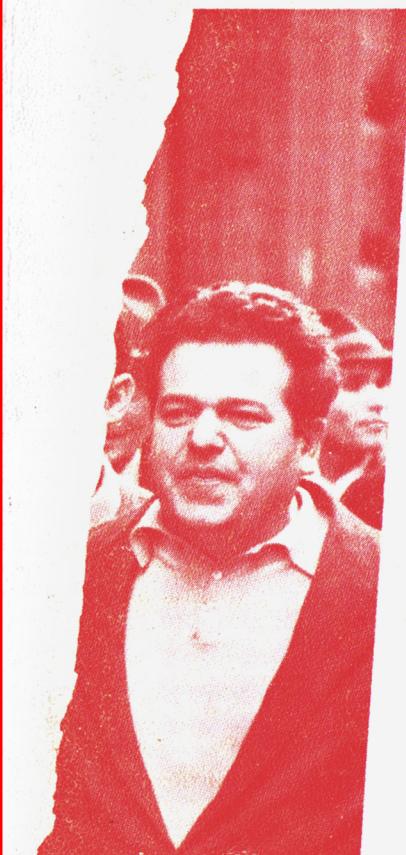
Dimite de la CGT el 23 de mayo de 1968 para protestar contra la actitud adoptada por dicha central. El mismo año publica *La Révolution trahie de 1968* (La revolución traicionada de 1968) y el presente libro.

La historia de la CGT, según Barjonet, se confunde con el itinerario de la misma clase obrera francesa. Para el autor, se plantean algunos interrogantes decisivos ante el futuro: ¿Es la CGT la correa de transmisión del partido comunista? ¿Tiene elaborada una estrategia? ¿Por qué frenó el movimiento de mayo (1968)?

LA C.G.T.

Un análisis crítico del sindicalismo francés

ANDRÉ
BARJONET



André Barjonet

La C. G. T.

Un análisis crítico del sindicato francés

Título original: La CGT

Traducción: José Luis Gallego

Éditions du Seuil, París

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA. Jesús Salvador

ADVERTENCIA PRELIMINAR

PRIMERA PARTE. LAS FECHAS CRUCIALES

I. LOS ORIGENES

II. 1936: DE NUEVO LA UNIDAD

III. LA GUERRA (1939-1945)

PARTE II. ESTRUCTURA Y METODOS

IV. LA ORGANIZACIÓN INTERNA

V. EFECTIVOS, IMPLANTACIÓN E INFLUENCIA

VI. MEDIOS DE ACCIÓN, EDUCACIÓN Y PROPAGANDA

PARTE III. LA CGT Y LOS GRANDES PROBLEMAS DE NUESTRA EPOCA

VII. LA CGT Y LA PLANIFICACIÓN

VIII. La CGT Y LAS NACIONALIZACIONES

IX. LA CGT, EL PLAN SCHUMAN Y EL MERCADO COMÚN

X. LA CGT Y LOS PROBLEMAS DE LA UNIDAD SINDICAL

XI. LA C.G.T. Y EL PARTIDO COMUNISTA

XII. LA C.G.T. Y LA ESTRATEGIA DE LAS LUCHAS

XIII. LA C.G.T. Y LOS ACONTECIMIENTOS DE MAYO DE 1968

A MODO DE CONCLUSIÓN

ANEXOS

Acerca del autor

PRÓLOGO

Jesús Salvador

El libro de A. Barjonet sobre la Confederación General del Trabajo (CGT) presenta por varios motivos, un indudable interés. El autor ha sido durante muchos años el responsable máximo del Centro de estudios económicos y sociales de aquella central sindical obrera y uno de sus teóricos principales. El conocimiento que Barjonet tiene de la CGT es, pues, un conocimiento de primera mano difícilmente superable. La Confederación General del Trabajo (CGT) ha sido históricamente, y continúa siéndolo en la actualidad, la organización sindical que posee no sólo el mayor número de afiliados¹, sino también la que ejerce una mayor influencia sobre el conjunto de los trabajadores franceses². La historia de la CGT

1 Al iniciarse la crisis del 2008, la afiliación de los sindicatos franceses es aproximadamente la siguiente: CFDT: 875.000; CGT: 650.000; FO: 300.000. La CGT, por tanto, habría pasado a ser la 2^a fuerza sindical del país vecino. [N. e. d.]

2 No se olvide que el sindicalismo francés a diferencia de otros sindicalismos es un sindicalismo minoritario y que sus afiliados, además de cotizar, etc., adoptan en general una actitud de militancia activa. De ahí su escasa estructura burocrática y una cierta autonomía de la «base». El sindicalismo francés es más una organización de animación de

se confunde en una gran medida con la historia del movimiento obrero francés y con la del propio país. El libro de A. Barjonet ofrece finalmente un interés suplementario por su precisión y su objetividad (que incluso trasciende al lenguaje empleado), a pesar de que fue escrito una vez abandonada por divergencias de línea, la organización en la que colaboró activamente durante tantos años.

Las bases doctrinales, organizativas y estratégicas de la CGT son, en lo esencial, las siguientes:

La doctrina de la lucha de clases; la CGT considera que debe «actuar resueltamente en el terreno de la lucha de clases para la defensa de los intereses de la clase obrera».³

Aspira a ser una organización democrática y de masas, es decir, «una organización capaz de unir para los combates de clase no sólo a una minoría de trabajadores, sino al mayor número, al conjunto de la clase obrera». Sus estatutos afirman que la CGT «agrupa a todos los asalariados deseosos de defender sus intereses morales y materiales, económicos y profesionales».

La acción de la CGT se dirige contra el capitalismo en cuanto tal y particularmente contra el capitalismo monopolista de Estado. La central cegetista manifiesta constantemente su oposición radical al poder de los monopolios, causa «de la explotación creciente de los

masas que una verdadera organización de masas.

3 La CGT (Edit. Centre Confédéral d'Education Ouvrière. Sin fecha). Las citas posteriores de las que no se dé referencia corresponden a este documento...

trabajadores..., denunciando la identidad de objetivos del patronato y del gobierno». La CGT entiende que «el capitalismo monopolista de Estado, que ha encontrado en el régimen actual su más completa expresión, se muestra en realidad impotente para resolver ninguno de los graves problemas económicos y sociales de nuestra época. Es un obstáculo al desarrollo de la sociedad».⁴ La CGT instrumenta su acción contra el capitalismo monopolista en un doble plano: el reivindicativo y el político. En el plano reivindicativo sus acciones se dirigen fundamentalmente a conseguir reivindicaciones de carácter económico (aumentos salariales, disminución de la jornada de trabajo, etc.), entendiendo que no se puede reformar el capitalismo y que bajo el dominio de éste no es posible conseguir ninguna mejora duradera de la situación de los trabajadores.

Considerando que el camino del progreso social pasa por la liquidación del poder de los monopolios (poder que tiene, según la central cegetista, un carácter malthusiano, que no se dirige a la satisfacción de las necesidades sociales y que impide la utilización óptima de las fuerzas productivas), y que las solas reivindicaciones económicas son insuficientes para alcanzar aquel objetivo, complementa su acción reivindicativa económica con otra de carácter político dirigida contra el gobierno y tendente a «contribuir a la unión de las fuerzas democráticas para sustituir el poder personal por una democracia real y renovada en la que la clase obrera ocupará el lugar que le corresponde.

4 «Compte rendu des débats du 36 Congrès» (1967); pp. 19, y 22

La «contribución» de la CGT a aquella «unión de fuerzas democráticas» (léase alianza privilegiada entre el PCF y los socialistas en base a un programa común de gobierno), no sólo se desarrolla partiendo de la acción reivindicativa y en dirección de las fuerzas políticas «democráticas», sino principalmente en dirección de las otras organizaciones sindicales, es decir, de la CFDT y la CGT-FO. Las aspiraciones cegetistas de su mediación son progresivamente: unidad de acción; frente sindical común y unidad sindical.

La alternativa política (el «cambio democrático») a la que la CGT entiende contribuir para satisfacer plenamente las reivindicaciones de los trabajadores, cuenta con el apoyo cegetista en cuanto integra programáticamente dos de sus reivindicaciones intermedias fundamentales: nacionalización de los sectores clave de la economía (crédito, bancos de negocios y compañías de seguros, siderurgia, petróleo, electrónica, energía atómica, etc.) y planificación democrática de la economía basada en las empresas nacionalizadas y en una participación de los representantes de los trabajadores en su elaboración y en su aplicación. Este régimen de «democracia» aparece como una etapa en el objetivo último de la central cegetista que ha sido históricamente el de la «desaparición de los asalariados y del patronato» (fórmula sustituida en el 37 Congreso –1939– por la de «supresión de la explotación capitalista, principalmente por la socialización de los medios de producción y de cambio»).

La indudable coherencia teórica que resulta de las bases doctrinales, organizativas y estratégicas de la CGT que se acaban de exponer, entró –por lo menos parcialmente– en crisis como consecuencia de los llamados «acontecimientos de mayo» de

1968 y de la incidencia de éstos en las organizaciones sindicales y, muy especialmente –como analiza Barjonet en la presente obra–, en la CGT.

La práctica del conjunto de los sindicatos obreros ha permitido afirmar a algunos autores –corroborando de esta forma las opiniones de algunos sectores políticos y sindicales muy minoritarios– que el sindicalismo francés, sin dejar de poner de relieve en sus declaraciones su furibundo anticapitalismo, mostraba en la práctica una actitud poco concordante con aquéllas. Es así, por ejemplo, que en 1961 el Club Jean Moulin⁵ acogiendo las tesis muy en boga en aquellos momentos que propagaban las ideas relativas a la inexistencia de tensiones y conflictos en las «sociedades industriales», señalaba que «el sindicalismo evoluciona hacia la búsqueda de fórmulas jurídicas de colaboración con los empresarios; el tono revolucionario de la ideología no es más que un engañoso; el diálogo es cada vez más importante que el conflicto alcanzándose así... el ideal del "free bargaining" (libre acuerdo) de los anglosajones».

Es una evidencia que la integración del sindicalismo obrero en el Estado y en la empresa ha sido y es uno de los objetivos fundamentales del Estado y del patronato francés. La política de rentas, la economía concertada, los contratos de progreso, la «participación de los trabajadores en los frutos de la empresa», etc., son otros tantos signos que nos permiten descubrir el proyecto estatal y empresarial tendente a obtener el «consensus» generalizado de los trabajadores y sobre todo de sus organizaciones representativas.

⁵ *L'Etat et le citoyen*, Ed. Du Seuil, París, 1961, p. 156.

¿Hasta qué punto puede afirmarse que aquel proyecto ha encontrado eco en los sindicatos franceses? ¿Se puede, sin más, aceptar la afirmación del Club Jean Moulin?

Los hechos acaecidos en mayo de 1968 (huelga espontánea de diez millones de trabajadores acompañada de numerosas ocupaciones de fábricas) y la dureza de las acciones obreras –bastantes de ellas nacidas al margen de los sindicatos– de estos últimos años, permiten pensar que ha existido y existe efectivamente una cierta integración de los sindicatos franceses –y en concreto de la CGT– al sistema⁶.

La influencia de las instituciones de participación creadas en 1945–46, el notable crecimiento económico de la postguerra y su influencia en el mayor bienestar material de los trabajadores,

6 Las críticas que presentan al sindicalismo francés como un sindicalismo integrado responden a motivaciones originarias diferentes y, por ello, difícilmente reconductibles a una sola explicación.

Algunos consideran que el sindicalismo francés se halla integrado porque ha abandonado los principios doctrinales y estratégicos del viejo sindicalismo revolucionario.

Otros entienden que la integración de la CGT proviene de la aceptación de la perspectiva política del PCF que consideran inadecuada, inviable, etc.

Otros, aun aceptando lo esencial de sus bases doctrinales y estratégicas, entienden que la CGT no es consecuente al nivel de la acción.

Finalmente, algunos consideran que la CGT se halla integrada por frenar el desarrollo de la acción, impidiendo así que las necesarias alianzas con otros sectores sociales –clases medias, etc.– puedan realizarse bajo otra perspectiva que la que ofrece la situación estática actual.

A nuestro modo de ver, todo sindicalismo (tanto si adopta una postura «reformista» como «revolucionaria») se encuentra obligado a aceptar un cierto grado de integración a causa de las limitaciones estructurales propias de su acción. Toda negociación, todo acuerdo, supone la aceptación del contendiente y de su sistema. Y el sindicalismo en cuanto expresión «natural» del sistema no puede normalmente –si no quiere desaparecer como tal y ser sustituido rápidamente por otro sindicato de hecho o de derecho– renunciar a aquella acción negociadora.

el carácter de las reivindicaciones sindicales, la situación política nacional e internacional (guerra fría), etc., han influido ciertamente para que se produjera aquella situación.

Además de estos factores hay otros que posiblemente explican que las posiciones y las acciones de la CGT se hallen hoy impugnadas por sectores minoritarios y –lo que es más importante y en gran parte nuevo– por la conducta de sectores considerables de la propia clase obrera.⁷

¿No es acaso la propia estrategia de la CGT la que está hoy en vías de impugnación?

La acción reivindicativa de carácter económico situada en una perspectiva de victoria de la izquierda a través de las elecciones legislativas correspondientes, señalaba con claridad el sentido y los límites de la acción y de las reivindicaciones cegetistas. Estas no debían bajo ningún concepto poner en peligro no sólo el eventual cambio político, sino tampoco el propio contenido del programa común de gobierno del conjunto de las fuerzas que aspiraban a protagonizar ese cambio.

La naturaleza de las reivindicaciones de la CGT, así como el tipo de acciones que proponían, resultaban de su coherente adecuación a aquel esquema de alternativa democrática.

De ahí que, como afirma Barjonet, sus reivindicaciones no se hubieran dirigido ni se dirijan, por ejemplo, a impugnar los mecanismos de decisión, sino sólo sus consecuencias; que las

7 Huelgas y acciones parciales de un cierto número de empresas importantes se producen, con cierta continuidad, al margen y con frecuencia, en oposición a la central cegetista.

acciones parciales o generales se limiten taxativamente en el espacio y en el tiempo (a un sector, a una jornada), y que además sean controladas únicamente por sus propios militantes, etc., etc.

Las constantes y crecientes divergencias entre las dos principales fuerzas políticas (PCF y socialistas) llamadas por su influencia a protagonizar el eventual cambio político, no puede dejar de influir en la orientación del conjunto del movimiento obrero.

La ausencia de perspectiva de la acción reivindicativa económica no ha hecho, sin embargo, modificar ninguno de los presupuestos estratégicos fundamentales de la CGT. Esta, a través de una constante presión sobre el patronato y sobre el poder (firme actitud frente a los contratos de progreso de la EDF), así como sobre los partidos de izquierda, se dirige a recrear en la medida de sus fuerzas las condiciones para la unidad de las fuerzas políticas de la oposición. Toda unificación del movimiento que no sea en base a objetivos de carácter defensivo sólo puede ser considerado como peligroso. Las llamadas a la unidad de acción (en especial a la CFDT), la acción por la defensa del poder adquisitivo, por la fiscalidad, etc., tiene como objetivo poner de relieve la presencia cegetista en el plano nacional disminuyendo el riesgo de que en un plano local se desencadenen huelgas duras. La multiplicación de las huelgas locales, mientras sean parciales y no adquieran una excesiva importancia, le aseguran el mantenimiento de una presencia activa en el seno del movimiento obrero sin correr el riesgo de crear las condiciones para una ofensiva más amplia.

Para superar el carácter defensivo de la acción reivindicativa de la CGT, Barjonet propone en el último capítulo de su libro dos alternativas: reforzar la autonomía orgánica de los sindicatos (en relación con los partidos políticos) y situar en un primer plano de la acción sindical las reivindicaciones llamadas cualitativas (en oposición a las económicas consideradas como cuantitativas).

La brevedad de las alusiones que Barjonet dedica a mostrar su postura respecto del tipo de relaciones que deberían instaurarse entre la CGT y los partidos políticos, no permite descubrir con claridad si las concepciones de Barjonet son puramente circunstanciales o si responden, por el contrario, a una visión general que sitúa las relaciones entre partidos y sindicatos en una perspectiva completamente nueva con relación a las soluciones hasta ahora aplicadas (sindicalismo revolucionario, correa de transmisión, etc.). La relación entre sindicalismo obrero y política (sindicatos y Estado; sindicatos y partidos; acción reivindicativa económica y acción política) vuelve a plantearse hoy con toda agudeza después de la crisis de las fórmulas históricas y actuales que han conformado aquella relación en el vecino país. Barjonet entiende que las dos concepciones tradicionales de la relación sindicatos–partidos (sindicalismo supuestamente independiente de los partidos políticos; sindicalismo «correa de transmisión» de un partido –cualquiera que sea–) han mostrado su caducidad e incluso su nocividad. ¿Opta acaso Barjonet por la alternativa del sindicalismo revolucionario? Tampoco acepta esta opción.⁸

8 En la época en que las Trade-Unions se vinculaban al Partido Laborista, los anarcosindicalistas en Francia manifestaban a través de la Carta de Amiens (1906) que el

Seguy, secretario general de la CGT, planteaba recientemente la problemática a la que pretende responder Barjonet en los siguientes términos⁹: «Por definición, el sindicato no puede ser una vanguardia política; su vocación irremplazable es la de reunir y defender los intereses de todos los trabajadores asalariados con independencia de sus opiniones políticas o de sus creencias religiosas. Cuando deja de cumplir este papel para erigirse en fuerza política dirigente, se condena a transformarse en una secta».

Pero Barjonert no acepta los términos de la alternativa que plantea Seguy. Para aquél las opciones no son precisamente éas sino otras distintas. Al rechazar tanto la alternativa del sindicalismo revolucionario como la del apoliticismo sindical, considera que el movimiento sindical debe elaborar una política sindical autónoma y específica. Si la fórmula del autor intenta mostrar un nuevo camino para el movimiento sindical, aquélla, por su misma inconcreción, deja numerosas cuestiones sin respuesta: forma de conseguir sus objetivos últimos, modo de articular las fuerzas sociales presentes y futuras, etc.

sindicalismo debía estructurarse con independencia del Partido socialista, que al ser considerado como parlamentarista e integrado en el sistema social podía encaminar a la CGT en la misma dirección. El sindicalismo revolucionario se proponía la abolición de los asalariados y del patronato por medio de la huelga general. Con posterioridad a 1920 la consideración del sindicalismo como autosuficiente para alcanzar él solo la totalidad de sus objetivos (incluidos los últimos) permanece, aunque la influencia reformista de Jouhaux es decisiva para un cambio de orientación.

En la actualidad existen numerosos indicios que muestran que la otra gran confederación francesa –la CFDT– se orienta en una dirección «pan-syndicaliste», como consecuencia de la falta de un partido que vehicule las aspiraciones de la CFDT en dirección al «socialismo democrático». El concepto «acción política de masas» que recoge una resolución de su 35.^º Congreso muestra claramente su actual perspectiva.

9 «Le Monde», 22–23 nov. 1970.

Las cuestiones que la opción de Barjonet deja sin respuesta son tanto más importantes y decisivas cuanto que las limitaciones históricas del sindicalismo obrero para ir más allá de la acción reivindicativa de carácter económico han sido puestas repetidamente de relieve por numerosos teóricos del movimiento obrero.

Las bases de su argumentación son conocidas, y derivan todas ellas de lo que podría denominarse estatuto sociológico fundamental de los sindicatos en una sociedad capitalista, que en tanto que parte esencial de la sociedad expresan la división de aquélla en clases sin cuestionarla. Al mismo tiempo se oponen al sistema y lo integran; son una representación de hecho de los trabajadores que tiende naturalmente a su institucionalización; su arma principal –la huelga– es una simple ausencia.

En tanto que abstención sus efectos son muy limitados: por sí mismos producen inevitablemente una conciencia gremial y por tanto no totalizante. Las potencialidades de poder que poseen los sindicatos pueden ejercerlas solamente en los niveles ligados al proceso productivo, pero no en los demás (o en todo caso con bastante debilidad).

Si esos pensadores del movimiento obrero han mostrado las limitaciones «teóricas» citadas, la experiencia histórica ha mostrado igualmente los límites «prácticos» (desde la perspectiva en que se sitúa Barjonet) de la acción sindical. Ni las huelgas generales ni las ocupaciones de fábricas han permitido por sí solas alcanzar los objetivos últimos que algunos sindicalismos deseaban conseguir. Tampoco las experiencias de

control obrero (sobre la contratación, despidos, organización del trabajo etc.) permitieron ir más lejos en aquel camino.¹⁰

Las transformaciones que se han producido en Francia con posterioridad a la segunda guerra mundial en la estructura económica y social, en los partidos, en los sindicatos, obligan probablemente a replantear algunas cuestiones que la simple remisión a la elaboración de una «política sindical autónoma» no resuelve: ¿Significa esto que los sindicatos deben prescindir de la existencia de fuerzas políticas?; ¿deben aquéllos constituirse en partidos?; ¿deben contribuir a la creación de un nuevo tipo de partido?; ¿debe superarse completamente la constante separación entre el momento puramente reivindicativo y el momento político?

Barjonet pretende, en parte, dar una respuesta a estas cuestiones al considerar que, a través de las «reivindicaciones cualitativas», el sindicalismo debe poder superar el «tradeunionismo» sin someterse a ningún partido político y sin que, a su vez, el sindicato se convierta en un nuevo partido político.

Las reivindicaciones cualitativas deben permitir, según Barjonet, superar las actuales posiciones defensivas de la acción de los sindicatos franceses. Aquí también, al igual que en la

10 Piénsese, por ejemplo, en la experiencia del socialismo gremial inglés puesta en práctica –en especial en la industria pesada– durante la primera guerra mundial y poco tiempo después de su terminación. Los socialistas gremiales no llegaron a tener la fuerza suficiente para imponer sus reivindicaciones de control. Al cabo de unos años el movimiento se desintegró sin dejar huellas.

La experiencia de la CGIL italiana expresada a través de la acción para el convenio metalúrgico de 1962, y aunque situada en otra perspectiva, tampoco dio grandes resultados.

cuestión referente a la autonomía sindical, el autor es parco en la exposición y desarrollo de sus ideas y de las implicaciones que las mismas suponen. Algunas cuestiones importantes quedan por aclarar.

Así, por ejemplo: clases de reivindicaciones cualitativas en los diversos niveles de la acción reivindicativa; órganos adecuados para asumirlas; incidencias empresariales de algunas de ellas (condiciones y duración del trabajo, por ejemplo) y posible influencia diversificadora entre los diferentes centros productivos, etcétera.

El carácter de las reivindicaciones que debe asumir el movimiento sindical constituye hoy una de las cuestiones más debatidas, sin que aquél pueda desligarse tampoco de la problemática de la relación sindicatos-partidos así como de la cuestión estratégica.

Es en efecto evidente que las reivindicaciones cualitativas sin abandonar la «lógica» de las reivindicaciones sindicales, son esencialmente políticas¹¹. Exigir, por ejemplo, el control de los trabajadores sobre los despidos o sobre las inversiones de la empresa, o es mera acción propagandística o es una reivindicación actuada consecuentemente que sólo puede tener satisfacción, a un nivel global, en cuyo caso excede a las solas posibilidades de los sindicatos y afecta a otros sectores sociales

11 Lo que no significa que las reivindicaciones de carácter económico no puedan tener un contenido político. La profunda interpenetración entre lo económico y lo político (intervención del Estado, planificación, política de rentas, etc.), hace que una reivindicación económica clásica (salarios, etc.) planteada consecuentemente, tenga una directa incidencia política. La defensa del empleo, por ejemplo, obliga al sindicalismo a presionar sobre las opciones económicas que inciden en aquél.

que pueden –o no– secundar aquellas pretensiones. Y ahí se plantea con fuerza –y de nuevo– la cuestión estratégica.

Partiendo de sus propios presupuestos estratégicos la CGT rechaza las reivindicaciones cualitativas que impugnan su política de alianzas. Seguy, polemizando recientemente con la CFDT (que afirma asumir aquel tipo de reivindicaciones), afirmaba¹²: «A nuestro modo de ver, una estrategia sindical que sacrifique la acción reivindicativa cotidiana sistemática a una perspectiva socialista de la que se habla mucho en diversos medios, sin aceptar siempre los medios indispensables para su realización...».

Es decir, la CGT niega tanto las reivindicaciones cualitativas (en cuanto ello significaría la negación de los medios indispensables. Léase alianzas y régimen de «democracia avanzada») como la posibilidad de que a través de las mismas puedan modificarse los términos de las relaciones actuales entre las fuerzas sindicales y políticas.

Cualquiera que sea la opinión del lector en relación con las alternativas que propone el autor del presente trabajo, deberá convenirse en que el movimiento sindical francés (al igual que el de otros países de la Europa Occidental) se encuentra hoy enfrentado a una serie de fenómenos (radicalización de las acciones reivindicativas; surgimiento en las empresas de nuevas fórmulas organizativas que rompen en ocasiones las estructuras sindicales existentes; impugnación de las relaciones tradicionales entre sindicatos y sistema, etc.) que inciden sobre él directamente y que le obligan a replantear aspectos

12 «Le Monde», 22–23 de nov. de 1970.

importantes de sus bases teóricas y de sus métodos de acción si no quiere correr el riesgo de condenarse a su desaparición. Planteando críticamente la historia de la CGT y señalando algunas posibles alternativas para superar la situación actual, el libro de Barjonet es un excelente instrumento de reflexión.

Universidad de Barcelona, enero de 1971

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Tras setenta y tres años de agitada existencia llena de luchas y esperanzas, de abnegación y muy a menudo de heroísmo, de debilidades y errores, y enriquecida también por victorias, la CGT sigue siendo hoy (con mucho) la principal organización sindical francesa, la única que oficialmente proclama la lucha de clases y que incluye en sus estatutos que actúa por la «desaparición del salariado y del patronato».

Exponer, siquiera someramente, la historia de la CGT es escribir la historia de todo el movimiento obrero francés desde los últimos tres cuartos de siglo: no es tal nuestro propósito. La finalidad de esta obra es más bien (a la luz de ciertos aspectos cruciales de su historia) «captar» la CGT actual, describir su estructura, analizar su funcionamiento, comparar la visión que tiene de sí misma con su concreta manera de actuar y, con tal motivo, intentar extraer algunas perspectivas válidas para el sindicalismo actual.

PRIMERA PARTE

LAS FECHAS CRUCIALES

I. LOS ORIGENES

Lo que más le falta al trabajador es el conocimiento de su desdicha.

Pelloutier

Un nacimiento laborioso (1895 y 1902)

Fundada en septiembre de 1895, en Limoges, por los delegados de 28 federaciones de industrias o de oficios, de 18 bolsas de trabajo y de 126 sindicatos aislados, la Confederación General del Trabajo sólo fue durante varios años una asociación mal estructurada de organizaciones heterogéneas: sindicatos de diversas profesiones o bien de oficios similares, federaciones departamentales, regionales o nacionales de estos mismos sindicatos, Federación de las Bolsas de Trabajo.¹³

13 Jean Bruhat y Marc Pilot; *Esquisse d'une histoire de la CGT* Editions de la CGT París, 1966.

Aunque sintiendo profundamente la necesidad de una organización unificada de la clase obrera, los militantes sindicalistas de finales del siglo XIX tenían apego, por encima de todo, a la autonomía y a la originalidad de sus organizaciones respectivas. Era intensa la lucha, en especial, entre los partidarios de la estructura «vertical» (la de las federaciones) y los de la estructura «horizontal» (la de las bolsas de trabajo, animadas por Pelloutier, que constituyen el origen de las actuales uniones departamentales).



Fernand Pelloutier

Esta lucha, era en realidad, la consecuencia remota de las tradiciones particularistas heredadas de las corporaciones, al propio tiempo que el reflejo de la extrema división ideológica del proletariado revolucionario de la época.

Destrozado un cuarto de siglo antes con el aplastamiento de la Comuna de París, el proletariado francés se reponía con tanta más dificultad cuanto que, precisamente en esta época, se realizaba el tránsito del capitalismo de libre concurrencia al imperialismo (capitalismo monopolista), entrañando profundas modificaciones económicas y sociales de las que los dirigentes obreros (sindicales y políticos) no siempre captaban toda la importancia. Hay que añadir a ello que, a pesar de la concentración capitalista que se emprendía, subsistían aún numerosas pequeñas empresas mucho más próximas a la artesanía que a la industria moderna. La importancia de la agricultura seguía siendo primordial y la influencia ideológica de la enorme masa campesina gravitaba como una carga muy pesada. Por todas estas razones los propios elementos más avanzados de la clase obrera instintivamente se sentían más atraídos por el «anarquismo» o por el pensamiento de Proudhon que por el de Marx. Este empezaría a ser conocido gracias, principalmente, a los trabajos y a la acción de Jules Guesde.¹⁴

Sin embargo, no es disminuir la importancia o el mérito de Jules Guesde constatar sus limitaciones: su concepción del marxismo fue siempre un poco mecanicista y esquemática, cuando no incluso estrecha. Jules Guesde nunca comprendió bien, en particular, el carácter esencialmente dialéctico de las relaciones entre la base económica de la sociedad y la superestructura política de aquélla. Paradójicamente, esa doble inspiración antagónica (proudhoniana y guesdista) halló una especie de denominador común en una misma y grave subestimación de los problemas económicos, infravaloración

14 Sobre estos problemas véase la obra magistral de Claude Willard: *Les Guesdistes*. Editions sociales. París, 1965.

que el movimiento obrero continúa pagando todavía hoy a un precio muy caro.

En efecto, tanto para una tendencia como para la otra, la lucha contra la patronal y el Estado burgués, la perspectiva un poco mesiánica de una crisis económica gigantesca, el mito de la «huelga general» o de la «Gran Noche», la esperanza de un levantamiento general de los pueblos en el caso de una nueva guerra en Europa, todo ello contribuía, al menos en la realidad cotidiana, a lanzar una especie de descrédito sobre los estudios teóricos cuya necesidad no parecía evidente.

A pesar de esta paradójica unión de hecho en lo concerniente a los análisis teóricos, las innumerables luchas internas entre tendencias más o menos efímeras redujeron, durante largo tiempo, la importancia y la audiencia de la CGT.

Sólo siete años después de su fundación, el Congreso de Montpellier (septiembre de 1902) dio a la CGT los estatutos que todavía hoy conserva y que el artículo 2 (actualmente artículo 1) resume con perfecta claridad:

«La Confederación General del Trabajo tiene por objeto:

La agrupación de los asalariados para la defensa de sus intereses morales, materiales, económicos y profesionales.

Agrupa, fuera de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que llevar a cabo para la desaparición del salariado y del patronato.

Nadie puede hacer uso de su título de confederado o de un cargo de la Confederación en un acto electoral político cualquiera.»¹⁵

En este sentido, tienen razón Bruhat y Piolot al decir que el Congreso de Montpellier «puede ser considerado como el segundo congreso constituyente de la CGT».

Pero, sólo cuatro años después, en 1906 y en Amiens, la CGT iba a definir verdaderamente su doctrina con brillantez.

Esta, conocida bajo el nombre de «Carta de Amiens», ha sido objeto de innumerables comentarios, erróneos casi siempre, desgraciadamente: para la mayoría de los autores, esta «carta» consagraría, efectivamente, los principios del sindicalismo apolítico, lo cual, como vamos a ver, es totalmente falso. Desde esta perspectiva, la Carta de Amiens mantiene una gran actualidad y merece que nos detengamos un poco en su estudio.

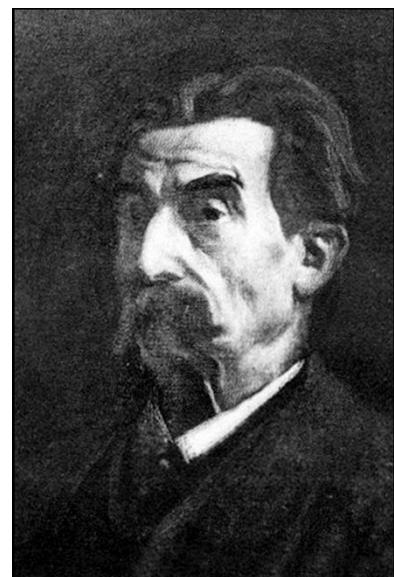
La «Carta de Amiens» (1906)

Contando con 61 federaciones que agrupaban 2.399 sindicatos la CGT era, ya en 1906) una organización

15 La redacción de este artículo ha sido ligeramente modificada en los Congresos siguientes, pero el pasaje sobre la lucha que debe realizarse para la desaparición del salariado y del patronato ha permanecido inalterable.

relativamente importante¹⁶ cuya acción había empezado a dar apreciables resultados en favor de la clase obrera.¹⁷

Tomando conciencia de esta fuerza naciente, la CGT decidía entonces preguntarse más a fondo acerca de la finalidad de la acción sindical. Por otra parte, esta pregunta se había hecho inevitable debido a la constitución, el año anterior (30 de abril de 1905), de un gran partido socialista al fin unificado («Sección Francesa de la Internacional Obrera») que reagrupaba, principalmente, al Partido Socialista Francés de Jean Jaurés, al Partido Socialista de Francia de Jules Guesde y al Partido Obrero Socialista Revolucionario de Jean Allemane.



Jean Jaurés, Jules Guesde y Jean Allemane

16 Pese a ser la única organización sindical, la CGT agrupaba efectivos muy inferiores a los de las actuales organizaciones sindicales. Con 120.000 afiliados en 1902, la CGT alcanzará la cifra de 700.000 a fines de 1913. La acción sindical antes de 1914 es, indiscutiblemente, obra de una minoría.

17 Por ejemplo, la introducción progresiva de la jornada de ocho horas en las minas de carbón.

Esta fusión de los partidos socialistas derribaba evidentemente el argumento de aquellos sindicalistas que, hasta entonces, se habían opuesto a toda vinculación entre el sindicalismo y el socialismo invocando la extrema división de éste.

En estas circunstancias, era natural que el Congreso de Amiens (celebrado del 8 al 14 de octubre de 1906) incluyera en su orden del día la cuestión de las «relaciones entre los sindicatos y los partidos políticos».

De golpe, el secretario de la Federación Textil, Renard, insiste en la necesidad de la aproximación entre la CGT y el Partido Socialista. Oriundo del Norte, Renard arguye partiendo de la situación de su departamento:

«En el Norte contamos con 315 sindicatos, 76.000 sindicados, 12 cooperativas federadas con 30.000 miembros, 300 grupos con 8.500 personas que cotizan, consejeros municipales por doquier, 8 diputados y 105.000 electores socialistas.

Si se supiese hacer converger la acción se obtendrían grandes resultados (...) ¡Sí. nada podría ofrecer resistencia a la Confederación unida al Partido Socialista!»

Las propuestas de Renard fueron combatidas muy intensamente, principalmente por Bousquet (de la Alimentación), Merheim (secretario de la Federación Metalúrgica), Niel (del Libro) y Griffuelhes (secretario de la CGT).



Victor Griffuelhes

La argumentación de Merrheim es muy interesante. Constatando que el departamento del Norte, citado como ejemplo por Renard, es precisamente uno de aquéllos en donde los obreros son más desgraciados, Merrheim exclama dirigiéndose a los guesdistas:

«Entiendo que ello es la consecuencia de vuestra táctica. ¿Acaso el sindicato textil de Roubaix no cuenta con alhamíes y caldereros, en una palabra, con hombres de todas las corporaciones, sin que nunca haya intentado el Partido agruparlos en sus respectivos sindicatos? Los guesdistas Quieren convertir el sindicato en una agrupación subordinada, incapaz de actuar por sí misma. Por el contrario, los sindicalistas afirman que es una agrupación de lucha integral, revolucionaria y cuya misión es quebrantar la legalidad»

Griffuelhes, tras una intervención muy razonable dentro de su formal moderación, presentó a guisa de conclusión una resolución que había redactado con algunos amigos en la cantina de la estación: esta resolución, aprobada por la aplastante mayoría de 834 votos contra 8 y una papeleta en blanco, es el documento conocido luego con el nombre de «Carta de Amiens». He aquí su texto íntegro, que merece una atenta lectura:

«El Congreso confederal de Amiens confirma el artículo 2, constitutivo de la CGT.

La CGT agrupa, fuera de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que llevar a cabo para la desaparición del salariado y del patronato.

El Congreso considera que esta declaración es un reconocimiento de la lucha de clases que opone, en el terreno económico, a los trabajadores en rebeldía contra todas las formas de explotación y de opresión, tanto materiales como morales, utilizadas por la clase capitalista contra la clase obrera.

El Congreso precisa esta afirmación teórica en los siguientes puntos:

En la acción reivindicativa cotidiana, el sindicalismo persigue la coordinación de los esfuerzos obreros, el incremento del bienestar de los trabajadores mediante la realización de mejoras inmediatas, tales como la disminución de las horas de trabajo, el aumento de los salarios, etc.

Pero esta tarea sólo es un aspecto de la actividad del sindicalismo; éste prepara la total emancipación, que sólo se puede conseguir mediante la expropiación capitalista; preconiza como medio de acción la huelga general y considera que el sindicato, que hoy es una agrupación de resistencia, será, en el futuro, la agrupación de producción y de distribución, base de reorganización social.

El Congreso declara que esta doble tarea, diaria y futura, deriva de la situación de asalariados que gravita sobre la clase obrera y que impone a todos los trabajadores, cualesquiera que fueren sus opiniones o sus tendencias políticas o filosóficas, el deber de pertenecer a la agrupación esencial que es el sindicato.

En consecuencia, y en lo que atañe a los individuos, el Congreso afirma la total libertad, para el sindicado, de participar, fuera de la agrupación corporativa, en aquellas formas de lucha que correspondan a su concepción filosófica o política, limitándose a exigirle, recíprocamente, que no introduzca en el sindicato las opiniones que profesa en el exterior.

En lo concerniente a las organizaciones, el Congreso decide que, a fin de que el sindicalismo obtenga su máxima eficacia, la acción económica debe realizarse directamente contra la patronal, no debiendo preocuparse las organizaciones confederadas, en su calidad de agrupaciones sindicales, de los partidos y de las sectas que, hacia afuera y paralelamente, pueden perseguir, con toda libertad, la transformación social.»

Como se ve, este texto no puede ser considerado como el fundamento del sindicalismo «apolítico» a no ser con la única condición de especificar claramente que por tal se entiende la total independencia del sindicato respecto a los partidos políticos, pero, de ningún modo, respecto a los problemas políticos. Con respecto a los partidos políticos y a las «sectas», se trata de mantener una especie de activa indiferencia: es de admirar la libertad que se les concede para trabajar «hacia afuera y paralelamente» en la transformación social...



1906. 1º de mayo en Dijon. La bandera negra y su cortejo. “Guerra a la guerra”

Fundamentalmente, la Carta de Amiens establece para el sindicalismo un objetivo esencial y político: la «total emancipación» de los trabajadores mediante la «expropiación capitalista». La «acción reivindicativa cotidiana», que es, en suma, el abecé del sindicalismo. Lo esencial es conseguir que la «agrupación de resistencia», que es hoy el sindicato, llegue a ser, mañana, la «agrupación de producción y de distribución,

base de reorganización social». Como dijo muy bien un antiguo secretario–adjunto de la CGT, Marty–Rollan, en 1933: «En el fondo y en realidad, la Carta de Amiens define un sindicalismo que se considera como un órgano de renovación completa de la sociedad»¹⁸. Y añadamos: que anuncia la autogestión.

En su Esbozo de una historia de la CGT, Bruhat y Piolot reconocen también que la Carta de Amiens no inaugura apoliticismo alguno: «A propósito de la Carta de Amiens se ha hablado de apoliticismo de la clase obrera. Es falso. Desde su constitución la CGT no cesa de tomar posición sobre los problemas políticos».

Llevados por un espíritu de partido, sinónimo aquí de posición preconcebida, Bruhat y Piolot contestan que, por el contrario, la Carta de Amiens marca la independencia del sindicalismo. Escriben:

«La Carta de Amiens no organizaba la independencia del movimiento sindical, sino las condiciones de su aislamiento, aislamiento con relación al partido socialista, aislamiento respecto a las masas pequeñoburguesas de las ciudades y al campesinado pobre que la reacción podía dirigir contra los obreros utilizando hábilmente el miedo de la Gran Noche...».¹⁹

18 E. Marty–Rollan: «¿Cómo fue elaborada la Carta de Amiens?». Conferencias del Instituto superior obrero (folleto, sin fecha, de la CGT).

19 El libro *Histoire du parti communiste français* (Editions sociales, París, 1964) afirma de la Carta de Amiens que: «Niega la necesidad de que la clase obrera consiga la alianza del campesinado y de las capas medias de las ciudades, consideradas reaccionarias en bloque».

Aunque escrito por vez primera en 1958, este texto parece haber sido redactado en 1968: en él se encuentra anticipadamente (y no es, evidentemente, casualidad) todo el temor de la CGT actual frente a los acontecimientos de mayo.

Pese a su antigüedad (¡cuántos sucesos han acaecido desde 1906!) la Carta de Amiens sigue siendo de una actualidad asombrosa en el sentido de que plantea en pocas líneas la mayoría de los problemas a los que, necesariamente, debe hacer frente toda organización sindical y en especial, el problema de las relaciones sindicatos-partidos, de la autonomía de los sindicatos y del carácter específico de la acción sindical.

El espíritu de la Carta de Amiens, sea cual fuere, había de marcar profundamente a la CGT y, a través de ella, a todo el movimiento sindical francés.

Confirmando y acentuando la orientación netamente revolucionaria de los Congresos de 1895 y de 1902, la Carta de Amiens hace de la CGT una organización de lucha de clases sin parangón en los restantes países.

Por otra parte, el relativo menosprecio de la CGT respecto a la «acción reivindicativa cotidiana» unido a la imposibilidad, en las condiciones de la época, de acometer ella sola la revolución, hace que esta voluntad revolucionaria se exprese, en la práctica, mucho más a través de palabras, a veces incendiarias, que mediante acciones concretas²⁰. Esta fraseología obrerista,

20 Por ejemplo, frente a la amenaza de la guerra, el 10.º Congreso de la CGT vota una resolución en 1908 afirmando que los trabajadores responderían «a la declaración de guerra con un宣言 de huelga general revolucionaria». El 25 de noviembre de 1912, León Jouhaux declara, a propósito del conflicto de los Balcanes: «Si se declara la guerra

aunque atenuada considerablemente, todavía subsiste y sustuye muy a menudo el análisis concienzudo de los hechos.²¹

Por el contrario, en lo relativo a las relaciones sindicato-partido, nada persiste en la CGT de lo expresado en la Carta de Amiens, cuyo espíritu sigue siendo invocado a veces, de forma puramente ritual, por Fuerza Obrera²², pero que en el fondo inspira a numerosos dirigentes actuales de la CFDT, aunque no lo mencionen.

Volveremos sobre el tema.

La época de las tempestades (1914/1917–1922)

La guerra de 1914 marca, brutalmente, el hundimiento de la CGT, como el del Partido Socialista y, de forma más general, el del conjunto del movimiento obrero europeo. Es fácil, a posteriori, acusar de «traición» a los partidos y a los hombres y, ciertamente, no faltaron los traidores a la clase obrera durante todo este período. Es fácil, también, denunciar los resultados perniciosos del revolucionarismo anarquista y verbalista, del mito de la huelga general y de la «Gran Noche», encubriendo

nos negaremos a defender las fronteras».

21 Bajo pretexto de «apoliticismo».

22 Basta, a este respecto, citar los nombres de Briand y de Millerand. Clemenceau ya les había trazado el camino. Véase sobre este tema, *Clemenceau briseur de grèves* de J. Julliard («Collection Archives», Julliard. París, 1965).

muy a menudo una práctica oportunista caracterizada, al propio tiempo, por una incapacidad dramática en la organización del movimiento.

Y sin embargo, el mismo hundimiento se produjo en Alemania, patria de Marx y no de Proudhon, tierra prometida de la organización... Es fácil, en fin, afirmar que la existencia en Francia de un verdadero partido revolucionario (de tipo leninista), habría permitido evitar este desmoronamiento. Pero, para un marxista consecuente, se plantearía entonces la cuestión de saber por qué no existía un partido de tal tipo...

A posteriori son vanas todas estas discusiones. La verdad es que en este principio del siglo XX el capitalismo, bajo el impulso de los crecientes monopolios y de la oligarquía financiera, se hallaba en pleno período ascendente. Las graves contradicciones (especialmente las relativas al problema de los mercados exteriores) que condujeron a la guerra mundial, de ningún modo impidieron que cada país capitalista prosiguiera un desarrollo impetuoso aunque desigual.²³

Además, el saqueo de las colonias y de los países subdesarrollados de la época permitía a las grandes potencias

23 El desarrollo de estas contradicciones, en vísperas de la primera guerra mundial, dio origen a la teoría oficial de los partidos comunistas denominada la «crisis general del capitalismo» que estaría actualmente en su 3^a fase (?). Pese a ser verdadera, en la medida en que expone las nuevas dificultades del capitalismo (contracción del mercado exterior, concurrencia de los países socialistas, sobreacumulación del capital, etc.), esta teoría, sin embargo, ha sido origen de graves errores. ¡En su última obra, *Les Problèmes du socialisme en U.R.S.S.*, el propio Stalin afirmaba que la producción industrial de los principales países capitalistas sólo podía disminuir! En el período que contemplamos, esta teoría impide comprender el fracaso del proletariado y conduce a explicaciones subjetivistas y fáciles que buscan las causas del fracaso únicamente en la «traición» de los dirigentes o de los partidos.

capitalistas mantener a bajo coste una cierta «aristocracia obrera», base del reformismo, al tiempo que desarrollar un patrioterismo colonialista tanto más peligroso cuanto que era propagado a través de la escuela primaria y estaba asociado a la propia idea de la República. Existía, también, un enorme desfase entre la conciencia de amplias masas obreras y la de la débil minoría obrera sindicada de aquella época. En este sentido, es desde luego exacto decir que los dirigentes sindicales fueron «anegados por los acontecimientos», como lo afirma la CGT en su llamamiento del 1º de agosto de 1914.

Pero, desgraciadamente, ha de reconocerse que muchos de estos dirigentes sobrenadaron con una milagrosa facilidad para volverse a encontrar, algunos días o algunas semanas más tarde, afincados en puestos oficiales, preconizando la colaboración de clases e incluso a veces predicando la guerra a ultranza.. A pesar de todo, se organiza poco a poco una subterránea resistencia a la guerra, bajo la influencia de hombres tales como Bourderon, Pericat y sobre todo Merrheim²⁴. En septiembre de 1915 (cuando Jouhaux, convertido en «comisario de la nación», practica decididamente la unión sagrada), Bourderon y Merrheim asistirán incluso a la famosa Conferencia internacional de Zimmerwald que, pese a sus debilidades, Lenin calificará de «avance hacia la efectiva ruptura contra el oportunismo, hacia la ruptura y la escisión con él» (Lenin, *Obras*, tomo 21, p. 401. Editions sociales, París, 1960).

24 Hay que destacar que Merrheim (secretario de la Federación de los trabajadores metalúrgicos), de formación anarquista, era uno de los raros dirigentes de la CGT que rechazaba el verbalismo y estudiaba con profundidad los problemas económicos y sociales de la época. Merrheim, como Griffuelhes y Pclloutier, es una gran figura del sindicalismo anterior a 1914.

Gracias a ellos, pero motivada, sobre todo, por los horrores más o menos evidentes de la guerra, se desarrolla una cierta actividad contra la guerra y contra la burguesía capitalista y, a veces, se concreta en espectaculares manifestaciones y huelgas: 696 huelgas en 1917 con 293.8100 participantes.²⁵ Pero, aunque algunos conocidos dirigentes y numerosos militantes anónimos salvaguardan el honor, no es menos cierto que ha sido implicable la prueba de fuego para el movimiento obrero tradicional, sindical y político. La CGT está prácticamente muerta durante toda la guerra de 1914–1918: resucitará al final ya del conflicto, pero, esta vez, ante el resplandor del incendio de octubre. La revolución de 1917 inaugura, en efecto, una nueva etapa (cualitativamente diferente) en la historia del mundo y, durante mucho tiempo los problemas del movimiento obrero internacional no cesarán de plantearse más que en función de la URSS.

Los historiadores discuten mucho en este momento para saber si la importancia de la revolución socialista de octubre de 1917 fue comprendida en seguida en los países capitalistas y, particularmente, en Francia. Sea lo que fuere, es innegable un hecho: desde el final de la guerra todas las discusiones se orientaron en función de los acontecimientos de Rusia y de sus secuelas.

La cuestión ya tan controvertida de las relaciones partidos-sindicatos se desarrolló con una agudeza extraordinariamente superior, por el sólo hecho de la existencia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética.

25 Según Bruhat y Piolot, op. cit., pág. 68.

Este partido, con la aureola de todo el prestigio de la revolución victoriosa, era, efectivamente, de un tipo absolutamente nuevo.

El II Congreso de la Internacional comunista, celebrado en Moscú del 17 de julio al 7 de agosto de 1920, al establecer las 21 condiciones para la adhesión a la nueva Internacional, condensa en algunas frases lapidarias las características esenciales de los partidos comunistas:

«12. Los partidos que pertenezcan a la Internacional comunista deben construirse sobre el principio de la centralización democrática. En la época actual de encarnizada guerra civil, el partido comunista sólo podrá cumplir su función si está organizado de la forma más centralizada posible, si se admite una férrea disciplina lindante a la disciplina militar y si su órgano central está provisto de amplios poderes, ejerce una incontestada autoridad y goza de la unánime confianza de los militantes.

13. Los partidos comunistas de los países en donde los comunistas militan legalmente deben proceder a efectuar depuraciones periódicas en sus organizaciones, con el fin de separar de ellas los elementos pequeñoburgueses e interesados.»

Estas condiciones deben entenderse (como, por otra parte, ya se ha especificado) en el contexto de «encarnizada guerra civil» y habida cuenta de la quiebra objetiva de las organizaciones sindicales tradicionales y de los partidos socialistas de entonces.

Pero no es menos cierto que su extremada dureza y la dureza

del propio partido bolchevique debían suscitar, necesariamente, apasionadas discusiones y oposiciones en las filas de los partidos, de los sindicatos y de la clase obrera de los distintos países capitalistas.

En el terreno sindical propiamente dicho, el artículo 9 constituía la más absoluta antítesis de los principios de la Carta de Amiens:

«9. Todo partido que desee pertenecer a la Internacional comunista debe llevar a cabo una propaganda constante y sistemática en el seno de los sindicatos, cooperativas y demás organizaciones de masas obreras. Deben formarse núcleos comunistas cuyo trabajo pertinaz y constante conquistará a los sindicatos para el comunismo. Constituirá su deber poner de manifiesto en todo momento la traición de los social-patriotas y las vacilaciones del centro. Estos núcleos comunistas deben permanecer completamente subordinados a la totalidad del Partido.»²⁶

Fundamentalmente contraria a toda la tradición sindical francesa desde 1895 y 1906, esta nueva concepción del sindicalismo como instrumento, «correa de transmisión», del partido político sólo podía suscitar, en numerosos militantes, una viva hostilidad de la que, evidentemente, supieron obtener el máximo provecho dirigentes tales como Jouhaux cuya actitud durante la guerra les había desacreditado. Para la mayoría de los militantes, la actitud respecto a la revolución rusa planteaba, en efecto, un caso de conciencia cruel. Por una parte, aboliendo la

26 El texto íntegro de las 21 condiciones figura en la obra de Jacques Fauvet: *Histoire du parti communiste français* (tomo I. Fayard. París, 1964).

explotación capitalista, la Rusia de los soviets realizaba el objetivo esencial de la CGT: la abolición de la patronal. Por otra parte, la concepción leninista de la función de los sindicatos se hallaba en las antípodas de toda la tradición francesa.

En este apasionado clima ideológico, los años inmediatos a la posguerra vieron cómo se producían importantes movimientos sociales, cuyo fracaso final había de traducirse en una división tan profunda del movimiento sindical francés que, pese a ciertas apariencias (1936 y 1944), jamás ha vuelto a encontrar la unidad profunda. Tan sólo cuatro meses después del final de la guerra, en marzo de 1919, estallan las primeras huelgas en Wendel, mientras se producen importantes manifestaciones políticas en señal de protesta contra la absolución del asesino de Jaurés.

Durante todo el primer semestre de 1919 se desarrollan numerosas acciones contra la intervención militar en Rusia meridional y en apoyo de los regimientos franceses que se niegan a combatir. A partir de abril de 1919, bajo el impulso, principalmente, de André Marty y luego de Charles Tillon, la flota francesa del mar Negro se subleva. Violentas manifestaciones caracterizan el Primero de Mayo. El año 1919, con un total de 2.200 huelgas y 1.200.000 huelguistas, permite a los trabajadores arrancar importantes victorias: ley de la jornada de 8 horas de trabajo, primera ley de convenios colectivos, numerosos y substanciales aumentos de salarios.

Aún se amplía el movimiento en 1920, caracterizado principalmente por la huelga general de los ferroviarios que dirigen militantes auténticamente revolucionarios (de origen anarquista) tales como Gastón Monmousseau y Lucien Midol.

Se produjo entonces un acontecimiento muy grave: so pretexto de apoyar la huelga de los ferroviarios, la dirección de la CGT, con Jouhaux y Dumoulin, impulsó una serie de huelgas «turnantes» cuya más clara consecuencia fue la derrota de cada profesión, una tras otra, sin ningún resultado... En mayo de 1920, los ferroviarios (20.000 de los cuales son despedidos) deben reanudar el trabajo.



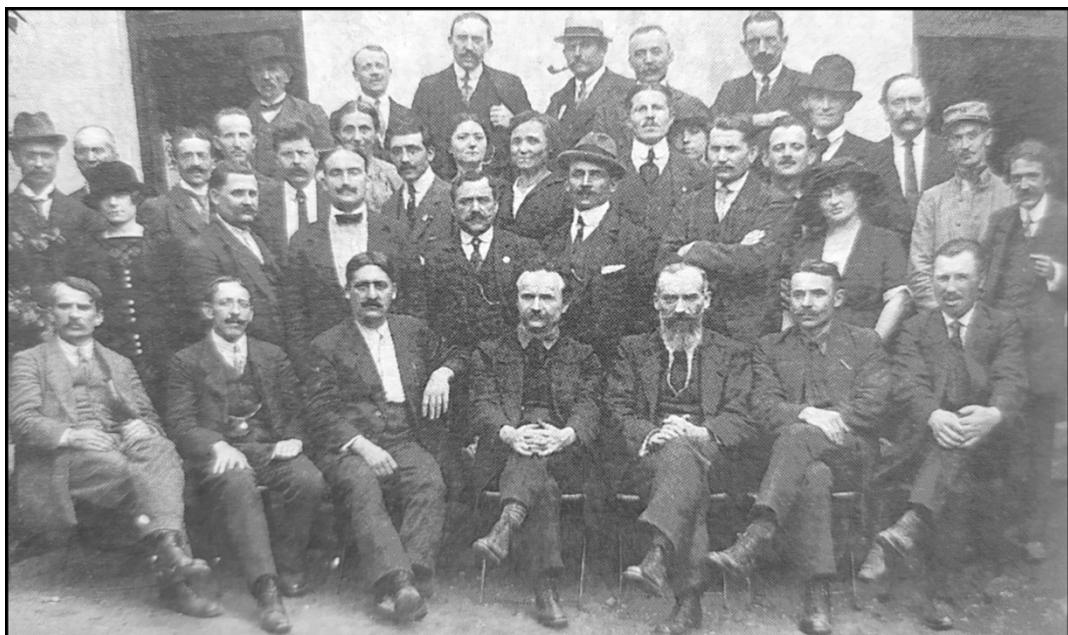
Léon Jouhaux

Rechazando la huelga general en el momento en que ésta podía no ser ya un mito, la dirección confederal emprendió entonces una vasta campaña de propaganda sobre el tema de las «nacionalizaciones». Este tema le permitió aparentar que era fiel a los principios fundamentales de la CGT yendo «más lejos» que las simples reivindicaciones cotidianas, al tiempo que evitaba establecer el menor objetivo realmente revolucionario. Aunque en un contexto distinto, este tema será reanudado con

ímpetu en 1967 y 1968... Frente a ese equívoco comportamiento de la dirección confederal, los militantes, entre los que se hallaban numerosos anarquistas, pero también hombres incitados por la experiencia soviética, organizan la lucha. Entre ellos: Lucien Midol, Gastón Monmousseau y Pierre Sémard.

Contraviniendo claramente (hay que decirlo) los estatutos y los principios fundamentales de la CGT, estos militantes crean en el interior de los sindicatos unos «Comités Sindicalistas Revolucionarios» (C.R.S.) en los que es imposible no reconocer la prefiguración de aquellos «núcleos leninistas» recomendados en la 9^a condición de la Internacional comunista.

Ante estas tentativas, la dirección y la mayoría de la CGT reaccionaron brutalmente excluyendo a los minoritarios. Sin embargo, Jouhaux y sus amigos van más lejos.



1919. Congreso de Lyon. La minoría sindicalista revolucionaria

Tal como escriben Bruhat y Piolot: «En las federaciones y

uniones departamentales, donde la oposición ha conquistado la mayoría, no pueden actuar de esta forma. En tales casos, los antiguos mayoritarios derrotados abandonan la organización y fundan una nueva unión departamental; la CGT reconoce inmediatamente a la nueva organización y excluye a la antigua»²⁷. En tales condiciones, ya no era posible mantener la unidad de la CGT: del 26 de junio al 1º de julio de 1922, los minoritarios, reunidos en congreso en Saint-Etienne, constituyen una nueva central sindical, la C.G.T.U. o «Confederación General del Trabajo Unitario», que no tardaría en adherirse a la nueva Internacional sindical roja sin convertirse, al mismo tiempo, en una central «leninista».²⁸

En este asunto, las responsabilidades son complejas y superan ampliamente a las personas de los «autores» del drama. Parece imposible negar que los dirigentes mayoritarios, como Jouhaux y Dumoulin (a quienes luego se habían unido Merrheim y Bourderon), pagaban el precio de su actitud durante la guerra y de sus ambiguas maniobras en 1919 y 1920. No es menos cierto que estos hombres estaban animados por un sólido antileninismo que, por otra parte, no iba a ser seriamente desmentido en lo sucesivo.

27 Bruhat y Piolot, op. cit., pág. 99.

28 En sus inicios, la CGT agrupaba tanto a anarquistas como a militantes comunistas o procomunistas. Luego, se desarrollaron encarnizadas luchas internas (llegando incluso a la violencia física) entre los anarquistas y los comunistas, que no fueron mayoritarios más tarde. El papel desempeñado por la CGT entre 1922 y 1936, sin ser nulo, fue, sin embargo, limitado. Convertidos al comunismo aquellos dirigentes de la CGTU, (y después de 1936, de la CGT) que, como Gastón Monmousseau y Benoît Frachon, eran antiguos anarquistas, conservaron de su primera formación un gran espíritu independiente.



Alphonse Merrheim

En sentido inverso, no es menos claro que los minoritarios estaban animados por un ideal que, por elevado que fuere, poco tenía que ver con el de los fundadores de la CGT. Además, su método de «implantación de núcleos» era evidentemente incompatible con los estatutos de la CGT y con su normal funcionamiento. Por ello es bastante difícil atribuir, como hacen Bruhat y Piolot, la responsabilidad de la escisión tan sólo a los mayoritarios, ¡y aún más calificarles de «escisionistas»!

La verdad, de nuevo aquí, es distinta y no puede hallarse colgando simplemente etiquetas a los hombres. La verdad es que la guerra y la revolución rusa habían levantado un viento tormentoso que barría los viejos hábitos y concepciones. Frente

a éste, nada podía permanecer exactamente igual que antes. El sindicalismo francés solo habría podido escapar, quizá (?), de la tempestad si hubiese sido, desde el principio, estrictamente reivindicativo y apolítico.

Por el contrario, a partir del instante en que la propia Carta de Amiens asignaba una función política al sindicalismo, el enfrentamiento era inevitable desde el momento en que un partido político no aceptara el hecho consumado y reclamase para sí la función dirigente en la materia.



1929. Trabajadores de la construcción de la CGTU

En definitiva, la escisión de 1922 no es culpa ni de «traidores oportunistas» ni de «saboteadores bolcheviques»: es la lógica conclusión del enfrentamiento entre concepciones del sindicalismo perfectamente legítimas pero irreductibles.

Dicho esto, la ruptura acaecida en Saint-Etienne constituía

igualmente una desgracia para la clase obrera, sobre la que ya se encarnizaba una represión patronal y gubernamental implacable.

Si a ese conjunto de hechos añadimos que el año 1919 se había distinguido, además, por el nacimiento de una nueva organización sindical,²⁹ la «Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos» (CFTC), comprendemos que había acabado la época de la unidad sindical.

Durante veinte años, la CGT había sido la única confederación sindical, situación que luego nunca se ha vuelto a dar. A pesar de este monopolio de hecho, la CGT nunca consiguió, durante todo este período, cambios verdaderamente decisivos en la condición obrera. La razón esencial es que tampoco logró ser una verdadera organización de masas: el número de sus adheridos nunca alcanzó el millón, lo que representa un porcentaje de sindicación muy inferior al 15%.

Si ha de verse aquí, en parte, la consecuencia de una cierta concepción del sindicalismo de «minorías activas», es preciso, sobre todo, ver en ello la secuela remota, pero siempre duradera, del aplastamiento de la Comuna de París, del lastre del campesinado y de la débil concentración de las empresas. De hecho, el siglo XIX no finaliza en 1900, sino con la guerra de 1914–1918 y la revolución rusa. Los años que siguen a esta

29 La CFTC es, en su origen, una organización estrictamente católica que se opone firmemente a la lucha de clases. Basa oficialmente su doctrina en la encíclica *Rerum novarum*. Sólo comienza a desempeñar un papel apreciable a partir de 1936, en que adopta una orientación más combativa. Ocupa una valerosa posición en la Resistencia y, desde 1947, modifica sus estatutos y se aleja cada vez más de su origen confesional, que abandonará completamente en 1964, transformándose en C.F.D.T. (Confederación Francesa Democrática del Trabajo). Ya volveremos a hablar de ella.

guerra son, a la vez, el final de una época que no quiere morir y el principio de una nueva era: crepúsculo o aurora, la nueva hora del lobo fascista señalará el despertar de las fuerzas populares.

II. 1936: DE NUEVO LA UNIDAD

El Congreso de Toulouse

Tras las sacudidas de 1919–1922, el movimiento sindical, dividido, se debilita. Se desploman sus efectivos.

Fiel de palabra a la Carta de Amiens, la CGT (que no desarrolla ninguna lucha importante), continúa su propaganda en pro de las nacionalizaciones y luego, a partir de la gran crisis de 1931, en pro del «Plan». Exige la constitución de un Consejo Económico que los gobiernos rechazan. Ante esta oposición crea ella misma su propio consejo («Consejo Económico del Trabajo»³⁰) vinculado con las cooperativas y con algunos técnicos: esta singular experiencia constituye el origen del «Consejo Económico Nacional» el cual, a su vez, prefigura los consejos económicos de después de la segunda guerra.

30 El «Consejo Económico Nacional», establecido en 1925, entró en funciones a partir de 1936. Los Consejos de posguerra («Consejo Económico» de 1946 a 1959 y «Consejo Económico y Social» desde 1959) son organismos constitucionales.

Por su parte, la CGTU se esfuerza valerosamente, con sus débiles medios, en luchar contra la «racionalización» capitalista (es decir, contra las cadencias de trabajo inhumanas), así como contra la ocupación del Ruhr y la guerra de Marruecos.

En medio de una relativa atonía de la opinión pública, el Parlamento aprueba, en abril de 1930, la primera ley de «seguros sociales» y, en 1932, la de «subsídios familiares». La CGT apoya esta legislación, aunque de forma crítica, mientras que la CGTU ve en ella la señal de un reformismo corruptor. Esta actitud de la CGTU ha sido criticada luego a menudo: pero es preciso señalar que, pese a sus innegables excesos verbales, las críticas fundamentales de la CGTU implican una gran parte de verdad, al no constituir el sistema de los «seguros sociales» (como el de la Seguridad Social), a fin de cuentas, más que un amplio sistema de reparto equitativo de los salarios obreros en el propio interior de la clase obrera.³¹

Pero, en el momento en que el sindicalismo francés parecía hundirse definitivamente en sectarias querellas y luchas sin envergadura, había sonado la hora de su resurgir.

En menos de dos años, de 1934 a 1936, la unidad sindical hallada de nuevo implicaba un giro completo de la situación y la clase obrera iba a obtener, en pocos meses, las más importantes victorias de su ya larga historia.

Contrariamente a lo que piensan ciertos «teóricos» de la

31 En la misma época, en los Estados Unidos, la «American Federation of Labor» se oponía con energía, por razones desde luego distintas, a cualquier sistema federal de jubilación o de seguro de desempleo.

política de «lo peor», y en contra también de una opinión muy extendida, la clase obrera no despertó en el seno de la gran crisis económica de 1931–1935, sino hacia el final o inmediatamente después de esta crisis.³²

En sentido inverso, la crisis había inyectado nueva fuerza a los movimientos de derecha y extrema derecha a quienes la irritación de las clases medias les proporcionaba una base de masas desconocida hasta entonces en Francia. Simultáneamente, hacían su aparición algunos grupos declaradamente fascistas. La toma del poder en Alemania por Hitler el 30 de enero de 1933, a pesar de las tranquilizadoras profecías de Léon Blum, daba ánimos evidentemente a todos los elementos fascistas o parafascistas de Francia que, un año más tarde (6 febrero de 1934), intentarían derrocar el régimen republicano y acabar con el «populacho».

Precisamente, esta tentativa de putsch debía sellar el despertar de las fuerzas populares. Pero el elemento motor, en gran parte ajeno al sindicalismo lo constituyó, tras varios años de insultos e incluso a veces de recíprocas violencias, la firma (27 de julio 1934) del «Pacto de unidad de acción» entre las organizaciones departamentales del Seine del Partido Comunista Francés y del partido socialista SFIO. Este pacto, «inevitable», según la expresión de Léon Blum, debido al crecimiento del fascismo en Francia y en las fronteras, suscitó una inmensa esperanza en los trabajadores. En mayo de 1935,

32 Es curioso y significativo que los economistas y los hombres políticos (de cualquier tendencia) que no habían visto venir la crisis, tampoco previeron el desarrollo económico. Véase al respecto las páginas extraordinariamente sugestivas de Alfred Sauvy en su *Histoire économique de la France entre les deux guerres* (Capítulo 2, «La Reprise paradoxale», tomo 2. Fayard. París, 1967).

la izquierda consigue considerables victorias en las elecciones municipales, y el 14 de julio del propio año se caracteriza por grandes manifestaciones unitarias que inauguran el Frente Popular. Simultáneamente (y tras innumerables discusiones), la CGT y la CGTU, llegan a un acuerdo para preparar la reunificación sindical.



Cartel del 1º de mayo de 1934 de la CGTU

En septiembre de 1934, los congresos respectivos de la CGT y de la CGTU, finalizan con gran entusiasmo en el transcurso de una sesión común. Pero es en marzo de 1936, en Toulouse,

cuando el congreso especial, preparado por una comisión de dirigentes de ambas organizaciones, señalará por fin el retorno a la unidad. El Congreso de Toulouse, dominado por parte de la ex-CGT por la personalidad de Jouhaux y por parte de la ex-CGTU, por las de Racamond, Semard y Frachon³³, elaboró una nueva concepción del sindicalismo realizando una auténtica síntesis (y no una componenda o una yuxtaposición) de las tendencias opuestas de la «antigua CGT» y de la CGTU.

El «Preámbulo» (actualmente en vigor) de los nuevos estatutos aprobados en Toulouse es, en ciertos aspectos, de una importancia comparable a la de la Carta de Amiens

He aquí su contenido íntegro:

«Agrupando los sindicatos a los asalariados de todas las opiniones, ninguno de sus adheridos podrá ser molestado por la expresión de las opiniones que profesa fuera de la organización sindical.

La libertad de opinión y el ejercicio de la democracia, previstos y garantizados por los principios fundamentales del sindicalismo, no podía justificar ni tolerar la constitución de organismos que actúasen como fracciones en los sindicatos, con la finalidad de influir y falsear el normal ejercicio de la democracia en su interior.

33 La hagiografía oficial de la CGT y del P. C. F. posterior a la 2.a guerra mundial convierte a Benoît Frachón en el artífice fundamental, si no único, de la unidad de 1936. No es disminuir la importancia considerable del papel histórico de Benoît Frachon afirmar que en este preciso momento fue Racamond quien, del lado de la ex-CGT, desempeñó el papel primordial.

Los sindicatos que, por su propia naturaleza y su composición reúnen a trabajadores de distintas opiniones, ponen de manifiesto tener una gran amplitud de espíritu para mantener su unidad.

Sus estatutos han de prever los medios para mantener su cohesión y el respeto a los principios admitidos por ambas delegaciones y a las cartas aprobadas.

Garantizan el sostenimiento de los sindicatos en su constante función de defensa de los intereses obreros.

El movimiento sindical, en todos los niveles, se administra y decide su actividad con absoluta independencia respecto a los empresarios, los gobiernos, los partidos políticos y las sectas filosóficas u otros grupos exteriores.

Se reserva el derecho de contestar afirmativa o negativamente a los llamamientos que le sean dirigidos por otros grupos en vistas a una acción determinada. Igualmente se reserva el derecho de tomar la iniciativa de estas ocasionales colaboraciones, estimando que su neutralidad frente a los partidos políticos no podrá implicar su indiferencia respecto a los peligros que amenacen las libertades públicas, así como las reformas en vigor o por conquistar.

Las asambleas y los congresos sindicales son los únicos que están cualificados para adoptar decisiones.

La democracia sindical garantiza a cada sindicado la posibilidad de defender libremente, en el interior del

sindicato, su punto de vista sobre todas las cuestiones concernientes a la vida y al desarrollo de la organización.»

El primer párrafo, como se ve, sigue siendo fiel al espíritu de la Carta de Amiens: coloca a los partidos políticos y a las «sectas» en el mismo nivel que a la patronal y al gobierno.

Pero esta categórica confirmación de la independencia sindical se halla unida, esta vez, al reconocimiento de una eventualidad que no había previsto la Carta d Amiens: la de contestar afirmativamente, por parte de movimiento sindical, a los llamamientos que le dirija otros grupos «con vistas a una determinada acción: Queda, pues, formalmente descartado todo tipo de colaboración permanente y, con mayor motivo, orgánica como la proponía Renard en 1906.

El Preámbulo de Toulouse sugiere otra eventualidad que nunca se había tenido presente: la de que el propio movimiento sindical tome «la iniciativa de estas ocasionales colaboraciones». En esta «iniciativa» encontramos de nuevo el espíritu de la Carta de Amiens: la función motriz del sindicato. Para los dirigentes de la CGTU que, durante tantos años, habían reconocido siempre la función directriz del Partido, constituía una concesión muy importante, matizada, es cierto, por la afirmación de que la neutralidad frente a los partidos no podría implicar la indiferencia del movimiento frente a los peligros que amenazasen las libertades públicas así como las reformas vigentes o por conquistar. Esta última frase se explicaba, sin duda, por la amenaza del fascismo

Por otra parte, el Preámbulo de Toulouse contiene una firme

condena de las fracciones: también esto constituía para los leninistas la dura renuncia a uno de los principios esenciales de las 21 condiciones.

Como declaró Jouhaux:

«No queremos ni podemos querer que el sindicalismo se convierta en el coto y la arena en el que los partidos políticos vengan a luchar entre sí y a destrozarse en perjuicio del movimiento sindical.»

Es, casi palabra por palabra, el argumento utilizado de nuevo por Benoît Frachon en el Congreso de 1957... contra Pierre Le Brun partidario de un cierto reconocimiento de las «tendencias» en el interior del movimiento sindical.³⁴

El Congreso de Toulouse estuvo animado por una gran discusión relativa a la incompatibilidad entre los cargos políticos y los cargos de dirección confederal. También aquí los ex-dirigentes de la CGTU fueron vencidos y el Congreso aprobó la tesis de la incompatibilidad. Frachon y Racamond tuvieron que someterse y pedir al PCF que les relevase de sus cargos en el seno del politburó y del comité central.

En realidad, los dirigentes comunistas de la CGT nunca respetaron esta decisión del Congreso de Toulouse y siguieron permaneciendo tanto en el politburó como en el comité central: se contentaron con no tener, oficialmente, el título. Había

34 Pierre Le Brun: *Cuestions actuelles du syndicalisme*. Capítulo sobre la unidad sindical. (Trad. Ed. Nova Terra, Barcelona, 1966). Tras convertirse en minoritarios después de la Liberación, Juhaux y sus amigos no dudaron, desde luego, en organizarse como tendencia alrededor de «Resistencia Obrera» y después de «Fuerza Obrera».

llegado a ser tan manifiesta esta hipocresía que, en 1945, el propio Bothereau («brazo derecho» de Jouhaux) pidió al congreso de París que suprimiese esta prohibición que a nadie engañaba. A propósito de la CGT actual, volveremos a tratar de esta cuestión que es de una gran importancia.

Añadamos simplemente que es imposible estar de acuerdo con Bruhat y Piolot cuando afirman³⁵ que la decisión de Toulouse sobre la incompatibilidad constituye una «manifestación incontestable de anticomunismo». En realidad, no se trata de una innegable expresión de anticomunismo, sino más bien de desconfianza frente a los dirigentes leninistas que, todavía en la vigilia defendían el espíritu, sino incluso la letra, de las 21 condiciones. Lo cierto es que Bruhat y Piolot las ignoran, ya que no figuran en su obra.

Debemos mencionar un último aspecto, bastante especial, del congreso de Toulouse.

Cierto número de militantes agrupados en torno a la revista *Révolution Prolétarienne* hicieron gala, en este período ascendente del peligro hitleriano, de un «pacifismo» extremista que prefigura la traición, en 1940, de dirigentes tales como Belin. Así fue como en Toulouse, Mathé, militante de la Federación de Correos, exclamó: «A pesar de todo, no dudo: antes la esclavitud que la guerra, porque de la esclavitud se puede salir, pero de la guerra no se puede regresar».

Este derrotismo, tan opuesto a las tradiciones combativas y valientes del movimiento sindical francés encuentra, sin

35 Op. cit., pág. 128.

embargo, también sus orígenes remotos en una cierta concepción antimilitarista del movimiento obrero. Pero, el «derrotismo» de los antimilitaristas anteriores a 1914 era, al menos de palabra, un derrotismo revolucionario. El de los sindicalistas de la *Révolution prolétarienne* sólo podía hacer el juego al fascismo.

Las victorias de la unidad

Dos meses después del Congreso de Toulouse, las elecciones legislativas constituyen, para la izquierda, un éxito decisivo. Los diputados pertenecientes al Frente Popular son 376 sobre 610. Con 1.462.000 votos contra 783.000 en 1932, el PCF es el gran vencedor de estas elecciones cuya resonancia es considerable.³⁶

Rápidamente, se extienden por el país las huelgas con ocupaciones de fábricas. Esta táctica no es absolutamente nueva: en Francia se conocen ejemplos, en 1920 en Halluin (Norte), en Citroën en 1933 y 1934, en las minas de Escarpelle también en 1934, y en 1935 en Chenard y Walker así como en Simca³⁷.

Pero, estas huelgas, aisladas, nunca habían conseguido

36 Hay que destacar, sin embargo, que los partidos de izquierda no obtienen en total, más que 5.413.000 de votos frente a 5.117.000 de votos en 1932. Estos 296.000 votos de diferencia (apenas el 1,40%) fueron suficientes para conseguir la victoria. Este ejemplo muestra la gran inercia del cuerpo electoral francés. Ejemplos idénticos, pero en sentido inverso, pueden encontrarse en las elecciones de 1968 con relación a las de 1967, etc...

37 Georges Lefranc, 1936 (Coll. «Archives». Julliard, París, 1966).

resultados significativos. Por el contrario, en 1936, la oleada de ocupaciones crea una situación totalmente nueva. Las primeras huelgas con ocupación de 1936 se producen en Aisne (Sociedad General de Fundición de Saint-Michel-Souland) y luego en la aviación, en Bréguet de Havre y Latécoére de Marsella (12 y 13 de mayo). Resulta importante señalar que este movimiento es absolutamente espontáneo: ¡El comité confederal de la CGT puede reunirse el 18 de mayo sin que en él se hable de las ocupaciones de fábricas! Asimismo las ignora *Le Peuple*, diario oficial de la CGT. Por el contrario, *Le Populaire* y *L'Humanité* hacen alusión a ellas, pero sin añadir nada más. A partir del 26 de mayo, el movimiento alcanza a las empresas más importantes (Crété, Sauter-Harlé, Hotchkiss). A su vez, el día 28 es ocupada Renault. Y en los días siguientes Chausson, Citroën, Fiat, Rosengart, Gnôme y Rhône. En sus inicios, pues, el movimiento parte esencialmente de la metalurgia y, más concretamente, de las industrias automovilísticas y aeronáuticas, es decir, de aquéllas donde los obreros estaban menos mal pagados.

Se registraron entonces, según el Ministerio de Trabajo, 12.000 huelgas, 9.000 de ellas con ocupación, y 2.000.000 de huelguistas.

Analizando el movimiento treinta años más tarde, Benoît Frachon explica muy acertadamente que:

«La ocupación de empresas en 1936 constituyó una manifestación singularmente ostensible de lo que la evolución de la sociedad, de las formas de producción capitalistas y de la agudización de la lucha de clases convierten

en inevitable. La implantación del sindicato en la fábrica es una exigencia de la vida a la que finalmente los empresarios deberán ceder.»

(Conferencia a los sindicatos de empleados de la región parisina, *Le Peuple*, n.º 754, del 1º de julio de 1966).

En la misma conferencia, Benoît Frachon desarrolló otra idea muy interesante. Explica que, en el curso de los años que precedieron a 1936, la policía era utilizada con progresiva frecuencia contra los obreros y rondaba incesantemente en torno a las fábricas, impidiendo, sólo por ello, cualquier reunión en las proximidades de la empresa: de donde surgió la idea de ocuparlas.

Benoît Frachon explica, asimismo, que esta idea no nació de súbito en la mente de los trabajadores, sino que había rondado en ella durante años antes de exteriorizarse en su día. Sobre este último punto, Frachon tiene razón, pero debemos precisar que si, evidentemente, la idea no ha surgido sin que la impulsasen causas de toda índole, no menos indiscutible resulta que su desarrollo fue perfectamente espontáneo, en el sentido preciso de que no constituyó la consecuencia de alguna aportación exterior a la clase obrera. Los propios sindicatos (no sólo las confederaciones y federaciones, sino también los sindicatos de base propiamente dichos) permanecieron desde luego ajenos al movimiento. Sólo más tarde participaron de él y contribuyeron entonces a su extensión y a su fortalecimiento.

La fuerza y combatividad de las huelgas de 1936 y la circunstancia de que el gobierno estuviese presidido por un

socialista con una mayoría de la izquierda en el Parlamento hizo que los empresarios cedieran rápidamente. En esta época, la organización patronal, la CGPF (Confederación General de la Producción Francesa), aunque dominada por el famoso Comité de fraguas, estaba muy mal estructurada y era de una debilidad insigne³⁸. Está comprobado que un verdadero pánico embargaba a la totalidad, prácticamente, del empresariado. Este capitoló también casi por completo en la madrugada del 8 de junio de 1936 en la famosa reunión celebrada en el hotel Matignon bajo la presidencia de Léon Blum y en la que Benoît Frachon jugó un papel decisivo junto a León Jouhaux.

Completados y mejorados por diversas disposiciones legislativas posteriores, logradas tras la continuación de las luchas durante varias semanas, los «acuerdos Matignon»³⁹ constituían para la clase obrera una rotunda victoria sin precedentes: leyes de las 40 horas, de los convenios colectivos, creación de delegados del personal, institución de las vacaciones pagadas, aumento masivo de los salarios; 1936 aportaba así muy importantes beneficios de orden cuantitativo (salarios incrementados en un 12% como promedio, ley de las 40 horas), pero también y principalmente mejoras cualitativas (como la institución de los delegados del personal y la de las dos semanas de vacaciones pagadas). Por vez primera en Francia y en el mundo capitalista también los obreros iban a tener vacaciones.

Victoria considerable de la clase obrera, 1936 es la victoria de

38 Véase sobre esta cuestión la importante obra de Henry W. Ehrmann, *La Politique du patronat français; 1936–1955* (Armand Colin, París, 1959).

39 El poder de la CGT era tal que nadie pensó invitar a la reunión de Matignon a la CFTC, la cual no cesó de protestar.

la iniciativa creadora de las masas y, en este sentido, de su «espontaneidad» (ocupación de fábricas). Pero es también la victoria de la unidad política entre el PCF y la SFIO, y de la unidad sindical hallada de nuevo. La CGT reunificada, con varios millones de adheridos, rompe cualquier resistencia patronal y cualquier vacilación del gobierno, y en pocas semanas permite que los trabajadores consigan éxitos mucho más importantes que los logrados en varios decenios de obstinadas luchas.

Pese a los éxitos conseguidos y a su importancia, la lucha obrera continuó todavía durante largo tiempo. Fue entonces, el 11 de junio, cuando Maurice Thorez, secretario general del PCF pronunció las célebres frases tan a menudo repetidas y desfiguradas más tarde: «Es preciso saber acabar una huelga cuando se ha obtenido un beneficio. Es preciso incluso saber acceder al compromiso si no han sido aceptadas todas las reivindicaciones, pero cuando se ha logrado la victoria respecto a las reivindicaciones más esenciales».

A pesar de una cierta oposición trotskista, el llamamiento de Maurice Thorez fue oído por la clase obrera.

Nada hay más vano que rehacer la historia a posteriori. ¿Era posible ir más lejos en 1936? En la respuesta a esta pregunta hay un elemento positivo: el pánico empresarial. Y varios elementos negativos: la creciente hostilidad de las clases medias (mucho menos «progresistas» que hoy en día), la latente hostilidad de una masa campesina todavía muy numerosa y, sobre todo, la creciente amenaza del fascismo tanto en el interior como en el exterior.⁴⁰ Sea lo que fuere, 1936 había demostrado en la

40 En lo referente al campesinado, el Frente Popular hizo mucho por los pequeños

práctica la utilidad del sindicalismo de masas inseparable de la propia unidad sindical, difícil de concebir fuera de la unidad de la izquierda. 1936 es la victoria de la unidad, pero ¡ay!, ésta era aún demasiado reciente y no iba a resistir la escalada de los nuevos peligros.



1937. Primero de mayo en París

III. LA GUERRA (1939–1945)

La unidad deshecha; la derrota y la traición

La burguesía capitalista francesa, desamparada en 1936, se había recobrado pronto. A fin de año cambió la denominación y la naturaleza de la organización patronal: la Confederación General de la Producción Francesa se convirtió en la «Confederación General del Patronato Francés», permaneciendo intacta la sigla «CGPF». Pero, sobre todo, la nueva CGPF (de la que fueron excluidos casi todos los firmantes de los acuerdos Matignon) representó al mundo de los negocios mucho mejor que la antigua. Tal como escribe Henry W. Ehrmann:

«Al insistir en la función patronal de los hombres de negocios, esta nueva terminología quería simbolizar la nueva función que la Confederación, una vez reorganizada, quería desempeñar en el campo de las relaciones industriales; no se trataba únicamente de una defensa de los intereses económicos». ⁴¹

Por otra parte, el movimiento empresarial vio cómo se

41 Citado de Henry W. Ehrmann, op. cit., pág. 53.

constituían un cierto número de organizaciones, más o menos clandestinas, de derecha y de extrema derecha. La de carácter más político fue el «Comité de Previsión y Acción Social» en el que, junto a un comité de dirección formado por empresarios, funcionaba un «estado mayor general escogido» (sic) compuesto por técnicos, economistas y oficiales retirados⁴². Este Comité que anunció que sus actividades se asemejarían «a todas las grandes maniobras, que son a la vez la escuela y la imagen de la guerra», se dedicó a realizar, en el propio seno de la CGPF, una intensa propaganda anticomunista y profascista.⁴³



La burguesía capitalista, que no había aceptado las reformas sociales del Frente Popular (y, especialmente, la ley de los

42 Jacques Madaule, «Préfacisme français», *Esprit* VII, 1938–1939, páginas 327 y siguientes.

43 Op. cit., pág. 55. El segundo hecho que había sorprendido a Georges Lefranc en Toulouse era la firmeza de Jouhaux.

delegados del personal), ni las reformas económicas (algunas tímidas nacionalizaciones), se dedica desde entonces, bajo el eslogan Antes Hitler que el Frente Popular, a una actividad de sabotaje económico y político: para no poner más que un ejemplo, la Compañía Alais-Forges-Camargue, que tiene el monopolio de la extracción de la bauxita, entrega 300.000 toneladas a Alemania que carecía de ella. De esta forma, Alemania pudo producir 127.000 toneladas de aluminio frente a 34.000 toneladas por parte de Francia.

Pero las fuerzas hostiles al Frente Popular no se manifiestan tan sólo en el seno de la patronal, del ejército y del gobierno: existen, también, en el propio interior de la CGT.

En su libro sobre Junio de 1936, Georges Lefranc reconocía que ya existía un «núcleo reticente» en el propio Congreso de Toulouse. Escribe: «Durante el congreso, me han sorprendido dos hechos: en primer lugar, la persistencia de una tenaz oposición al propio principio del Frente Popular. Esta oposición era obra de elementos sindicalistas revolucionarios, más o menos vinculados en torno a la revista *La Révolution prolétarienne*... Si bien no querían debilitar a Jouhaux en la medida en que éste se oponía a los leninistas, temían que él y sus amigos fuesen víctimas de manejos. Por lo demás, temían mucho una integración del sindicalismo en el Estado francés y, por la influencia leninista, una sujeción del sindicalismo francés al Estado soviético»

En el momento de la crisis de Munich, algunos dirigentes sindicales, tales como Belin (P.T.T.⁴⁴), Dumoulin (Subsuelo),

44 Postes, Téléphones et Télécommunications (Correos, Teléfonos y Telégrafos).

Froideval (Construcción) y Delmás (Profesores), aplauden ruidosamente en nombre del «pacifismo». Agrupados en torno al diario *Syndicats*, estos hombres practicaban, con la semicomplacencia de Jouhaux, una política de grupo formalmente prohibida por los estatutos de la CGT. Y lo que es más grave, este grupo estaba en continua relación con Déat y el célebre «Comité Francia-Alemania».



Georges Dumoulin

Estos hombres, la mayoría de los cuales acabarían siendo colaboradores de los nazis, habían sido, sin embargo, auténticos sindicalistas en un principio; pero un antileninismo casi visceral no tardaría en conducirles a la traición pura y simple. A pesar de todo, desde este momento, hombres como Benoît Frachon y Pierre Sémard habían visto el peligro y habían pedido al comité confederal nacional la expulsión de Belin de la Oficina confederal. Fue en vano. Y es que algunos dirigentes, como

Jouhaux, pese a ser profundamente enemigos del fascismo, también estaban caracterizados por un claro antileninismo y no supieron (o no quisieron) reaccionar a tiempo. A decir verdad, la euforia de 1936 había sido de escasa duración. La desgracia fue que Francia, en esta época, estaba encerrada en un cerco fascista.

En estas dramáticas condiciones, las viejas heridas de la actitud de los dirigentes reformistas de 1914–1918 o de las 21 condiciones y las antiguas disputas sobre las responsabilidades de la escisión de 1922, tenían que abrirse de nuevo. En esta atmósfera apasionada y viciada (en la que ya la intoxicación desempeñaba un papel nada desdeñable), la firma, realizada el 23 de agosto de 1939, del Pacto de no agresión entre la Alemania hitleriana y la Unión Soviética constituyó, a un mismo tiempo, la causa, la ocasión y el pretexto de una nueva ruptura. Aquí no puede hablarse propiamente de «escisión», sino de exclusión, por parte de la mayoría de la oficina confederal (18 de septiembre de 1939) y de la comisión administrativa (25 de septiembre), de los militantes y dirigentes leninistas⁴⁵. En los días siguientes, el gobierno Deladier decreta la disolución de todos los sindicatos pretendidamente dirigidos por «comunistas»

Con ello, la mayoría confederal es la primera en diezmar la CGT cuyos efectivos, que habían superado los 4.000.000 de adheridos en 1936–37, se desploman hasta alcanzar la cifra de menos de un millón.

45 Una «exclusión» de tal índole no está prevista por los estatutos de la CGT. Es contraria al espíritu del artículo 1.º.

Con la derrota y la ocupación alemana, la traición pura y simple de los pretendidos «pacifistas» se manifiesta a la luz del día.

Belin, convertido en secretario de Estado para la producción industrial y el trabajo en el gobierno de Vichy, preside, el 9 de noviembre de 1940, la disolución de la CGT y la de la CFTC, y prepara la «Carta del Trabajo» que se promulga el 4 de octubre de 1941, caracterizada por un espíritu a la vez medieval y fascista, paternalista y corporativo, y neciamente moralizante, la «Carta del Trabajo» sólo pretende, en realidad, la sujeción pura y simple de la clase obrera. Preconizando declaradamente la colaboración de clases, prefigura, en ciertos aspectos, la asociación capital-trabajo o la «participación» apreciadas por De Gaulle. De hecho, la «Carta del Trabajo» chocó con la decidida oposición de la clase obrera y prácticamente nunca fue aplicada.

El 15 de noviembre de 1940, la «resistencia sindical» se manifestaba mediante una resonante declaración que, debía discutirse por el Comité confederal nacional. En cualquier caso, la Oficina confederal y la Comisión administrativa, en septiembre de 1939, se atribuyeron prerrogativas que no figuraban en los estatutos de la CGT.

Durante ocho meses (de septiembre de 1939 a mayo de 1940) el gobierno simula estar en guerra contra la Alemania nazi (¡extraña guerra!) pero llevará a cabo, de hecho, una lucha efectiva contra la Unión Soviética (ayuda masiva a Finlandia) y una represión a veces sangrienta contra los militantes comunistas o acusados de serlo.

Creación de «sindicatos» únicos y obligatorios, supresión del derecho de huelga, creación de «comités sociales de empresas», destinados a facilitar la colaboración de clases, etc. firmada por tres dirigentes cristianos y nueve dirigentes cegetistas⁴⁶, condenaba enérgicamente el capitalismo y los «feudalismos económicos» responsables de la derrota, y estigmatizaba con firmeza el antisemitismo, las persecuciones religiosas y los delitos de opinión.

El manifiesto del 15 de noviembre de 1940 reafirmaba, por último, el principio intangible de la libertad sindical.

Por otra parte (y esto en julio de 1940) numerosos militantes sindicalistas y leninistas, como Marcel Paul en la región Oeste, emprenden una acción de propaganda clandestina «que resulta difícil discutir que se denomina ya Résistance»⁴⁷.

Respondiendo al llamamiento de estos militantes y, principalmente, de Auguste Lecoeur, 120.000 mineros del Norte y del Pas-de-Calais inician en el mes de mayo de 1941 una gran huelga a la vez reivindicativa y patriótica.

De esta forma, por la propia fuerza de las cosas, se produce

46 Zirnheld, Tessier y Bouladoux, presidente, secretario general y secretario adjunto de la CFTC, respectivamente; y Capocci, Gazier, Pineau, Chevalme, Jaccold, Lacoste, Neumeyer, Saillant y Vandeputte, de la CGT

47 Henri Noguerés: *Histoire de la Résistance en France* (Robert Laffont. París, 1967, pág. 58). Esta obra es fundamental sobre la cuestión, tan controvertida, de la participación de los comunistas en la Resistencia antes de junio de 1941 (agresión de Alemania contra la U.R.S.S.). Las exageraciones y las «equivocaciones» de la propaganda oficial del PCF (especialmente el «llamamiento» de M. Thorez y de I. Duclos del 10 de julio de 1940) en modo alguno pueden negar la realidad histórica de la lucha nacional llevada a cabo por el PCF con anterioridad a junio de 1941.

una aproximación de hecho entre los militantes clandestinos de las dos tendencias de la CGT. Se consigue un primer paso importante el 22 de septiembre de 1942 cuando Jouhaux acepta encontrarse con el leninista Semat (antiguo secretario de la Federación de trabajadores metalúrgicos) en presencia de Saillant⁴⁸. Desgraciadamente, se interrumpen los contactos tras el arresto de Jouhaux en diciembre de 1942.

Sin embargo, los contactos acaban por reemprenderse y, en abril de 1943, dos delegaciones formadas por Henri Raynaud y André Tollet, por parte de los comunistas, y por Robert Bothereau y Louis Saillant, por parte de los no leninistas, se reúnen en Perreux (cerca de París) en la casa de un modesto militante llamado Fritsch.

Los acuerdos de Perreux: Nuevamente en marcha

Pese a lo que cuenta una tenaz leyenda, los acuerdos de Perreux nunca fueron «firmados» por la sencilla razón de que fueron puramente verbales. El «texto» del acuerdo, tal como figura en la página 177 de la obra de Bruhat y Piolot, fue escrito a posteriori; no obstante (y felizmente), es una fiel reproducción del acuerdo verbal. El acuerdo de Perreux anulaba la escisión producida en septiembre de 1939. En *Le Peuple* del 4 de agosto de 1945, Jouhaux escribirá: «Cuando la unidad se convirtió en la realidad deseada, yo no estaba allí por desgracia. Pero puedo afirmar que no fui ajeno a ella y que se llevó a cabo en el sentido

48 Louis Saillant es, actualmente (1968), secretario de la Federación Sindical Mundial (F.S.M.).

de los acuerdos transmitidos por mis camaradas encargados de procurar su conclusión».

En adelante, tres leninistas (2 en 1939) forman parte de la nueva oficina confederal (clandestina) compuesta por ocho dirigentes. Respecto a las federaciones y uniones departamentales, el acuerdo prevé el restablecimiento de las proporciones existentes en septiembre de 1939.

Como hace observar Georges Lefranc⁴⁹, este acuerdo provocó en la práctica numerosas dificultades, pues muchos militantes cegetistas que habían proseguido una actividad legal tuvieron que ajustarse, en adelante, a las directrices de militantes leninistas que habían permanecido durante mucho tiempo en la clandestinidad.⁵⁰ Además, el acuerdo de Perreux prevé que, en lo sucesivo, los militantes deberán realizar dos actividades: una «legal», bajo el pretexto de la ejecución de la Carta del Trabajo, y otra clandestina. Ambas actividades deberán ser dirigidas siempre por una oficina única, legal o no según las circunstancias. Esta disposición se mantendrá hasta mayo de 1944, fecha en que la CGT ordenará abandonar toda actividad «legal».

La CGT, reunificada en y a través de la lucha, desempeña un papel progresivamente considerable en la Resistencia. Muchos militantes y dirigentes de ambas tendencias, unidos en una misma lucha, caen bajo el fuego nazi. Otros, aún más numerosos, experimentan los horrores de los campos de

49 Me lo han confirmado personalmente tanto Robert Bothereau como André Tollet (A.B.).

50 *Le Syndicalisme en France* («Que sais-je?», n.º 585, París, 1966, páginas 93–94).

exterminación. Por su parte, la CFTC clandestina lleva a cabo con firmeza una enconada lucha que, poco a poco, la convierte en una experimentada organización sindical y como tal se manifestará en el gran día de la Liberación.

En mayo de 1943 se crea el Consejo Nacional de la Resistencia: gracias a los acuerdos de Perreux, una CGT única puede estar allí representada por Louis Saillant.⁵¹

En esta misma época, la CGT participa con cinco delegados en la Asamblea consultiva de Argel.

La influencia de la CGT en el Consejo Nacional de la Resistencia se notará no sólo en la orientación de las luchas clandestinas sino también en la elaboración de un «programa» profundamente impregnado de la ideología sindical del anterior decenio.

Volveremos sobre esta cuestión detalladamente en el capítulo sobre «La CGT, plan y programas». Indiquemos aquí, simplemente, que el Programa del CNR mencionaba expresamente la necesidad de reconstruir la economía francesa «según las líneas de un Plan decretado por el Estado» y mediante «el retorno a la nación de los grandes medios de producción monopolizados, frutos del trabajo común, de las riquezas del subsuelo, de las compañías de seguros y de los grandes bancos».

Tras el desembarco aliado en Normandía del 6 de junio de 1944, la Resistencia interior multiplicaba sus ataques contra el

51 La CFTC está representada por Gastón Tessier.

ocupante nazi. En esta lucha progresivamente abierta, la CGT desempeña un papel decisivo principalmente en la organización de huelgas de masas de una amplitud cada vez más vasta. Estas huelgas (en especial las de los ferroviarios) crean enormes dificultades a los alemanes y paralizan sus medios de transporte.

Finalmente, el 18 de agosto de 1944, las oficinas de la CGT y de la CFTC dan la orden de huelga general para la Liberación: la huelga (cuidadosamente preparada desde hacía meses a través de múltiples acciones diversas) es total y al día siguiente el CNR puede así decretar la insurrección nacional en óptimas condiciones.

Conocemos la continuación.

La liberación: una esperanza frustrada

Desde la liberación de París y de la mayor parte de un territorio todavía devastado, y mientras continúa la guerra, la CGT se dedica a la gran «batalla de la producción». Este episodio de la historia de la CGT, a menudo ha sido tergiversado: se ha pretendido y se pretende aún que la CGT se desinteresó completamente de la suerte de los trabajadores en aquel momento. Nada más falso. El 10 de septiembre de 1944, en un informe a la asamblea de cuadros sindicales de la región parisina, Benoît Frachon, tras haber explicado que es preciso continuar la guerra con energía, castigar a los traidores y depurar las empresas, subraya las razones por las que «es

preciso dar nueva vida a la economía francesa»⁵². Declara en particular: «La independencia política de una nación exige su independencia económica. Para nosotros, esto implica que pongamos en Rendimiento todas nuestras riquezas económicas e industriales». Pero Frachon precisa en seguida que es evidente que «la batalla en pro del renacimiento de Francia y de su independencia no es tan sólo una batalla económica» y que «la rehabilitación de Francia sólo se podrá conseguir con la estrecha colaboración de todo el pueblo» y en especial de la clase obrera: «Pero, nadie puede soñar en pedirle un esfuerzo sin reconocerle los derechos que muy a menudo se le discuten y de los que sería acreedora por el sólo hecho de su sacrificio durante cuatro años». Benoît Frachon desarrolla luego extensamente las diversas reivindicaciones (salarios, leyes sociales, etc.), a las que estima indispensable y urgente dar satisfacción.

Sólo es a partir de 1946 y, sobre todo, del comienzo de 1947 cuando la política en la materia de la CGT puede discutirse en muchos casos.

Sucedrá, entonces, con progresiva frecuencia que obreros descontentos de la lentitud con que se alcanzan las mejoras se declaren en huelga espontáneamente y que estas huelgas sean enérgicamente denunciadas, de inmediato, como obra de elementos «provocadores» y «trotskistas».⁵³ En su conjunto, sin

52 Benoît Frachon: *Au rythme des jours*, págs. 32 a 47 (Editions sociales, París, 1967).

53 Es conocido el ejemplo de lo sucedido en la Renault en abril y mayo de 1947. El 25 de abril, los obreros desencadenan una huelga espontánea a la que se oponen violentamente la CGT y el PCF. Pero, desde el 29, la CGT encabeza esta huelga que había condenado el día antes, y el PCF obtiene un argumento para oponerse a la política gubernamental. A su vez, esta actitud sirve de pretexto a Paul Ramadier para excluir a los comunistas del gobierno.

embargo, la Confederación como tal nunca abandonará la lucha reivindicativa. Esta lucha condujo al logro de resultados muy importantes: reestructuración general de los salarios y de la cualificación profesional (ministerio Parodi), creación de un sistema único y coherente de Seguridad Social (ministerio Croizat), institución de los comités de empresa, estatuto de los mineros, estatuto de los funcionarios públicos (Maurice Thorez, vicepresidente del Consejo y luego ministro de Estado), reglamentación del arrendamiento y la aparcería.

En el plano económico propiamente dicho, se realizó asimismo cierto número de reformas de estructura conformes con el espíritu del programa del CNR: definitiva nacionalización del Banco de Francia y de los cuatro principales bancos de depósitos; nacionalización de alrededor de la mitad de las compañías de seguros, y nacionalización de las minas de hulla, de gas y electricidad, de las fábricas Renault y de diversas sociedades de construcciones aeronáuticas.

Pese a su enorme importancia, estas disposiciones eran, sin embargo, heterogéneas e incompletas: siendo la más grave debilidad inicial de estas nacionalizaciones, ciertamente, el mantener en el sector privado a los grandes bancos de negocios (Banco de París y de los Países Bajos, Banco de Indochina, Bancos Rothschild, Lazard, etcétera) y a la siderurgia.⁵⁴

De esta forma, el capitalismo francés, aunque seriamente afectado, escapaba del desastre, al tiempo que la masiva

54 El papel económico preponderante de la industria siderúrgica ha disminuido un poco actualmente en pro de las industrias químicas o electrónicas. Durante la Liberación, y en el siguiente decenio, el desarrollo de la siderurgia condicionaba en gran medida toda la actividad económica nacional.

presencia de los ejércitos americano y británico en el territorio nacional convertía en extremadamente aleatorio y arriesgado cualquier intento revolucionario.

En tales condiciones, el empresariado (agrupado en el «Consejo Nacional del Patronato Francés») no tardó en recuperar su influencia, máxime cuando ciertas estructuras introducidas por el gobierno de Vichy (como los comités de organización, en los que mandaban los directores de empresa) permanecían intactas, pese a los esfuerzos de la CGT y de los partidos de izquierda.

A pesar de la reactivación bastante rápida de la producción, no cesó de aumentar la inflación, mientras la escasez (origen del mercado negro) persistía de forma anormal y muchos colaboracionistas mostraban con ostentación extraordinarias fortunas.

Esta especie de larvado sabotaje condujo al final a un cierto desengaño de la clase obrera que, poco a poco, tuvo la impresión de que había sido traicionada la Liberación.

Esta impresión se acentuó, naturalmente, a partir del bombardeo de Haíphon efectuado por la armada francesa y la reanudación de la guerra de Indochina (noviembre de 1946).

Por lo demás, la dimisión del general De Gaulle (presidente del gobierno provisional de la República), el 20 de enero de 1946, si bien indiscutiblemente elimina una amenaza de dictadura, deja el campo libre, por otra parte y a pesar de los esfuerzos del PCF, a las intrigas americanas en Francia.

Estas intrigas hallan un terreno tanto más favorable cuanto que la situación financiera de Francia hace inevitable, evidentemente, la ayuda extranjera.

En este contexto, la expulsión llevada a cabo por Paul Ramadier de los ministros comunistas del gobierno, en mayo de 1947, sólo suscita una conmoción relativamente limitada. La misma CNPF, que en julio negocia con la CGT y concluye con ella importantes acuerdos salariales, todavía no se da cuenta cabal de la importancia del «giro» que acaba de tener lugar.

Lo mismo le sucede al PCF, que en definitiva no está disgustado de hacer una pequeña cura de oposición y que está completamente convencido de que sin él no es posible gobernar en Francia...⁵⁵

Ello era subestimar la importancia de las fuerzas que, en Francia y en el extranjero, habían decidido pasar a la contraofensiva. Y era, asimismo, sobrevalorar las fuerzas de una clase obrera que, tras cuatro años de terribles pruebas, algunos pocos meses de vana esperanza y tres años de mitigados éxitos, comprendía claramente que había pasado ya la hora de la victoria y que, desde aquel momento, sólo se trataba de luchar en retirada.

55 En esta época, oí explicar a Jacques Duclos (que era entonces el dirigente más importante después de Maurice Thorez), en una reunión interna de la sección económica del PCF, que bastarían algunas huelgas durante el verano de 1947 para crear las condiciones del regreso de los comunistas al gobierno. Jacques Duclos condenaba cualquier intento de huelga masiva; consideraba que las huelgas «turnantes» eran una táctica flexible, comparable a la de los partisanos en la Resistencia.

Una vez más, la escisión (diciembre 1947)

Las causas de la escisión de diciembre de 1947 (la tercera en 25 años) que debía conducir a la creación de la «CGT-Fuerza Obrera» (CGT-FO) son complejas, y las responsabilidades están compartidas. En primer lugar, no cabe duda de que, pese a la lucha clandestina llevada a cabo en común contra el invasor hitleriano, no por ello habían desaparecido los antiguos recelos. Por otra parte, en plena clandestinidad, los militantes leninistas se lamentaban, a menudo con razón, de que el dinero o las armas enviadas desde Londres estaban reservadas para otros. En sentido inverso, los no leninistas constataban con amargura que la clandestinidad permitía también a los leninistas apoderarse de las direcciones sindicales sin respetar los Acuerdos de Perreux. Lo mismo sucedió en el momento de la Liberación. Estos «recortes» a lo convenido, empleando la expresión de Benoît Frachon en el congreso de abril de 1946, efectivamente no son puñaladas por la espalda, pero bastan suficientemente para volver a abrir las heridas que nunca habían estado bien cicatrizadas. En segundo lugar, es una realidad que los dirigentes y militantes no leninistas de la CGT al agruparse, desde la Liberación, en torno al semanario *Resistencia Obrera* (convertido poco después en *Fuerza Obrera*) infringen de forma patente los estatutos de la CGT, como reconocerá abiertamente Bothereau el 13 de abril de 1948 en el congreso constitutivo de Fuerza Obrera.⁵⁶

56 «Nuestro diario FO ha sido el vínculo de esta unión, el primer instrumento. Ha resultado insuficiente, porque debía penetrar más en la organización sindical. Y hemos tomado la decisión de crear nuestros grupos Fuerza Obrera, sabiendo que estamos en

En tercer lugar, es igualmente cierto que, al proponer al comité confederal nacional reunido los días 13 y 14 de noviembre de 1947 que organizase una especie de consulta de los obreros no sindicados acerca de las huelgas, la mayoría leninista de la CGT quería mucho menos proceder a una consulta «democrática» del conjunto de los trabajadores que presionar desde el exterior sobre la minoría no leninista y forzarla de esta forma a una reunión.



1948. Congreso fundacional de CGT-FO

En cuarto lugar, no parece apenas discutible que la extremada violencia de las huelgas de entonces (huelgas totalmente justificadas en el terreno reivindicativo) y el tono frenético del PCF pudiesen sinceramente hacer temer a numerosos sindicalistas que se tratase de un intento de toma del poder por la fuerza y en provecho exclusivo de los leninistas.

En quinto lugar, la desaprobación brutal y concisa del Plan Marshall realizada por la mayoría confederal, daba

contradicción formal con los estatutos de la CGT (FO del 15 de abril de 1948, página 8).

suficientemente la impresión de una alineación sin matices al lado del PCF para no ofrecer amplios motivos a la crítica.

Pero, esto sentado, todavía debe añadirse que los sindicatos americanos desempeñaron un considerable y decisivo papel en este asunto.

En mayo de 1967, George Meany, presidente de la gran central americana AFL-CIO, reconoció haber entregado 35.000 dólares a Fuerza Obrera⁵⁷. Poco antes, en un artículo publicado por el *Saturday Evening Post* y en una entrevista en el *Los Angeles Times*, Thomas Braden, antiguo asistente de Allen Dulles en la dirección de la Central Intelligence Agency (CIA) afirma que esta organización había intervenido también para ayudar a Fuerza Obrera tras agotar fondos puramente sindicales⁵⁸. Siempre según Braden, la CIA habría entregado de esta forma casi dos millones de dólares anuales a los sindicatos no leninistas de Francia e Italia. Tras estas declaraciones, la comisión ejecutiva de FO publicó un comunicado en donde «desmiente categóricamente haber tenido nunca relación alguna con la CIA». Es legítimo pensar que, en efecto, los dirigentes y, con mayor motivo, los militantes de FO que recibían la ayuda financiera de la A.F.L. no estaban en contacto con la CIA. Pero, en la atmósfera envenenada de fines de 1947, cuando ya se propagaban los miasmas de la guerra fría, es muy difícil no admitir que los diferentes servicios secretos desempeñaron la

57 *Le Monde*, 10 de mayo de 1967.

58 *Le Monde*, 9 de mayo de 1967. Véase en *Le Monde* del 12 de mayo de 1967 el documentado artículo de Claude Julien sobre este problema, de donde resulta que en 1951 la prensa francesa recibió una «ayuda» de 2.450 millones de francos procedentes de los Estados Unidos...

función que se les había asignado en la cruzada anticomunista; nadie puede discutir que la existencia, en Francia, de una poderosa central sindical más o menos dominada y controlada por el PCF constituía entonces, objetivamente, uno de los elementos (no despreciable) de la estrategia mundial.

En lo concerniente a los detalles de la «escisión», se ha de añadir que ésta se produjo bajo la forma, desacostumbrada, de una dimisión de Léon Jouhaux y de otros dirigentes no leninistas, exceptuado Pierre Le Brun.

Del mismo modo que se le puede juzgar por ello, parece claro que Léon Jouhaux no deseaba verdaderamente esta escisión, cuya extremada gravedad bien comprendía. Convertido en presidente de la CGT-FO, Léon Jouhaux tuvo, hasta el final de su vida (1954), una actitud conciliadora, y multiplicó sus esfuerzos para lograr un arreglo pacífico de los conflictos. En 1951, el premio Nobel de la Paz coronó la trayectoria de este viejo luchador sindicalista cuya larga vida de dirigente suscitó, durante mucho tiempo, el respeto de unos, el odio de otros y la duda de quienes saben que no basta con «etiquetar» a un hombre para conocer su verdadera personalidad.

Sea lo que fuere, las peculiares causas de esta tercera escisión habían de crear una fisura aún más grave que todas aquellas que había conocido la CGT⁵⁹. La gran diferencia entre la escisión de 1947 y las precedentes no reside únicamente en su excepcional gravedad: consiste, sobre todo, en el hecho de que los mayoritarios, esta vez, son los leninistas y sus amigos, es decir,

59 La primera escisión duró 14 años, la segunda apenas cuatro. La escisión de 1947 dura desde hace ya 21 años.

los minoritarios de las dos escisiones precedentes. Esta inversión modifica por completo la situación y, evidentemente, da un nuevo semblante a la CGT.⁶⁰

También aquí acabamos la historia cronológica, lineal de la CGT, para dedicamos en lo sucesivo a lo que quizás se podría denominar su «análisis espectral»: Procediendo a este estudio «horizontal» tendremos la posibilidad, de un modo natural, de encontrar de nuevo los hechos históricos, pero, esta vez, clasificados bajo un cierto número de títulos fundamentales.

60 Lo mismo cabe decir de la CGT–Fuerza Obrera. Si bien al principio puede parecer la continuación de la CGT no comunista de entre las dos guerras, no tarda manifestarse un cambio. Por el hecho de que FO es una organización mucho menos importante que la CGT (e incluso que la C.F.D.T.), los problemas no pueden plantearse de la misma manera que en los tiempos en que Jouhaux era el «papa» indiscutido del sindicalismo. Después, Fuerza Obrera se ha convertido en una central sindical bastante diferente: junto a un núcleo de dirigentes y veteranos formados en la escuela de Jouhaux, que pertenecían (aunque no necesariamente) al partido socialista S.F.I.O. y que, salvo excepciones, se caracterizaban por su antileninismo, hay gran número de militantes que desprecian cualquier ideología, incluso «reformista», y que están atraídos por el sindicalismo pragmático «a la americana». Pero la CGT–FO cuenta, igualmente, entre sus afiliados con cierto número de militantes anarcosindicalistas (como Hébert de Loire–Atlántica) o trotskistas, así como revolucionarios (Labi en el ramo de Químicas y Cottave entre los Ingenieros).

SEGUNDA PARTE

ESTRUCTURA Y METODOS

IV. LA ORGANIZACIÓN INTERNA

Sindicatos, federaciones, uniones departamentales

Como su nombre indica, la «Confederación» constituye un conjunto de «federaciones» que agrupan a «sindicatos» pertenecientes a una misma industria: desde hace mucho tiempo, ya no hay en la CGT sindicatos (y, con mayor razón federaciones) de «oficios». De este modo, un sindicato de la metalurgia CGT reagrupará tanto a albañiles y torneros, fresadores y ajustadores, como a mecanógrafos e ingenieros⁶¹. Esta concepción, por otra parte, propia de todas las organizaciones sindicales francesas⁶², presenta la gran ventaja de agrupar en una misma organización a todos los asalariados de una misma empresa frente a la dirección patronal e independientemente de la calificación particular de cada uno.

Por ello, es absolutamente imposible seguir a Benjamín Peret cuando afirma que «el sindicato extrae a los obreros de la

61 Como veremos más adelante, los ingenieros y los técnicos tienen doble afiliación.

62 Excepto, claro está, ciertos sindicatos de categorías profesionales autónomas (conductores del Metro, por ejemplo).

fábrica donde residen sus intereses vitales, para crearles intereses superficiales al dispersarlos de tantos sindicatos como oficios. Destruye la cohesión natural que tiende a formarse por sí sola en la fábrica (y que se trataba de reforzar), en provecho de una organización ya caduca desde su nacimiento, puesto que refleja los intereses y las tendencias ideológicas de capas obreras que representan la supervivencia de un estado superado de la producción»⁶³. Válida tal vez para ciertos países anglosajones, esta descripción no lo es en modo alguno para Francia.

Agrupados en federaciones de industria, los sindicatos (que, desde la ley de 1884, poseen además personalidad jurídica) gozan de completa autonomía. Lo mismo cabe decir de las federaciones, respecto a las cuales el artículo 19 de los estatutos de la CGT estipula que pueden, sin autorización de la Confederación, «decidir toda acción corporativa que juzguen útil», reservándose la comisión administrativa de la CGT el derecho de «dar su opinión y organizar el apoyo y la solidaridad del conjunto del movimiento sindical», en caso de movimiento parcial o general.

La sucesión Sindicato–Federación–Confederación es conocida con el nombre de «estructura vertical». Esta se halla naturalmente completada por una estructura «horizontal» que reagrupa todos los sindicatos de una misma localidad (Unión local) o de un mismo departamento (Unión departamental). El artículo 21 de los estatutos de la CGT precisa igualmente que «se concede la más amplia autonomía administrativa tanto a las

63 *Les syndicats contre la révolution* (Le Terrain vague, París, 1968, páginas 36–37).

uniones como a las federaciones nacionales». Sin embargo, al precisar que las «uniones departamentales son los organismos departamentales de la CGT, el artículo 23 introduce, a pesar de todo, cierta diferencia entre la autonomía de las U.D. y la de las federaciones. Esta mayor subordinación de la» U.D. se acentúa en el artículo 24 que precisa además que «están encargadas de aplicar las decisiones de los congresos confederales en su departamento».

Los mecanismos de dirección de la CGT son bastante curiosos. Por una parte, en efecto, el Congreso confederal (que se reúne cada dos años) es, por lo menos en teoría, el organismo soberano de la CGT. Constituido por «los representantes debidamente delegados de los sindicatos de base», el Congreso confederal examina las memorias, morales y financieras, que le presenta la dirección saliente⁶⁴; el determina la «línea» de la Confederación y traza las perspectivas para todas las organizaciones confederadas. Pero, paradójicamente, este organismo «soberano» no elige la dirección confederal. Esta es, por otra parte, compleja y comprende tres organismos bien distintos:

El Comité Confederal Nacional (CCN). Constituido por los secretarios generales de las federaciones y de las uniones departamentales que son miembros de derecho. Este organismo no es elegido, lo cual no significa que sea

64 Según los estatutos, el Congreso es verdaderamente la asamblea de los sindicatos. Las federaciones y las U.D. están allí simplemente «invitadas». Pero, la experiencia demuestra que los dirigentes de las federaciones acaparan casi todo el tiempo, impidiendo prácticamente a los delegados de los sindicatos de base la posibilidad de expresarse. Este método nefasto priva al Congreso de todo interés. El Congreso tiende a convertirse en una especie de meeting o, mejor, de misa solemne.

antidemocrático: en efecto, los secretarios de U.D. y de federaciones son elegidos.

Organismo soberano de la CGT entre los Congresos, se reúne por lo menos dos veces al año, siendo el único que está habilitado (artículo 32) para ordenar una huelga general que englobe a todas las industrias. El CCN es también el organismo que procede a la elección de los miembros de la comisión administrativa y de la oficina confederal.

La Comisión Administrativa (CA). Elegida por el CCN y compuesta por 35 miembros aproximadamente, la CA «asegura, junto con la oficina confederal, la gestión de la CGT». Se reúne como mínimo una vez al mes.

La Oficina Confederal⁶⁵ (OC). Igualmente elegida por el CCN (y no por la CA), la oficina confederal es el organismo permanente de dirección de la CGT. Sus miembros, generalmente 12 o 14, tienen el título de «secretarios» de la CGT, pero, además de la oficina, no hay secretariado. Uno de ellos ejerce las funciones (no definidas por los estatutos) de «secretario general» y también puede haber un «presidente».⁶⁶

En esta organización de la dirección confederal cabe hacer algunas observaciones. La más importante es que ni el CCN, ni la

65 Bureau confédéral. Al no existir en castellano una palabra equivalente, y para no utilizar un neologismo, se ha optado por emplear el vocablo Oficina.

66 Durante todo el período anterior a la guerra, la CGT tuvo un solo secretario general, Jouhaux. En la Liberación, Jouhaux y Frachon ostentaron ambos este título. Tras la dimisión de Jouhaux, se mantuvo la ficción de los dos secretarios generales en provecho de Alain Le Leap hasta que, en junio de 1967, Georges Séguy reemplazó a Frachon en el secretariado general, creándose para Frachon el cargo de «presidente».

CA, ni la oficina son elegidos por el Congreso. La justificación de este hecho, sorprendente a primera vista, es que al ser la Confederación, por definición, la reunión de las federaciones, y el Congreso la de los sindicatos, éstos no tienen que elegir a los dirigentes confederados. Esta tesis no es absurda. Responde, no obstante, al hecho de que los miembros de la CA o de la OC son elegidos por un organismo, el CCN, que no es elegido directamente. Se trata de una concepción discutible de la democracia (propia, por otra parte, de la CGT de antes de la guerra), que hace bastante difícil la renovación de los dirigentes.

En realidad, el CCN y la CA sólo juegan un papel secundario. En más de veinte años, prácticamente no he asistido nunca a una discusión efectiva, excepto en 1946 antes de la escisión y alguna que otra vez bajo la iniciativa de Pierre Le Brun o de sus amigos. De hecho, las reuniones del CCN están consagradas a una o dos exposiciones «magistrales» de los principales dirigentes (escuchados en medio de un silencio religioso) y seguidas, entre la indiferencia general, de las exposiciones siempre aprobatorias de dirigentes federales o departamentales. El carácter aburrido y casi siempre estéril de estos debates procede, sin duda, no sólo de la ausencia de toda oposición interna, sino también de la conciencia que tienen los miembros del CCN de que las verdaderas decisiones ya han sido tomadas en otra parte. Un ejemplo patente de la veracidad de esta afirmación ha sido aportado algunos años después de la Liberación, cuando, en flagrante violación del artículo 10 de los estatutos de la CGT⁶⁷, un CCN estupefacto pero sin reacción, fue informado

67 Este artículo establece que las candidaturas deben ser depositadas con un mes de antelación, a fin de ser publicadas en la prensa confederal por lo menos quince días antes de la reunión del CCN...

simultáneamente de la dimisión de Marie Couette de la oficina confederal y de la «candidatura» de Olga Toumade.

Más animadas, las reuniones de la CA. son también menos dogmáticas y permiten, bastante a menudo, interesantes discusiones. Pero nunca dan lugar a informaciones profundizadas acerca de temas tales como la evolución de las estructuras de la clase obrera, de las nuevas formas de salario o de cualquier otra característica de la sociedad moderna.

Los remedios a tal situación no se sitúan evidentemente al nivel de los métodos de organización si no dependen de la propia política sindical. Se puede pensar, sin embargo, que la elección por el Congreso confederal de los miembros de la CA y de la Oficina confederal estaría más de acuerdo con la democracia sindical y permitiría una mejor renovación de los dirigentes.

La «burocracia» sindical

Se trata de una acusación frecuente y, en el ánimo de muchos, esta acusación evoca la imagen de un personal pletórico. Las cosas distan mucho de ser tan simples.

El conjunto del personal de la CGT en cuanto a tal, es decir, el conjunto de los dirigentes, de los colaboradores técnicos de la oficina confederal, de los secretarios administrativos, etc., es de 80 personas aproximadamente y nunca ha sobrepasado el centenar.

Después de la escisión de 1947 los efectivos han sido severamente comprimidos y la política de los salarios ha sido siempre muy estricta para el conjunto de los «permanentes», dirigentes incluidos. Nunca se ha hecho un gasto de lujo y ciertos trabajos de modernización han sido incluso aplazados demasiado tiempo.

No sólo no hay pléthora de personal, sino que ciertos servicios (departamento internacional, centro de educación obrera, centro de estudios económicos, por no hablar del servicio jurídico o del servicio de documentación) funcionan con efectivos muy anormalmente reducidos.

Esta situación es el resultado de una política deliberada de la dirección confederal pero que reviste dos aspectos bien distintos.

Por una parte (y es un aspecto enteramente válido), los dirigentes (particularmente leninistas) de la CGT se han opuesto vigorosamente hasta el presente a toda «americanización» susceptible de desembocar en un relajamiento de la actividad militante (personal muy numeroso, salarios demasiado elevados, etc.), y en un fracaso de la abnegación de los permanentes. Este aspecto ha sido acentuado por Frachon personalmente, del cual no debe olvidarse que ha seguido siendo, en muchos sentidos, un viejo anarquista.

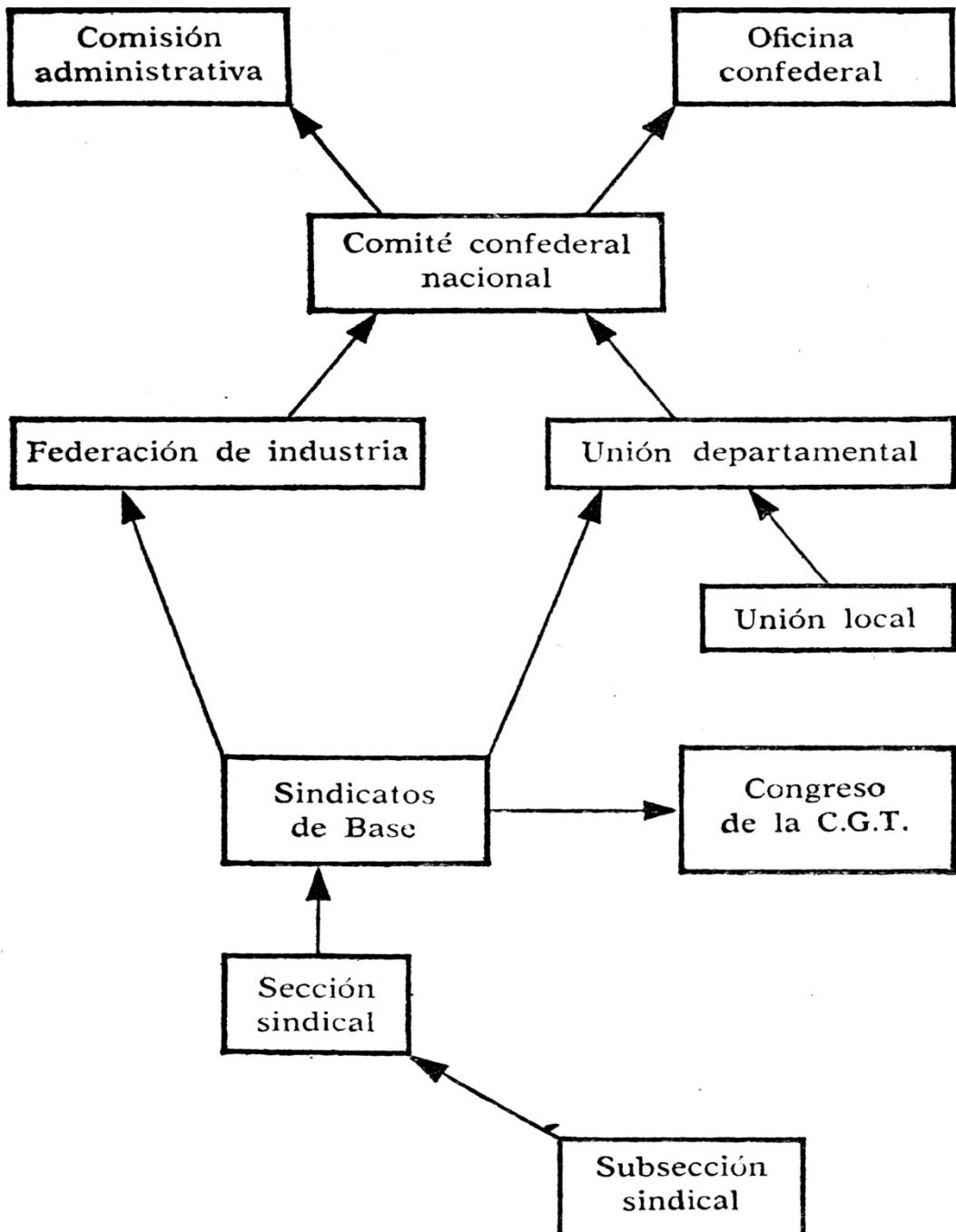
En segundo lugar -y ello es mucho más discutible-, los dirigentes de la CGT han permanecido durante demasiado tiempo fieles a métodos artesanales de trabajo, válidos posiblemente antes de 1914 o en tiempos de la CGTU, pero

perfectamente inadaptados al mundo moderno y a las necesidades de la clase obrera francesa actual.

El resultado, paradójico a primera vista pero lógico, de este modo de ver las cosas es el desarrollo final de una burocracia que, por ser poco numerosa, no es menos real y pesa considerablemente. En efecto, las condiciones arcaicas de trabajo de la CGT (todavía más que las condiciones salariales) impiden a la gran mayoría de colaboradores de la oficina confederal hallarse en situación de desarrollar su personalidad y sus conocimientos. Su notable abnegación acaba por debilitarse y se transforma en una especie de rutina no siempre exenta de tristeza. Desprovistos de medios operacionales modernos, viviendo (en general) en oficinas sin alma, la mayoría de los colaboradores acaban por estar abrumados de trabajo y por no poderlo dominar realmente sino a través de procedimientos puramente formales y, finalmente, burocráticos.

Contrariamente a las centrales sindicales alemanas, americanas y suecas, donde la burocracia es consecuencia lógica de la pléthora de personal y de tratos a menudo excesivos, la burocracia de la CGT francesa emana de concepciones del trabajo pasadas de moda: es una burocracia todavía artesanal, profundamente marcada por los orígenes anarquistas de la CGT, y a la cual el período estalinista de guerra fría ha infligido, por añadidura, un sello específico.

ORGANIGRAMA DE LA C. G. T.



Este organigrama es válido también para la CGT -FO Obsérvese la falta de relación entre el Congreso y los órganos de dirección.

V. EFECTIVOS, IMPLANTACIÓN E INFLUENCIA

Los efectivos

La cuestión de los efectivos sindicales (tanto de la CGT como de las demás centrales sindicales) es muy espinosa. Cada año, en efecto, las federaciones envían a los distintos sindicatos cierto número de cartillas en función de los efectivos precedentes y de las previsiones para el nuevo período. Pero estas cartillas no siempre son «colocadas» y a menudo hay que esperar varios meses para conocer el eventual sobrante. Por otra parte, los afiliados deben pagar una cuota mensual bajo la forma de la adquisición de un sello. Por razones fáciles de comprender (desplazamientos, particularmente en la industria de la construcción y obras públicas, cierre de fábricas, despidos, negligencias del afiliado o del cobrador, etc.), el número de sellos pegados en la cartilla raramente llega a doce.

¿Qué debe, por tanto, entenderse por «afiliado»? ¿Aquel que posee de ocho a doce sellos? Seguro. Pero ¿y aquél que posee cuatro, o dos? Esta pregunta no ha sido nunca aclarada. Por otra parte, las organizaciones sindicales cuentan igualmente entre sus afiliados a los retirados, lo cual falsea los datos del problema. Todo esto, no obstante, no sería nada si, cualquiera que sea la arbitrariedad del método utilizado, las organizaciones sindicales publicaran a continuación cifras que correspondieran a

definiciones precisas y susceptibles de ser verificadas. Pero nada de esto sucede.

Con anterioridad a los acontecimientos de mayo de 1968, la CGT anunciaba que contaba con dos millones de afiliados. Este número, violentamente contestado por ciertos «especialistas» y por Fuerza Obrera, no parece estar fuera de la realidad. En efecto, la CGT anterior a la escisión habría alcanzado alrededor de cinco millones de afiliados y, por otra parte, no puede negarse que (desde 1960-61) la CGT ha hecho grandes progresos: según su propia declaración, había caído muy por debajo de los dos millones en el momento de la guerra fría. Pero si la CGT no tuviera en la actualidad más que un millón de afiliados, habría que admitir su descenso a cuatrocientos o quinientos mil alrededor de 1952, siendo una pérdida de más de cuatro millones de afiliados poco verosímil y difícilmente compatible con su gran influencia. En total, la cifra de dos millones, que sin duda es algo «forzada» antes de los acontecimientos de mayo, debe corresponder sensiblemente a la realidad de ese momento.

Relacionada con los 14 millones de trabajadores asalariados, esta cifra da un porcentaje de sindicados en la CGT ligeramente superior al 14%, porcentaje que es evidentemente bastante bajo. No obstante, la referencia a la totalidad de los trabajadores asalariados no es demasiado científica: hay, entre ellos, numerosos trabajadores ocupados en pequeñas empresas de la industria y del comercio donde todo sindicalismo es prácticamente imposible; hay también trabajadores aislados del campo y domésticos. Remitiendo los efectivos de la CGT a doce millones de asalariados, se obtendría un porcentaje, más

aceptable, del orden del 16,5%. Pero, como veremos, las fuerzas de la CGT son muy considerables entre los obreros de fábricas propiamente dichas. Abstracción hecha de los empleados y de los funcionarios, el porcentaje «de los sindicatos en la CGT sobrepasa en mucho la tasa de 20%.

Como quiera que sea, esta tasa resulta bastante baja y no puede compararse con la de los sindicatos británicos, alemanes, escandinavos o americanos. Atestigua, no obstante, la existencia de una efectiva organización de masas, presente en la inmensa mayoría de empresas privadas y públicas, e incomparablemente superior a cualquier otra organización y, en especial, a los partidos políticos. La CGT es fuerte esencialmente en la industria del libro (cuasi-monopolio), en la metalurgia (aeronáutica, automóvil y mecánica, más que siderurgia), entre los ferroviarios y los mineros, en la electricidad y la energía atómica (incluidos los cuadros), entre los marinos (oficiales inclusive) y los cargadores de muelle, en la industria química y la construcción.

Es fuerte, igualmente, entre ciertas categorías de funcionarios (de correos y telecomunicaciones, contribuciones indirectas), de trabajadores del Estado (arsenales), y de empleados (grandes almacenes). Es débil en las industrias textiles y del vestido, en las de cueros y pieles, entre la mayoría de «empleados» y la mayor parte de funcionarios no citados.⁶⁸

68 La C.F.D.T. es bastante fuerte en la metalurgia y las industrias punta, así como entre los empleados. La CGT-FO conserva su fuerza entre los funcionarios. La CFTC «mantenida» tiene militantes, nada despreciables, entre los mineros y empleados de banca. La FEN (Federación d'Education National) agrupa a la gran mayoría de los profesores. La C.G.C. (Confédération General des Cadres) está muy lejos de poseer el monopolio y la

Otra cuestión, difícil de resolver, se plantea a propósito de los efectivos: la que hace referencia al porcentaje de mujeres sindicadas. No se ha hecho ningún estudio al respecto. Únicamente puede decirse que este porcentaje es muy bajo, ya que la mayoría de federaciones en que la CGT es fuerte son aquellas en que hay muy pocas mujeres, o incluso ninguna (metalurgia, subsuelo, construcción). Por el contrario, la CGT es débil en la mayor parte de industrias con mano de obra femenina (textiles, por ejemplo). Entre los catorce miembros de la Oficina confederal sólo hay dos mujeres, y la CA cuenta únicamente con seis sobre treinta y cinco (trece sobre cincuenta y uno si contamos los miembros suplentes). Una sola mujer es secretaria general de la federación (la de la Confección).

La implantación y el reclutamiento

Muy sólidamente implantada en la región parisiense, la CGT es igualmente muy fuerte en el Nord-Pas-de-Calais, en el Rhône y en Bouches-du-Rhône. Posee también sólidas bases en las metrópolis como Le Havre, Rouen, Grenoble y Toulouse. Es desigualmente poderosa en la Lorraine industrial, y muy débil en Alsace así como (naturalmente) en las regiones rurales del Oeste, del Suroeste y del macizo central. Ejerce cierta influencia en el Mediodía vitícola y en las Landes, donde los obreros

representatividad de los «técnicos»: es fuerte, sobre todo, entre los viajantes, representantes y corredores de comercio. Los pretendidos sindicatos «independientes» sólo tienen, a nivel nacional, efectivos irrisorios.

agrícolas y los sangradores de pinos están generalmente sindicados en la CGT.

Esta implantación geográfica corresponde, con pocas excepciones, a las principales concentraciones industriales francesas. Pero está actualmente amenazada por la evolución económica y técnica en curso. La más espectacular es la concerniente al carbón. Durante los últimos treinta años, Francia ha visto desaparecer la mayor parte de cuencas carboníferas y pizarrosas (Haute-Loire, Haute-Saône, Saône et-Loire, Aveyron, etc.) que mantenían una actividad industrial y sindical en medios rurales.

Hoy día las cuencas del Norte y del Pas-de-Calais están, a su vez, amenazadas. Los efectivos de los mineros están en constante disminución. Desde hace algunos años, un movimiento análogo amenaza las minas de hierro de Lorraine. Observaciones del mismo orden pueden hacerse respecto a los astilleros navales, la siderurgia (cierre de las forjas del Boucau, de las forjas de Hannebont, etc.).

Por su conexión con la CGT, cabe asimismo señalar ciertas tentativas industriales de descentralización: Citroën en Rennes, Renault en Cléon y en Flins, etc.

Hasta hoy estas tentativas no han respondido, ni de lejos, al objetivo de sus promotores que consistía en recurrir a una mano de obra nueva, extraña al sindicalismo. La experiencia de mayo de 1968, en cambio, ha demostrado que la combatividad obrera era excepcionalmente fuerte en las fábricas. Por el contrario, parece que –al menos hasta ahora– la CGT ha progresado

relativamente con mayor lentitud en estas nuevas fábricas que la CFDT.

En cuanto al reclutamiento de la CGT tampoco se dispone de estadísticas precisas ni siquiera de estudios serios⁶⁹. Todos los datos disponibles coinciden, sin embargo, en demostrar que el reclutamiento principal de la CGT se efectúa más entre los obreros profesionales cualificados que entre los peones o los obreros especializados. La mayoría de los cuadros de la CGT son antiguos obreros cualificados, sobre todo metalúrgicos (torneros, ajustadores, etc.).

Desde hace unos años, también la CGT ha comenzado a reclutar, de modo bastante espectacular, técnicos e incluso ingenieros y cuadros superiores. Aquellos que desean sindicarse en la CGT, además del sindicato (y de la federación) de industria, son miembros de la Unión General de Ingenieros y Cuadros (UGIC) de la CGT. Ésta, esquelética durante largo tiempo, es hoy una organización de cuadros plenamente representativa, y ejerce una autoridad cierta. Incluso hay industrias (electricidad y gas, energía atómica, especialmente) cuyos cuadros, en su inmensa mayoría, están afiliados a la CGT.

Finalmente, en lo concerniente a la edad de los militantes, puede afirmarse que en la actualidad se sitúa entre los 35 y los 40 años, lo cual atestigua un indudable rejuvenecimiento. En los años posteriores a la escisión de 1947 había habido, en efecto, una desafección casi total de los jóvenes trabajadores respecto

69 Este fallo, como los precedentes, se explica por el mantenimiento de métodos artesanales de trabajo y por el subjetivismo de los dirigentes (véase más adelante), así como por una manía del secreto confundida, sin razón, con las medidas de seguridad revolucionarias.

a la CGT, y la edad media de los militantes tendía a sobrepasar largamente la cuarentena. Desde hace algunos años, por el contrario, un importante movimiento en sentido inverso se abría paso: todavía es imposible determinar cuál ha sido en este terreno la incidencia de los acontecimientos de mayo de 1968.

La influencia

La influencia respectiva de las diversas centrales sindicales francesas es bien conocida gracias a los resultados de las elecciones profesionales (delegados del personal y comités de empresa). De modo general, puede decirse que hay un elector CFDT por dos CGT, y un elector FO por cuatro CFDT.⁷⁰ Medida por las elecciones profesionales, la influencia de la CGT en la industria privada es dos veces mayor que la de la CFDT y ocho veces mayor que la influencia de la FO. Un importante estudio efectuado en 1967 por la CFDT en el campo de la metalurgia, y que alcanza a 830.000 asalariados de todas las ramas de la metalurgia, da los siguientes resultados (sobre el total de los inscritos):

CGT	39,9%
CFDT	21,2%
CGT-FO	4,8%
C.G.C.	2,4%
Varios (CFTC incluida)	4%

70 Recordemos que los datos aportados de aquí en adelante, hacen referencia a mediados de los años 1960.

Debe advertirse que el porcentaje de abstenciones es muy elevado: 27,5% en razón –generalmente– de las trabas de todo tipo que las direcciones patronales ponen al desarrollo normal de las elecciones. Por otra parte, el 9% de los trabajadores no votan (menos de 18 años de edad o menos de seis meses de antigüedad en la empresa).

El análisis de la situación por «colegios» da los siguientes resultados:

	<i>Primer colegio (obreros, empleados)</i>	<i>Segundo colegio (maestría, técnicos, cuadros)</i>
C.G.T.	61,00 %	30,49 %
C.F.D.T.	27,50 %	36,72 %
F.O.	6,42 %	7,92 %
C.G.C.	—	17,12 %
Varios	5,04 %	7,72 %

En el sector público y nacionalizado, la preponderancia de la CGT aparece con igual claridad. He aquí algunas cifras:

<i>Minas de hulla del Norte y del Pas-de-Calais (colegio obrero)</i>	<i>E.D.F. (los 2 co- legios)</i>	<i>S.N.C.F. (colegio obrero)</i>
C.G.T.	76,9 %	58,1 %
C.F.D.T.	4,00 %	16,9 %
F.O.	10,8 %	3,7 %
C.F.T.C.m.	13,3 %	—
C.G.C.	—	6,0 %

En la función pública, finalmente, la preponderancia pertenece –esta vez– a la Federación (autónoma) de la Educación Nacional (FEN) que agrupa a la aplastante mayoría de los profesores. Los resultados son los siguientes:

FEN	30,55%
CGT	21,09%
FO	17,52 M
CFDT-CFTC	15,69%
Varios	13,12%

También en este aspecto es demasiado pronto para destacar la incidencia de los acontecimientos de mayo-junio de 1968. Los primeros resultados conocidos (Renault en Cléon, Michelin, Saviem en Caen, Berliet, Citroën) muestran, sin embargo, un avance general (en porcentaje y en valor absoluto) de la CFDT, así como un sensible retroceso de la CGT (excepto en la Saviem).

Cualquiera que sea la evolución actual o futura, hay un hecho innegable: la CGT es con mucho la organización sindical más representativa y con mayor influencia de la clase obrera. Su importancia es igualmente considerable entre los «mandos» donde la CGT recoge, por regla general, muchos más votos que la C.G.C.

Le sigue, a distancia, la CFDT, que progresó en conjunto con mucha rapidez. En último lugar, finalmente, Fuerza Obrera está en pleno estancamiento y desmerece de su nombre: los porcentajes alcanzados por Fuerza Obrera en la metalurgia son incluso extremadamente críticos para esta Confederación que, en caso de persistir tal situación, se transformaría en una Federación general de funcionarios y de empleados.

VI. MEDIOS DE ACCIÓN, EDUCACIÓN, PROPAGANDA...

La prensa sindical

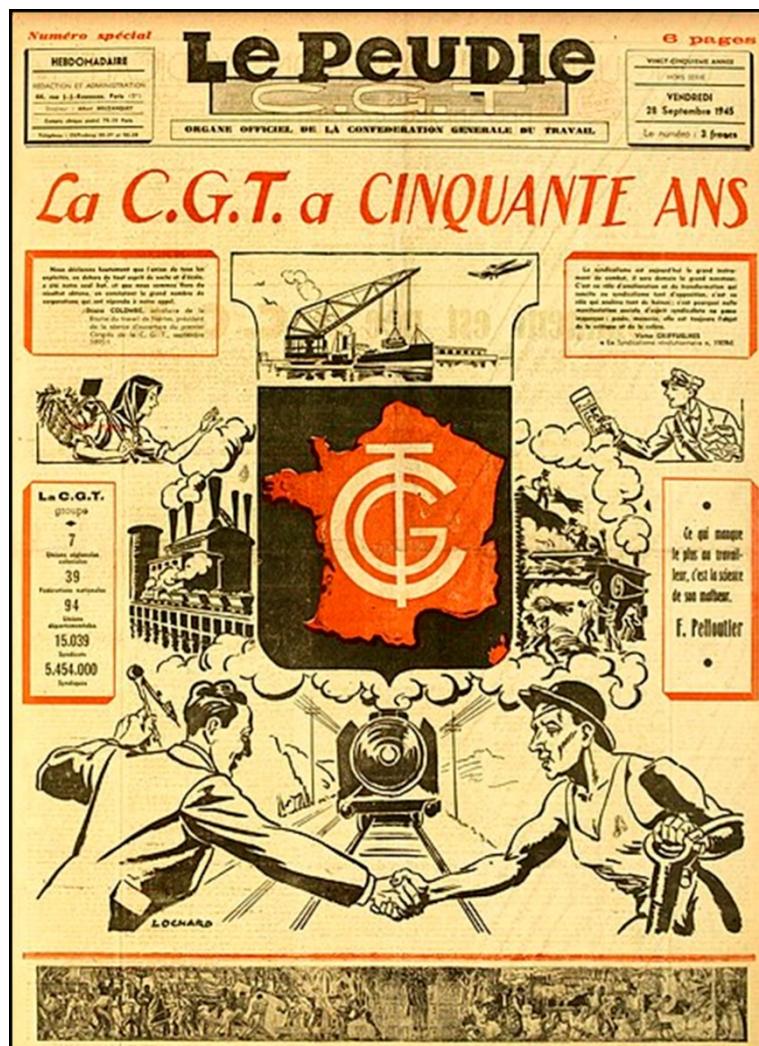
De todos los medios de acción de que dispone la CGT, la prensa es uno de los más importantes. Esta prensa es numerosa y variada.

El diario oficial de la CGT (un poco en el sentido del «J.O.»⁷¹) es *Le Peuple* (El Pueblo). De pequeño formato, este bimensual está teóricamente destinado a los militantes y, con mayor motivo, a los dirigentes: según las resoluciones reiteradas de los Congresos confederales todos los sindicados deberían, como mínimo, suscribir un abono al diario *Le Peuple*. En función de su destino, *Le Peuple* contiene todos los comunicados oficiales de la CGT. Aporta, además, numerosos estudios de fondo (en general bastante bien hechos), especialmente en lo concerniente a los problemas de organización y a las cuestiones económicas.

Y no obstante, la tirada de *Le Peuple* es extremadamente

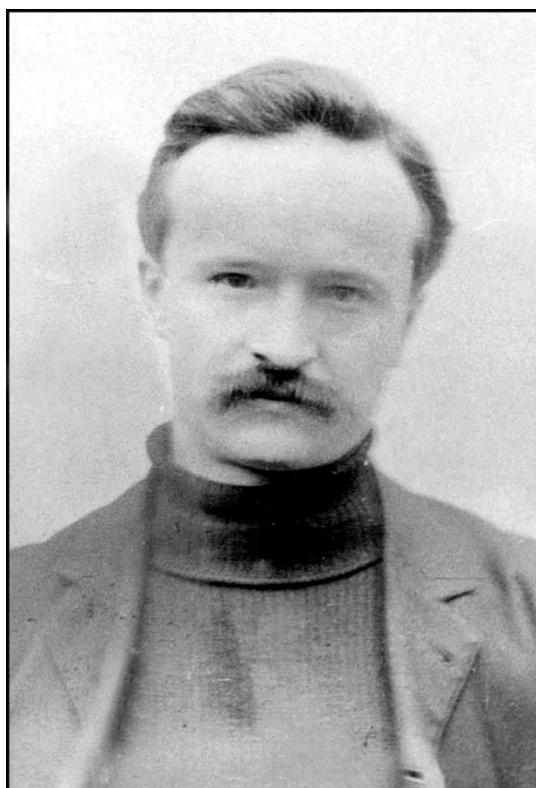
71 *Journal officiel*. Boletín Oficial del Estado.

reducida (alrededor de 10.000 ejemplares). La verdadera razón procede, simplemente, del hecho de que *Le Peuple* era con anterioridad el diario de la CGT de Jouhaux, y los leninistas siempre lo han despreciado. Esto parece extraño actualmente, cuando los comunistas podrían, igualmente, controlar *Le Peuple* y asegurarle la difusión deseada.



De hecho, se trata de una táctica muy consciente y muy interesante: los dirigentes leninistas de la CGT reservan *Le Peuple* para el caso de que sobreviniera una reunificación sindical.

Es por ello que *Le Peuple* está siempre dirigido por un no comunista. Pero, mientras tanto, se limita voluntariamente su difusión, recayendo todos los esfuerzos en *La Vie ouvrière*.



Pierre Monatte

La Vie ouvrière (La Vida obrera), la famosa V.O., tiene una larga historia. Fundada en 1909 y animada por Merrheim y Monatte, la V.O. fue primero una revista seria que contribuyó mucho a la educación económica de los trabajadores. Transformada a continuación en un diario de masas totalmente controlado por los leninistas, la V.O. se convirtió poco a poco en un órgano de pura propaganda e incluso de agitación, haciendo uso y abuso de «argumentos» sumarios y vulgares. Desde hace unos años, por el contrario (dirección de Henri Krasucki), la V.O. se ha convertido en una revista semanal muy bien hecha que aúna felizmente los artículos reivindicativos, los estudios históricos,

literarios o científicos y las páginas recreativas. La tirada de la V.O. es muy importante (más de 200.000 ejemplares). Sin embargo, esta tirada no ha dejado de decrecer en los últimos veinte años (había alcanzado el medio millón) y es muy inferior a las posibilidades teóricas de una organización de masas como la CGT. Sin duda, hay que ver en ello un ejemplo particular de las crecientes dificultades que la prensa de opinión ha encontrado en el último período. No es menos cierto que esta difusión relativamente débil de la V.O. plantea serios problemas, que sólo han sido abordados por la CGT en función de un análisis subjetivista y voluntarista de la situación: no se plantea la cuestión de por qué los obreros no leen más un diario «bien hecho», sino que se multiplican (a menudo en vano) las medidas de organización para hacérselo leer a pesar de todo. Lo mismo cabe decir de la revista femenina mensual de la CGT, *Antoinette*. Esta revista también está muy bien cuidada y difiere agradablemente de la «prensa sentimentalista»: no obstante, la tirada y la difusión de *Antoinette* no sobrepasa algunas decenas de miles de ejemplares, a pesar de una propaganda absolutamente incesante.

Los ejemplos de *La Vie ouvrière* y de *Antoinette* demuestran que sólo un estudio sociológico de motivación, efectuado en profundidad, sería capaz de aportar una solución a este angustioso problema de la prensa sindical.

Última publicación de la CGT en orden a su aparición, la revista mensual *Options* (Opciones) (publicada por la U.G.I.C.) está dirigida a los técnicos, ingenieros y cuadros. Es una revista de alto nivel y que ha causado sensación.

Teniendo en cuenta el público al que se propone llegar, esta revista tiene una tirada relativamente elevada.

La CGT dispone todavía de muchas más publicaciones. Citemos, en particular, la *Revue pratique de droit social* y *Le Droit ouvrier*, ambas bastante bien hechas y de una extrema utilidad en el plano jurídico (en particular en el plano de la defensa de los militantes).

Por otra parte, las diversas federaciones poseen, cada una en lo que la concierne, una o varias publicaciones. Estas son de una calidad extremadamente variable: algunas parecen tristes boletines de patronatos, otras (tales como *Forces* de la Federación de los Trabajadores de la Energía) tienen un alto nivel y una utilidad cierta. A veces sucede que una actitud estrechamente corporativa de las federaciones perjudica la difusión de la prensa confederal: es el caso, según parece, de la Federación del Subsuelo, que ignora prácticamente la V.O. en provecho de su propio diario...

Aparte de la prensa propiamente dicha, la Confederación edita numerosas publicaciones difundidas gratuitamente. Es en particular el caso del Boletín del delegado del personal, que, en algunas circunstancias, alcanza una tirada de varias centenas de miles de ejemplares.

En resumen, la CGT concede una gran importancia a la prensa. Multiplica las iniciativas permitiendo el desarrollo de diarios de empresas, a ser posible imprimidos, para presentar de una forma agradable las reivindicaciones concretas de los trabajadores.

Desde la Liberación, la prensa confederal ha hecho (en conjunto) grandes progresos tanto en la forma como en el fondo. El estilo «obrerista» está en retroceso y a menudo ha desaparecido.

En estas condiciones las considerables dificultades con las que tropieza, a pesar de todo, la prensa confederal debe buscarse, según parece, en tres direcciones principales: la concurrencia de los medios audiovisuales, la represión patronal (a veces se necesita heroísmo para difundir la V.O. en el interior de una empresa como Citroën) y una cierta y relativa inadecuación de los temas tratados con relación a las preocupaciones profundas de las masas.

Las escuelas de la CGT

Desatendida durante bastante tiempo, la «educación» de los militantes ha hecho grandes progresos desde hace algunos años.

Gracias a los esfuerzos tenaces de algunos militantes tales como Marc Piolot (un educador nato), y de dirigentes como Gastón Monmousseau y luego Rene Duhamel, las escuelas de la CGT se han ampliado hoy considerablemente.

Estos esfuerzos han sido tanto más meritorios cuanto que durante tiempo han tropezado con el escepticismo más o menos comedido de viejos dirigentes federales (o con su espíritu

estrechamente corporativo) y, sobre todo, debido a que la CGT no se ha beneficiado durante largo tiempo de ninguna ayuda del Estado. Mientras que, desde 1947, la CFTC y luego la CFDT y Fuerza Obrera han recibido (a título de ayuda para la educación y para las oficinas de estudios económicos) sumas que cada año sobrepasan largamente el millón de francos (nuevos), se ha tenido que esperar hasta 1966 para que la CGT obtenga alrededor de... doscientos mil francos (tanto como la «CFTC mantenida»).⁷²

Actualmente la CGT asegura, en sus edificios renovados de Courcelles-sur-Yvette, varias decenas de cursillos confederales o federales por año. Alcanzan a unos quince mil militantes cada año y duran generalmente dos semanas, a veces una, raramente tres. Los métodos de enseñanza son modernos, la discusión existe, viva y real. Los medios audiovisuales son utilizados con discernimiento.

En lo concerniente al «fondo», la enseñanza se basa sobre todo en algunos principios elementales de economía política (el valor y los precios, la plusvalía, la naturaleza del salario), en los hechos esenciales de la historia de la CGT y del movimiento sindical, en los principios de organización y los problemas de la unidad, en la lucha por la paz.

Teniendo en cuenta el tiempo necesariamente muy corto de los cursillos (dificultades financieras y hostilidad patronal), el

72 En 1964, la CFTC, se desconfesionaliza y abandona toda referencia a la moral social cristiana, a la vez que asume la lucha de clases. A partir de entonces y con el nombre de CFDT, permanece cercana ideológicamente al PSU (Partido Socialista unificado). No obstante, una minoría en torno al 10% decide mantener la referencia cristiana. Esta organización será denominada “CFTC mantenida”. Su afiliación en torno a 2008, se estimaba en 140.000 miembros. [N. e. d.]

programa de estas escuelas puede considerarse como válido «en sí mismo». Parece, sin embargo, que los problemas verdaderamente actuales (tales como, por ejemplo, el del «poder obrero» o de la «autogestión») de la clase obrera no son abordados.

A través de los Institutos del Trabajo, cuyo promotor ha sido el profesor Marcel David⁷³, la CGT organiza, en colaboración con la Universidad, unos cursillos de un nivel superior y, por regla general, más especializados (problemas de la Seguridad Social, por ejemplo).

En general (y a pesar de la reserva expresada anteriormente), las escuelas de la CGT son un éxito: gracias a ellas, la CGT puede, cada varios años, formar militantes experimentados cuyo nivel de instrucción es sensiblemente más elevado que el de sus mayores. Gracias a estas escuelas, el desprecio por la teoría, más o menos tradicional en la CGT, tiende a borrarse poco a poco. Es ésta una evolución que se halla todavía en sus comienzos, pero que puede ser rica en consecuencias nuevas.

La propaganda

Constantemente presente en la prensa confederal (sobre todo la V.O.) y también en las escuelas, la propaganda de la CGT no

73 El primer Instituto del Trabajo fue creado en Estrasburgo por el profesor David, en 1955, a pesar de ciertas reservas de FO. Por parte de la CGT, la actitud comprensiva de Gastón Monmousseau tuvo un paso decisivo en el éxito de esta iniciativa. Existen, actualmente, Institutos del Trabajo en París, Lille, Lyon, Grenoble y Estrasburgo.

es objeto de una actividad específica: impregna de tal forma la Confederación que no siempre es fácil saber si tal dirigente emplea, conscientemente, un argumento de «propaganda» o si cree sinceramente que efectúa una demostración de carácter científico.

Esta actitud es la consecuencia de todo un estado de ánimo. Tomemos un ejemplo. Cuando un dirigente confederal pronuncia un discurso en el Consejo Económico y Social lo hace, no para los otros consejeros ni –en general– para obtener un resultado cualquiera en el Consejo, sino para llegar, más allá de los muros del palacio de Iena⁷⁴, a las «masas». En sí mismo este afán es legítimo y no hay ninguna razón para que un buen discurso, incluso técnico, no pueda ser atendido por gran número de trabajadores. Pero, como en realidad (y, en cierta medida, en razón misma de la actitud de la CGT respecto al Consejo) a las masas no les preocupa en absoluto el Consejo Económico y Social, este discurso no les llega; en consecuencia, no es más que un discurso de «propaganda», que ha sido pronunciado ante una asamblea cuyo estilo no le es propio. Dicha propaganda se vuelve muy a menudo contra su mismo autor y contra la CGT.

Por el contrario, la CGT parece descuidar la propaganda, en tanto que actividad específica y totalmente legítima para «propagar» sus ideas entre las masas.

74 El Jena Palace es la sede del Consejo Económico, Social y Ambiental y de la Cámara de Comercio Internacional. Clasificado como un monumento histórico, el edificio fue construido en estilo Art Decó por el famoso arquitecto Auguste Perret a fines de la década de 1930 como parte de la Expo Mundial. [N. e. d.]

Los carteles de propaganda de la CGT son raros y están desprovistos de imaginación. Los mismos dirigentes los editan por rutina: los acontecimientos de mayo de 1968 han demostrado, sin embargo, el enorme impacto político y cultural de dichos carteles.

Lo mismo cabe decir de las consignas: justas o erróneas casi nunca son vivas. La razón procede de una preocupación bastante pueril de pesar cada palabra, de no omitir una idea. El resultado es que las resoluciones de Congreso (incluidos los «manifiestos» dirigidos a las grandes masas) son casi ilegibles. La «jerga» estereotipada («grandes monopolios» por ejemplo o «capitalismo monopolístico de Estado»), a la que deben recurrir casi obligatoriamente los redactores de estas resoluciones, no facilita su tarea...

Terriblemente pesado e irritante para los intelectuales, este estilo no es menos hermético y presuntuoso para los obreros. Es, en suma, un lenguaje de iniciados, y muy curioso toda vez que dirigentes como Frachon utilizan personalmente un estilo directo y de persuasión, pero que no se usa en resoluciones o comunicados.

En resumen, la propaganda, como técnica moderna y específica, es descuidada tanto más cuanto que atañe al conjunto de las actividades confederales. Este es uno de los principales puntos débiles de la CGT y una de las razones de sus dificultades para ampliar de forma decisiva su influencia entre los jóvenes.⁷⁵

75 En una resolución se había escrito «orientada» a los jóvenes...

TERCERA PARTE

LA C. G. T. Y LOS GRANDES PROBLEMAS DE NUESTRA ÉPOCA

VII. LA CGT Y LA PLANIFICACIÓN

La actitud de la CGT actual⁷⁶, respecto a los problemas de planificación es compleja y debe examinarse, simultáneamente, desde una doble perspectiva: la actitud de la CGT respecto a los planes oficiales, y la actitud de la CGT respecto a sus propios planes (o programas eventuales).

La herencia ideológica

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, las victorias de la Unión Soviética ponen la planificación al orden del día en la mayoría de países. Para muchos, la victoria de la URSS es menos la del socialismo que la del «plan», de la economía dirigida.

En este aspecto, la mayor parte de los dirigentes no leninistas

76 Recordemos que por «CGT actual» entendemos la CGT tal como existe y evoluciona desde la escisión de 1947.

de la CGT tenían un prejuicio muy favorable a la planificación: ¿acaso la CGT de antes de 1936 no había sido la primera en luchar por las nacionalizaciones y por un plan de pleno empleo? Esta tendencia se veía reforzada por la presencia en la oficina confederal de nuevos dirigentes de formación científica como Pierre Le Brun, así como por la acción de Jean Duret⁷⁷ esforzándose en encontrar una síntesis entre el marxismo y las teorías keynesianas todavía tan poco (y tan mal) conocidas en Francia.

Por su parte, los antiguos dirigentes de la CGTU, durante mucho tiempo no habían hecho más que burlarse de la planificación en régimen capitalista. Para ellos, todo plan distinto al modelo soviético –presuponiendo la colectivización de los medios de producción– no era más que una farsa grosera destinada a mistificar la clase obrera para provecho único de la patronal.

Sin embargo, después que la Liberación hubiera llevado al gobierno a varios dirigentes de la CGT y que numerosas nacionalizaciones hubieran sido realizadas, los leninistas abandonaron un poco su hostilidad a priori y sostuvieron incluso el primer «plan de modernización y de equipo», más conocido bajo el nombre de «plan Monnet». La evicción de los ministros comunistas y la escisión sindical no trajeron consigo, contrariamente a lo que se hubiera podido creer, un cambio inmediato de orientación en la CGT. Por el contrario, la lucha contra la

77 Jean Duret fue uno de los mejores teóricos marxistas antes de la guerra y especialista en los problemas del comercio exterior. Antiguo colaborador de Jouhaux, se opuso con todas sus fuerzas, a la escisión de 1947 y denunció vigorosamente el peligro de la intervención americana en la economía francesa.

intromisión americana condujo a la CGT, durante varios años, a hacer de sus propios programas un factor esencial de toda su política.

La lucha por la independencia nacional y los programas de la CGT (1947 a 1955)

Es un hecho innegable que, apenas puesto en práctica, el plan Monnet iba a ser profundamente modificado por la nueva política francesa. Simplificando, puede decirse que el plan Marshall sucedía al plan Monnet.

Lejos de abandonarlo, lejos de abandonar toda idea de planificación, la CGT defendió durante mucho tiempo el espíritu del plan Monnet.

El 13 de octubre de 1947 Benoît Frachon explicaba muy bien la evolución en curso⁷⁸:

«Así, después de haber hablado del plan Monnet durante meses, después de haber celebrado públicamente sus virtudes, nuestros ministros le vuelven gentilmente la espalda para hacer del plan Marshall su heredero universal. El hecho de que el señor Monnet haya aceptado participar en el cortejo fúnebre no quiere decir nada. Significa simplemente que elaborar un plan es una cosa. Tener la

78 *L'Humanité*, 13–10–1947 («Au rythme des jours», pág. 218).

energía de realizarlo empujando los obstáculos es otra (...). La clase obrera no tiene la costumbre de ceder al chantaje. ¡El plan Monnet anexo del plan Marshall! No puede ser asunto suyo. Su plan es el del enderezamiento en la independencia, la soberanía del país y en el florecimiento de una verdadera democracia.»

Es en esta perspectiva que el XXVII Congreso de la CGT (1948) se pronunciaba por un Programa de enderezamiento económico y social preparado por el centro confederal de estudios económicos y sociales. Este programa, bastante sencillo, no era demasiado demagógico. Las bases del enderezamiento estaban enfocadas en el triple dominio de la producción, de los intercambios exteriores y del financiamiento de la economía y del Estado.

Si se piensa que en 1948 las técnicas de la contabilidad económica nacional eran todavía embrionarias en Francia, y que el plan Monnet había descuidado completamente los problemas del comercio exterior y del financiamiento para no abordar más que la producción, puede afirmarse que el programa confederal de 1948 constituía una interesante tentativa. Esta fue renovada poco tiempo después: el 12 de octubre de 1950, en efecto, el comité confederal nacional adoptó un Programa económico de paz, de independencia nacional y de progreso social. Basado, principalmente, en una política de grandes trabajos y de ayuda al desarrollo económico y social de los países de ultramar así como de lucha contra la inflación, este programa, bastante breve, iba acompañado de toda una serie de estudios particulares concernientes, por ejemplo, a las colectividades

locales, al alojamiento, a las escuelas, a los intercambios internacionales, etc.⁷⁹

Esta orientación fue ampliamente aprobada por el XXVIII Congreso (junio de 1951) que invitó a «aquellas federaciones que todavía no lo han hecho a establecer lo más rápidamente posible sus programas económicos (...) con vistas a una muy amplia difusión en los principales centros industriales, a fin de impulsar el trabajo en las empresas, en los medios industriales y en el país».

El XXVIII Congreso pidió incluso a la dirección confederal que considerara, «llegado el momento, la organización de una conferencia económica nacional que, basándose en los resultados de los estudios, de los trabajos y de las luchas de las organizaciones confederadas en este dominio, aportaría todos los desarrollos y todas las presiones útiles al programa confederal».

Benoît Frachon daba personalmente la mayor importancia a este programa. En un informe al CCN de los días 27 y 28 de noviembre de 1952, el secretario general de la CGT, analizando la situación económica francesa marcada entonces por un cierto paro, declara: «Hemos puesto en pie incluso un programa económico. Nuestras federaciones y nuestras uniones, por lo menos algunas de ellas, han establecido programas, algunos de los cuales están bastante bien pensados. No los hemos dado a conocer suficientemente. Sin duda porque al estar limitado el paro a algunas industrias, no obtuvimos un éxito brillante en

79 El programa y los estudios en cuestión han sido publicados en un libro bajo el título de *Les Voies du redressement économique et de la paix* (Ed. CGT, abril 1951).

nuestros primeros esfuerzos. Pero sabíamos que íbamos hacia la extensión del paro: *Debimos demostrar más paciencia*, más perseverancia en la popularización de nuestro programa. Lo que hubiéramos hecho entonces nos facilitaría considerablemente la tarea en los momentos actuales».⁸⁰

Sobre la línea trazada por Benoît Frachon, el centro confederal de estudios económicos y sociales iba entonces a establecer un tercer programa, mucho más completo y estructurado. Elaborado bajo la dirección efectiva de Pierre Le Brun con la participación de Jean Benard, Jean Duret, Gustave Laudet, yo mismo y numerosos participantes exteriores, este nuevo programa tenía como característica esencial el articularse sobre un muy importante proyecto de reforma fiscal, completado él mismo por un proyecto de reforma de las finanzas locales. Estos dos proyectos que habían sido preparados con la ayuda de algunos especialistas eminentes en la materia son todavía hoy documentos de gran valor. La idea de una «tasa única sobre los negocios», que reemplazara todos los impuestos indirectos en vigor, era lanzada por primera vez: la tasa de este valor añadido era establecida de tal manera que la carga total sobre la renta nacional de los impuestos de consumo fuera inferior a la de los impuestos sobre la renta o la fortuna.

El programa se completaba con un documento que profundizaba sobre los problemas del alojamiento, así como con diversos estudios concernientes, por ejemplo al crédito a las pequeñas y medianas empresas.

80 El subrayado es mío, A. B. Este texto figura en el suplemento del nº 421 de *Le Peuple* (1 de diciembre de 1952).

El conjunto de este Programa para una economía de paz, de independencia nacional y de progreso social constituía, esta vez, un documento de doscientas veinte páginas, que publicaba un número especial de la Revista de los comités de empresa (n.º 62, mayo de 1953). En el prefacio de este número, Benoît Frachon calificaba el Programa de «instrumento de trabajo indispensable». Precisaba que este programa y los de las federaciones «no se parecen en nada a estas construcciones del espíritu, a estas fantasmagóricas obras maestras de confusiónismo o de bluff que mueren tan pronto como nacen». Especificaba que el Programa de la CGT «puede ser realizado desde este momento en el cuadro de una política de paz y de progreso social». Algunos meses después, Benoît Frachon, acusado de complot contra la seguridad del Estado tras unas groseras provocaciones gubernamentales contra la CGT⁸¹, se sustraía a las investigaciones policiales y, por tanto, no podía presentar él mismo el informe que previamente había redactado para el XXIX Congreso (junio de 1953).

Leído por Gastón Monmousseau, este informe estaba casi totalmente basado en el *Programa confederal* y en los programas de las federaciones. El informe aportaba una idea nueva: «Hay que suscitar la discusión de dichos programas y reunir sobre esta base a todos los franceses, a todas las francesas

81 El 28 de mayo de 1952, el PCF había organizado una manifestación contra la llegada a París del general Ridgway, comandante de las tropas americanas en Corea. Con tal motivo, el gobierno ordenó la detención de Jacques Duclos, bajo el ridículo pretexto de que transportaba «palomas mensajeras» en su coche. Esta detención señala el inicio de una verdadera «caza de brujas». En octubre de 1952, Alain Lé Léap (cosecretario general de la CGT) y Lucien Molino (secretario) son detenidos y encarcelados. Benoît Frachon escapa a la policía y permanece, una vez más, en la clandestinidad. Las grandes huelgas de agosto de 1953 tendrán como efecto indirecto obligar al gobierno a liberar a los prisioneros y abandonar la persecución contra Frachon.

que quieren vivir de su trabajo en la seguridad, el bienestar, la libertad y la paz».⁸²

Refiriéndose al preámbulo de los estatutos y, especialmente, al derecho del movimiento sindical de tomar la «iniciativa» de colaboraciones momentáneas con los partidos políticos, Pierre Le Brun intervenía en el mismo sentido: el programa de la CGT podía convertirse en el medio de un extenso reagrupamiento para una nueva política.

Ni Frachon, desde el fondo de su retiro clandestino, ni Le Brun, ovacionado en la tribuna del Congreso, podían entonces sospechar que acababan de firmar, uno con la pequeña frase anteriormente citada, otro con el argumento de su discurso, la sentencia de muerte del Programa económico de la CGT.

Todavía algunas semanas antes del XXIX Congreso, Jacques Duclos había celebrado, ante el Comité Central del PCF, los méritos del Programa de la CGT. En el transcurso de los años precedentes, el PCF, si bien nunca había manifestado un entusiasmo excesivo por los programas de la CGT, tampoco los había combatido o criticado en absoluto. Con una rapidez pasmosa, la actitud del PCF se modificó inmediatamente después de transcurrido el XXIX Congreso y a pesar de la aprobación muy reciente del Comité Central. Las razones dadas oficialmente (programa utópico, etc.) con motivo de las reuniones internas de la sección central económica del PCF, a las cuales yo he asistido, no eran necesariamente falsas en sí, pero eran también válidas para los programas precedentes; cuesta creer que el PCF haya podido, durante casi siete años, no darse cuenta de la

82 El subrayado es mío, A. B.

«nocividad» del programa de la CGT, cuesta creer que su principal dirigente (en ausencia de Maurice Thorez, enfermo) haya podido, también él, naufragar en un «economicismo» tan poco conforme con su temperamento...

La verdad, ignorada por la inmensa mayoría de los militantes y por la mayor parte de los dirigentes, es que el PCF reaccionó con la más extrema brutalidad cuando creyó descubrir (con razón o sin ella) una tentativa de la CGT para desempeñar, conforme a sus estatutos, un papel motor en la lucha política⁸³. Aprovechando su ausencia, ciertos dirigentes (¿Auguste Lecoeur?) llevaron a cabo una lucha oculta muy áspera contra Benoît Frachon cuya posición se vio muy amenazada. Sólo la inmensa popularidad de que era objeto Frachon entre la clase obrera impidió que estos ataques fueran más lejos. A pesar de su prestigio, Frachon no pudo, sin embargo, salvar a Lucien Molino, secretario de la CGT y miembro de hecho de la Oficina política, que era entonces su más directo colaborador: Molino desapareció al día siguiente de un congreso y sin que ninguna explicación oficial haya sido nunca dada...

Pero si Frachon consiguió restablecer su autoridad, fue al precio de una amarga negación cuyos gastos, contra toda justicia incluso elemental, Pierre Le Brun fue el único en pagar. En el XXX Congreso de la CGT, en 1955, Frachon, «olvidando» todos los textos que anteriormente hemos citado (y, principalmente, todos sus propios discursos y artículos) se entregó a un ataque en regla no sólo contra el Programa tal

83 Jeannette Vermeersch-Thorez, miembro del Politburó del PCF, asistía al XXIX Congreso como invitada. Manifestó ostensiblemente su desagrado cuando Pierre Le Brun habló de las posibles iniciativas de la CGT.

como había sido establecido bajo su dirección e incluso contra toda idea de programa: dirigente experimentado, sobrio de palabras y siempre temeroso de contemplar el futuro (particularmente en la óptica de una reunificación deseada), Frachon no dudó, sin embargo, en gritar «Plan– Plan–Rataplán», en proclamar que se burlaba «perdidamente» de las consecuencias económicas posibles de las reivindicaciones de la CGT, y otras afirmaciones ultrademagógicas profundamente contrarias a su naturaleza. Dado su tono, el XXX Congreso fue uno de los más «obreristas» de la CGT. Las tesis sobre la indigencia de la clase obrera fueron presentadas en un día apocalíptico: cierto dirigente federal dio cuenta de la degradación continua del poder de adquisición de los carpinteros... ¡desde los tiempos de San Luis!

Estupefactos, los periodistas presentes se preguntaban la razón de tal cambio. Sin dejarlo aparentar, numerosos militantes se preguntaban lo mismo: la brutalidad y lo súbito del ataque les desconcertaba. Pierre Le Brun, que durante diez años había sido, indiscutiblemente, el «brazo derecho» de Frachon, no sabía más que ellos. No aprendió hasta mucho más tarde que si, en tal o cual circunstancia, el PCF es muy conciliador, hay un punto sobre el que nunca transige: es el que atañe a su papel «dirigente»: Único «partido de la clase obrera» es el único que está en condiciones de tomar «iniciativas». Aunque estuviera dirigida por un leninista eminentemente todos “una organización de masas no puede tener verdaderas e importantes iniciativas”.

En cuanto a la discusión que tuvo lugar en el XXX Congreso, se había desarrollado en tales condiciones que ya no era verdaderamente posible tener una idea sana sobre el Programa.

Sin duda, éste era en gran medida utópico: tenía, sin embargo, el gran mérito de estar exento de toda demagogia y de trazar una perspectiva posible. La acusación según la cual habría contribuido a «desmovilizar» a las masas no resiste ni un segundo al examen: ¡el verano de 1953 estuvo marcado, precisamente, por huelgas de una amplitud y de una combatividad excepcionales después de las de 1947-48! En transcurso de 1954, los obreros obtuvieron sustanciales aumentos de salarios que, por primera vez después mucho tiempo, sobrepasaban las alzas de precios, mientras se afianzaba una expansión vigorosa y sin inflación. Sobre el plano político, la acción de las masas iba a desembocar igualmente en un nuevo giro de la política francesa: la llegada al poder, en junio de 1954, de Pierre Mendés France ponía un término a la guerra de Indochina, hacía que la Comunidad Europea de Defensa fracasara y daba un nuevo impulso al desarrollo.

Obligado a retirarse en febrero de 1955, víctima de una coalición gaullista y leninista, Pierre Mendés France continuaba siendo, sin embargo, a los ojos de innumerables franceses, el hombre de una nueva política. No es imposible que al torpedear el Programa de CGT, el PCF haya querido, además de las razones precedentes, forzar a la gran organización sindical a adoptar una actitud ultraizquierdista y resueltamente demagógica prohibiendo toda colaboración «incluso momentánea» con el antiguo presidente del Consejo.

Como quiera que sea, este cambio espectacular desconcertó a los militantes y ocasionó a la CGT una pérdida de prestigio todavía más lamentable debido a que se produjo en el momento preciso en que la «guerra fría» acababa de finalizar. El PCF y la

CGT adoptaban un tono frenético en el preciso momento en que el estalinismo expiraba en la URSS...

1955–1968: Variaciones e incertidumbres

No es necesario decir que, al rechazar sus propios programas la CGT no estaba dispuesta en absoluto sostener por poco que fuese los planes oficiales. A decir verdad, éstos se habían malogrado un poco. Después de un brillante debut, el plan Monnet había sido completamente transformado bajo la influencia del plan Marshall y de la nueva orientación política.

El II Plan (1954–57), prácticamente ignorado por el gran público, sólo tenía valor indicativo: si los resultados parecían a veces conformes, a los objetivos era, en gran medida, porque estos «objetivos» no representaban en realidad otra cosa que la extrapolación de los cambios en curso.

La CGT (cuyos representantes han sido entre tanto eliminados de las comisiones del Plan) no se priva evidentemente de denunciar los aspectos en gran parte ilusorios del Plan: para ella toda planificación es, de nuevo, imposible en régimen capitalista.

Sin embargo, como escribe François Perroux: «Los planificadores y los contables nacionales progresan en su arte. A pesar de que la urgencia es menor que durante la reconstrucción, el interés del mundo de los negocios, lejos de debilitarse, se aviva;

este círculo de las consultas organizadas por la Comisaría se amplía».⁸⁴

La actitud de la CGT se modifica tanto menos en el curso del III Plan (1958–61), cuanto que la instauración del régimen gaullista refuerza todavía su hostilidad respecto al poder y a las instituciones.

Todo este período está, por otra parte, marcado por acontecimientos dramáticos que, objetivamente, empujan a la CGT al endurecimiento.

Esencialmente estos acontecimientos son tres: la guerra de Argelia, la desestalinización y el putsch de Argel.

Por lo pronto, la desestalinización, lejos de ocasionar una cierta liberalización en Francia, sumerge al PCF en el estupor y le lleva a reaccionar tanto más violentamente cuanto que, con ocasión de los acontecimientos de Hungría, la reacción, desencadenada, se libra a un ataque sin precedentes no sólo contra el partido comunista sino también contra la CGT.

En esta atmósfera de guerra fría, la CGT encuentra nuevamente los reflejos izquierdistas y las actitudes negativas de la CGTU: es, entonces, «anti». El Plan y el Mercado Común son descritos con visión apocalíptica.

Pierre Le Brun y yo mismo hemos de mantener una batalla muy dura, casi cotidiana, para que la Oficina confederal admita un mínimo de verdades concernientes, por ejemplo, a la

84 F. Perroux: *Le IV^e Plan français*. «Que sais-je?», pág. 12.

realidad de la expansión económica o de la progresión de los salarios reales (1954 a junio de 1957). A partir del momento en que los salarios reales bajan de nuevo, debemos igualmente luchar para hacer respetar cifras verosímiles que no nos ridiculicen ante los especialistas desmoralizando a la clase obrera. Tenemos, particularmente, las mayores dificultades en hacer admitir que la caída de los salarios reales haya podido comenzar en julio de 1957 y no... en mayo de 1958, ¡fecha de la toma del poder por De Gaulle!

En estas condiciones, el IV Plan (1962–1965), siendo comisario general el señor Pierre Massé, fue naturalmente objeto de un ataque en regla por parte de la CGT, a pesar de que sus representantes hubieran sido reintroducidos en las comisiones.

Pieza maestra de la política de De Gaulle, el IV Plan impulsaba indiscutiblemente al fortalecimiento de la concentración capitalista y de los monopolios, al mismo tiempo que a la limitación de los salarios. Era normal y legítimo que la CGT se opusiese con vigor.

No obstante, la denuncia que entonces fue formulada por los principales dirigentes (Henri Krasucki) no resultó convincente en razón de los manifiestos excesos de lenguaje y, sobre todo, de una grave contradicción en el mismo razonamiento. Por una parte, en efecto, la CGT no deja de denunciar la nocividad del Plan (y esto en todos los terrenos) y, por otra parte, no cesa de presentar la planificación capitalista como una imposibilidad absoluta y el Plan como una quimera sin influencia en la realidad...

Esta actitud contradictoria era el resultado de la yuxtaposición de un análisis «teórico» congelado y a priori («no hay planificación posible en un régimen capitalista») y de tomas de posición políticas marcadas por la oportunidad del momento. La oposición a un Plan que... no existía, era así tanto más desconcertante cuanto que era más violenta, pero sobre todo tenía por efecto impedir un análisis profundo de los mecanismos de la planificación capitalista y de sus técnicas anejas (contabilidad nacional en particular), es decir, ¡impedir el análisis de las características más recientes del capitalismo actual y del Estado moderno!

El mismo error, naturalmente, fue cometido en lo que concierne a una de las variedades de la planificación: la llamada política de rentas.

También (y con razón) la CGT denunció esta política (esta «policía de los salarios», según expresión de Le Brun) manifiestamente desfavorable a los trabajadores; ipero, simultáneamente, Henri Krasucki basó lo esencial de su argumentación, ante la Conferencia nacional de rentas, en la demostración de que no podía haber, en régimen capitalista, una política de rentas! Al limitarse a calificarla de «serpiente de mar», Krasucki no veía el peligro esencial para el movimiento sindical: el de la integración.

Más allá del bluff momentáneo, la política de rentas tiende, en efecto, a hacer participar a los mismos trabajadores en la fijación (y, por tanto, en la limitación) de sus propios salarios. Como tal cosa no puede hacerse sin «compensación», ésta será, por ejemplo, el reconocimiento legal de la sección sindical de

empresa... El famoso libro del señor Bloch-Lainé, *Pour une réforme de l'entreprise*, era singularmente revelador en este aspecto.

Con la puesta en marcha del V Plan (1966-70) las cosas cambiaron un poco y la hostilidad creciente, con razón, de la CGT tuvo una mejor argumentación. Gracias, en particular, a los estudios de la revista marxista *Économie et Politique* consagrados a los problemas de la planificación en régimen capitalista, los dirigentes empezaron a entrever, poco a poco, la realidad específica de los planes capitalistas, realidad admitida ya desde hace tiempo por los mismos economistas soviéticos.

Todos estos retrasos en el análisis y estas múltiples vacilaciones ante la realidad habían dado, sin embargo, como resultado el privar a la CGT de una estrategia coherente y a largo plazo frente a la planificación. Condenando dicha planificación sobre la base de análisis a veces simplistas, la CGT no había dejado de participar en las comisiones del Plan. Sin embargo, participaba en estas comisiones a desgana, sin controlar seriamente el trabajo de sus representantes y dejándoles muy a menudo operar a su gusto fuera de toda directriz precisa.

Pero, como veremos, esta ausencia de estrategia en materia de planificación no es más que el reflejo de una ausencia de estrategia en materia sindical.

VIII. LA CGT Y LAS NACIONALIZACIONES

La vieja CGT, ya lo hemos dicho, era favorable desde hacía tiempo, a las nacionalizaciones «industrializadas». En el espíritu de Léon Jouhaux esta fórmula significaba que las nacionalizaciones a conquistar no debían ser simples «nacionalizaciones» de carácter más o menos burocrático. En suma, desde esta lejana época, Jouhaux tenía la mirada puesta en nacionalizaciones concurrentes y competitivas, más próximas al tipo que simboliza la administración Renault que al que representa la SNCF⁸⁵ y, con mayor motivo, el monopolio de los Tabacos.

La CGTU, por el contrario, veía en esta campaña en favor de las nacionalizaciones una diversión de la CGT para distraer a los trabajadores de los verdaderos problemas, al mismo tiempo que una tentativa, típicamente reformista, para «remendar» el régimen dándole un falso aire de socialismo.

En el momento de la Liberación, la CGT reunificada se esforzó en poner en marcha el programa del CNR y jugó un papel

85 Soclété Nationale des Chemins de Fer (Sociedad Nacional de Ferrocarriles).

decisivo en la realización de las primeras nacionalizaciones, que fueron en gran parte preparadas por el centro confederal de estudios económicos y sociales bajo la dirección de Pierre Le Brun. A la CGT, en particular, se debe el principio (en sí mismo excelente) de la gestión tripartita (Estado–personal–usuarios) de las empresas nacionalizadas.

Después de 1947, la CGT empezó, poco a poco y con razón, a denunciar el uso capitalista de las nacionalizaciones. El Centro confederal de Estudios económicos fue el primero en llamar la atención del gran público y también de los economistas sobre el hecho de que las tarifas privilegiadas consentidas por las empresas nacionales (la EDF⁸⁶ y la SNCF en particular) a los monopolios y oligopolios permitían a éstos realizar, en detrimento de los usuarios domésticos, beneficios diferenciales considerables.

No obstante, a partir del momento en que la CGT empezó a abandonar su programa, esta crítica respecto a la utilización capitalista de las nacionalizaciones se transformó muy a menudo en una crítica de las nacionalizaciones en sí mismas. La resolución general adoptada por el XXX Congreso afirma sin matices que «los trusts han tomado nuevamente el control de las nacionalizaciones y las explotan en perjuicio de la clase obrera y de la nación». Pide, sin ninguna precisión, que «los estatutos de las empresas nacionalizadas sean modificados de modo que se asegure la independencia total de estas empresas respecto a los trusts», pero no plantea la cuestión fundamental de la extensión del sector nacionalizado. Es evidente, sin embargo,

86 Electricité de France (Compañía nacional de electricidad).

que la práctica de las tarifas diferenciales sólo puede ayudar al sector privado en la medida en que éste siga siendo preponderante. Por el contrario, en la medida en que el sector nacionalizado lleve ventaja, las tarifas preferenciales no tienen entonces ningún sentido. Al abordar de esta forma el problema de las nacionalizaciones, el XXX Congreso permitió que se desarrollara en el interior de la CGT una fuerte corriente sectaria «antinacionalizaciones» que todavía hoy le resulta muy difícil remontar.

Los primeros esfuerzos de rectificación en la materia tuvieron lugar después de 1958. Las necesidades objetivas de un acuerdo de la izquierda contra el régimen de poder personal y los «grandes monopolios» condujeron a la CGT a proseguir su acción en favor de las nacionalizaciones e, incluso, a concederle, de año en año, una mayor importancia.

En 1963, la CGT se pronunció por la nacionalización del crédito, de la banca y de las compañías de seguros; de la siderurgia; de la industria del petróleo y de la energía atómica; de los grupos dominantes de la gran industria química y farmacéutica.

En un documento seriamente argumentado, la CGT explicaba las razones económicas y técnicas que pesan a favor de esta extensión, especificando que debería efectuarse sobre la base de una gestión resueltamente democrática: «Es por ello que, de conformidad con su tradición constante en favor de verdaderas nacionalizaciones, la CGT pide que se adopten todas las disposiciones legales pertinentes para el respeto del principio de las empresas nacionalizadas en las cuales la clase obrera ocupará el

lugar que le corresponde en los consejos de administración y las direcciones. Así se crearán las condiciones de una gestión democrática que asegurará a los trabajadores mejores condiciones de vida y de trabajo.

Para que sea así en la práctica, los consejos de administración de las empresas nacionalizadas deben estar compuestos únicamente por representantes de los trabajadores (obreros, técnicos, ingenieros y cuadros), por auténticos representantes de los usuarios (designados por organizaciones representativas o, en todo caso, por el Parlamento), y por representantes del Estado, con exclusión de toda «personalidad» cuya pretendida «competencia» no es otra que la de los intereses privados. A fin de evitar cualquier riesgo al respecto y de desembocar así en una verdadera democratización de las industrias nacionalizadas, sería preciso, por otra parte, que en ningún caso los administradores de sociedades nacionales pudiesen contarse entre aquellos que tienen intereses en las empresas o sociedades pertenecientes al sector privado.

En este espíritu y en las mismas condiciones, la CGT propone un programa de nuevas nacionalizaciones limitado, pero dirigido a los sectores en que la propiedad privada se revela, más intensamente todavía que después de la Liberación, incompatible con el interés nacional y con el de la clase obrera».

A continuación, la CGT completó aún este programa añadiendo nuevas nacionalizaciones: grupos dominantes de la electrónica, de la construcción de grandes bienes de equipo, de las industrias aeronáuticas, aero-espaciales y de armamento, de automóvil y de la marina mercante.

En junio de 1967 el documento de orientación del XXXVI Congreso confederal ve en estas nacionalizaciones un medio «esencial» para poner fin al poder personal.

Este documento precisa que «la participación de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales en la gestión de las nacionalizaciones existentes y futuras es un elemento determinante de su carácter democrático. Permitirá asegurar y garantizar a la vez un desarrollo de la actividad de las empresas nacionalizadas conforme a las necesidades reales de la nación. Ofrecerá a los ingenieros, cuadros, técnicos, empleados y obreros un nuevo marco para dar la plena medida de su saber y de sus conocimientos. La gestión democrática convierte la toma en consideración de las reivindicaciones sociales en un dato del desarrollo, basado en la agravación de la explotación.

Al afectar a los beneficios y al poder exorbitantes de los monopolios, tales nacionalizaciones representarán una palanca fundamental para realizar una mejor utilización del progreso técnico y científico.

Forma democrática de la concentración, las nacionalizaciones permitirán un acercamiento de la estructura de la economía a las exigencias del desarrollo actual de las fuerzas productivas.

Por el mismo hecho de su carácter antimonopolístico, asegurarán un desarrollo económico más racional y más conforme con los intereses fundamentales de la nación y harán posible una utilización de estos resultados en provecho de los trabajadores y de las masas populares.

Añadiéndose de manera decisiva a los otros medios de

intervención que detenta el Estado (presupuesto, control del crédito, etc...), utilizados democráticamente, la nacionalización responde a las exigencias de una economía moderna y a su desarrollo en beneficio de la nación entera. Permite la coordinación y la concentración de inversiones y, por un desarrollo de las fuerzas productivas y su mejor distribución, la eliminación de las distorsiones y los desequilibrios económicos cuyo coste social va aumentando.

De esta forma se dan los medios para otra política económica y social.

La posición actual de la CGT indica pues una evolución muy clara desde la hostilidad sistemática de la CGTU por cualquier reforma en régimen capitalista y la crisis sectaria de 1955. Esta postura queda, sin embargo, todavía poco fundamentada sobre el plan del análisis económico moderno y se resiente de su carácter táctico contingente (acuerdo de las fuerzas de izquierda sobre un programa común mínimo). En efecto, extraña la ausencia de reivindicaciones complementarias y modernas como las de una banca nacional de inversiones (durante mucho tiempo reclamada en vano por Pierre Le Brun, jacusado en esta ocasión de hacer el juego a la CFTC!) y, sobre todo, de medidas que conciernen a la nacionalización o, por lo menos, a la municipalización del suelo. Esta última medida, reclamada desde hace tiempo por hombres como Alfred Sauvy, es la única que puede permitir resolver no sólo con palabras el problema siempre angustioso de la construcción masiva de alojamientos populares a precios asequibles.

IX. LA CGT, EL PLAN SCHUMAN Y EL MERCADO COMÚN

La creación en 1953 de la «Comunidad Europea del Carbón y del Acero» por inspiración del ministro francés Robert Schuman⁸⁷ constituye un acontecimiento histórico complejo en el que no siempre es fácil distinguir el aspecto económico del político. El aspecto económico de la CECA, como un poco más tarde el del Mercado Común (necesidad objetiva para los capitalistas europeos de abrir los mercados nacionales tradicionales que se han vuelto demasiado estrechos) fue deliberadamente ignorado por la CGT que, durante mucho tiempo, sólo quiso retener los aspectos políticos (construcción de una Europa unida) y sociales (libre circulación de la mano de obra y sus peligros). De estos aspectos políticos, la CGT, como por otra parte el PCF, únicamente mencionó lo que podía significar antisovietismo. Profundamente persuadida de que la CECA estaba dictada por el imperialismo americano en vistas a preparar una agresión antisoviética, la CGT no vio que constituía asimismo un intento de los capitalistas europeos de oponerse a

87 El tratado constitutivo de la Comunidad se firmó el 18 de abril de 1951. Entró en vigor para el carbón, mineral de hierro y chatarra el 10 de febrero de 1953, y para el acero el 1 de mayo siguiente.

la hegemonía americana. Este error de análisis condujo a la CGT (a pesar de los esfuerzos de ciertos militantes) a una actitud exagerada que le causó el mayor daño. Así, en *L'Humanité* del 23 de diciembre de 1952, Benoît Frachon publicaba un largo artículo titulado «Sobre el cadáver de la industria francesa» en el cual, atacando al señor Ricard (entonces vicepresidente del CNPF), evocaba en términos apocalípticos las consecuencias del plan Schuman: los «millares» de fábricas ya amenazadas, «los innumerables niños sin pan, sin vestidos, en hogares sin fuego» (sic). Revisando los peligros de la concurrencia alemana, Frachon afirmaba: «Entonces, señor Ricard, según usted, sólo habrá que esperar la invasión de los "panzer" de la industria pesada alemana que, junto con sus amigos, ha preparado usted tan bien».⁸⁸

La sucesión de los acontecimientos ha mostrado claramente el fracaso de la CECA, su impotencia en regular, en el fondo, los graves problemas del carbón y del acero tanto en Francia como en Alemania. Por el contrario, los temores de la CGT, especialmente en materia de «desindustrialización» se han mostrado sin fundamento o por lo menos exagerados.⁸⁹ En

88 Hay que decir, en defensa de Benoît Frachon, que destacados economistas, como Jean Duret y Henri Claude, hicieron análisis exageradamente pesimistas sobre las consecuencias del plan Marshall, de la CECA y de la CEE, así como sobre la importancia de la penetración americana en Europa.

89 Los «análisis» del PCF superaron en virulencia todo lo que se había visto hasta entonces. Las «tesis» adoptadas por el XIII Congreso del PCF (3–7 de junio de 1954) afirman: «El plan Schuman, añadido a los daños causados por el plan Marshall, ha situado a las industrias básicas de nuestro país y, en consecuencia, a toda la economía francesa, bajo el control de los magnates del Rhur (...) El espectro inexorable (sic) de la crisis económica surge ante las masas, con su secuela de privaciones y el tormento del hambre» (*Cahiers du communisme*, n.º de junio–julio de 1954, pág. 909).

Benoît Frachon realizó, públicamente, una lamentable autocritica en este XIII Congreso. Hablando como comunista, se pronunció, en términos contradictorios, sobre la huelga del

cuanto a las graves dificultades por las que atraviesan hoy día las minas francesas de carbón, son menos el resultado de la CECA que de una política capitalista internacional de la energía y de la crisis casi general del carbón.

Estas dificultades, por otra parte, no respetan de ningún modo a Alemania federal. Lo mismo cabe decir de los minerales de hierro franceses amenazados no por Alemania sino por la concurrencia de Labrador y Mauritania.

La hostilidad de la CGT hacia todo intento de construcción europea alcanza su apogeo en el momento de la tentativa de establecer una «Comunidad Europea de Defensa» (C.E.D.) en la cual Alemania, todavía nazi, hubiera podido desempeñar un papel preponderante. En este aspecto, los temores de la CGT se fundaban en una base real y encontraban una amplia aprobación entre las masas. El presidente Pierre Mendés France, por su parte, se veía obligado a permitir que el Parlamento rechazase el proyecto de tratado que instituía la C.E.D. (30 de octubre de 1954).

Pero los partidarios de Europa no se desarmaron por ello. Después de haber conseguido recuperar por los acuerdos de París (1954) algunas ideas fundamentales de la C.E.D., los «europeos» abordaron nuevamente el problema por su base ateniéndose, esta vez, a la constitución de un amplio mercado

28 de abril de 1954 (llevada a cabo, pese a ello) y las reivindicaciones del salario mínimo. Esta autocritica dejó estupefacto al Congreso, pero los delegados reaccionaron ovacionándole para impedir de esta forma cualquier otro posible ataque contra él. Parece evidente que algunos dirigentes del PCF, al obligar a Frachon a realizar esta autocritica sin precedentes, le hacían pagar su actitud anterior respecto al programa de la CGT al mismo tiempo que le dirigía una seria advertencia en condiciones de oponerse a los excesos del PCF.

común de mercancías, capitales y hombres, a partir del cual esperaban hacer inevitable, en una fase ulterior, la integración política propiamente dicha. Desde las primeras tentativas en este sentido, la CGT desarrolló una campaña extremadamente energética contra el Mercado Común que, según ella, no dejaría de estar enteramente dominado por Alemania occidental. En el plano del análisis económico comparativo, este temor estaba ampliamente fundado: es evidente, en efecto, que excepto en algunos dominios privilegiados (construcción aeronáutica y automóvil, industria del aluminio, energía atómica) el poder de la industria francesa es notoriamente inferior al de la industria alemana no sólo en valor absoluto sino también respecto a la población.

Sin embargo, este análisis no tenía en cuenta suficientemente un cierto número de hechos que modificaban bastante sensiblemente sus conclusiones: subestimación, por ejemplo, de Italia cuyo progreso extraordinariamente rápido trastorna los datos tradicionales de la relación de fuerzas en los países europeos; subestimación del peso político específico de Francia al lado de la cual la República Federal Alemana es todavía (¿por cuánto tiempo?) «un enano político»; subestimación, en fin, del poder internacional de ciertos monopolios franceses y del interés indiscutible del Mercado Común para la agricultura francesa.

Este análisis estaba igualmente falseado por las apreciaciones erróneas acerca de la planificación francesa, cuya verdadera eficacia (en provecho, bien entendido, de los grupos capitalistas) equilibraba en una medida no despreciable la debilidad relativa de la industria francesa. Era, en suma, olvidar que en el interior

del complejo dialéctico que es el capitalismo monopolista de Estado, la fuerza incomparablemente mayor del Estado francés compensaba en mucho la inferioridad de los monopolios franceses con respecto a sus homólogos alemanes. Por todas estas razones, las críticas de la CGT, aunque ampliamente fundadas, quedaron limitadas por un cierto número de inexactitudes que las necesidades (?) de una propaganda encarnizada hicieron todavía más excesivas. La exageración de los ataques de la CGT contra el Mercado Común tuvo por efecto atenuar a los ojos de los especialistas e incluso de numerosos trabajadores lo que podían contener de válido y, sobre todo, creó un nuevo abismo muy grave entre la CGT y todas las otras organizaciones sindicales (FO, desde luego, pero también CFTC y CGC), por no mencionar los partidos políticos con la única excepción del PCF.

Más lamentable es todavía que la actitud de la CGT llevó consigo un enfriamiento notable de las relaciones entre ésta y su homólogo italiano, la CGIL que, al denunciar con vigor los aspectos negativos y antisociales del Mercado Común, subrayaba que no se trataba sólo de una tentativa antiobrera, sino que era una construcción inevitable por las necesidades objetivas de la economía moderna.⁹⁰

Un verdadero cambio en la actitud de la CGT puede registrarse a partir de 1965–66.

En el informe presentado en mayo de 1965 en nombre de la Oficina confederal ante el XXXV Congreso, León Mauvais dedica

90 Es cierto que los primeros efectos del Mercado Común favorecieron más a Italia que a Francia.

un capítulo entero a la «acción común de los trabajadores del Mercado Común». Pero, hasta esta fecha, la CGT siempre había rehusado ver el problema bajo este ángulo y no escamoteaba sus críticas a la CGIL que, desde el principio, quería oponer la Europa de los trabajadores a la de los monopolios. Léon Mauvais declara: «A pesar de que hoy las ilusiones y las dificultades existen, es evidente, sin embargo, que entre los trabajadores de los seis países del Mercado Común se desarrolla la idea de que se les plantean los mismos problemas, de que sus reivindicaciones son análogas y de que es necesario oponer a los trusts que dominan la pequeña Europa un frente sindical común». Subrayando que esta unidad de acción de los trabajadores «no puede concebirse sin la participación de la CGT y de la CGIL, que son, en Francia y en Italia, las centrales sindicales más representativas», Léon Mauvais va más lejos cuando concluye esta parte de su intervención afirmando:

«Contribuimos a realizar las condiciones de una verdadera cooperación europea y, más ampliamente, internacional, conforme a las exigencias económicas y sociales de nuestro tiempo, fundada no ya en la alianza de los trusts o de los grupos que se han constituido bajo su égida, sino en la solidaridad de los trabajadores y de los pueblos; ésta responderá al interés nacional, a las exigencias de un desarrollo que asegure plenamente la independencia y la modernización económica de nuestro país.»

Partiendo de esta nueva visión, en noviembre de 1965, la CGT y la CGIL deciden en Roma constituir un «Comité permanente de coordinación y de iniciativa para la unidad de acción sindical en Europa occidental». Desde el 5 de abril de 1966, este Comité

permanente entregó a las autoridades de la CEE un memorándum común que subraya: «La CGT y la CGIL, sin abandonar su libertad de opinión sobre todo lo concerniente al Mercado Común (al mismo tiempo que reconocen la de las demás centrales), reivindican su derecho a estar representadas en los organismos de la Comunidad a fin de actuar en defensa de los intereses de los trabajadores, en el cuadro de atribuciones que el tratado de Roma reserva a los sindicatos».

Imbuido del mismo espíritu, el Comité abrió una Oficina en Bruselas con la finalidad de seguir más de cerca todos los problemas concernientes al Mercado Común.

En cuanto a las razones de esta evolución de la CGT, dependen, ante todo, del triunfo mismo del Mercado Común. En efecto, incluso si ciertas graves contradicciones internas impiden que exista, verdaderamente, una «comunidad» económica europea en el pleno sentido de la palabra, nadie puede negar la existencia del «mercado» común, de la zona de libre cambio común a los Seis. En estas condiciones, la denuncia pura y simple del Mercado Común se alejaba cada vez más de la realidad y ya no despertaba ningún eco entre las masas.

En segundo lugar, la actitud sectaria de la CGT en esta materia tendía a convertirse, cada día más, en un obstáculo a todo intento de unidad de acción sindical tanto en el plano internacional como en el francés.

Finalmente, los primeros intentos de acercamiento de la izquierda que tuvieron lugar a fines de 1965, cuando la candidatura de François Mitterrand a la presidencia de la

República (candidatura aprobada indirectamente por la CGT), implicaban por parte del PCF una atenuación de sus campañas antieuropeas.

Este conjunto de razones ha conducido poco a poco a la CGT a una actitud más realista, aunque siempre desprovista de estrategia a largo plazo.

La existencia desde ahora de la apertura total de las fronteras plantea, en efecto, numerosos problemas económicos tales como los de las inversiones extranjeras y de la planificación en términos fundamentalmente nuevos.

Por ejemplo, la hostilidad tradicional (justificada o no) hacia las inversiones americanas o británicas en Francia pierde todo sentido desde el mismo momento en que estas inversiones pueden realizarse en otro país del Mercado Común, y que no hay, por tanto, ningún medio para oponerse a la entrada en Francia de las mercancías producidas. Se corre el riesgo, entonces, de acumular todos los inconvenientes posibles de la inversión extranjera perdiendo todas las ventajas que podría presentar eventualmente. Está claro que la única solución a este problema sólo puede encontrarse en un tratado europeo de las inversiones extranjeras, puesto que toda «solución» nacional es imposible (a menos, naturalmente, que el Mercado Común sea suprimido).

Lo mismo cabe decir de la planificación nacional francesa, de la cual no se acierta a ver cómo puede ser compatible indefinidamente con la integración económica europea, supuesto que nuestros compañeros del Mercado Común (y, en

primer lugar, Alemania federal) permanecen resueltamente opuestos a toda planificación. Esta situación plantea, en la práctica, el problema de la programación europea que, por otra parte, ya ha sido objeto de numerosos estudios realizados por economistas como el profesor Jean Bérnard⁹¹ entre otros.

No obstante, por lo menos hasta ahora, la CGT no ha abordado el examen de estas cuestiones cruciales, ante las cuales no siempre podrá evadirse.

En resumen, la actitud de la CGT respecto a los problemas europeos ha sido particularmente negativa: durante muchos años se ha tratado menos de una oposición (para la cual no faltaban buenos argumentos) que del no reconocimiento absoluto de una realidad nueva. Corregida esta actitud, después de muchos años, bajo la presión imperiosa de las circunstancias, permanece forzada y táctica: no es susceptible, por el momento, de abrir una perspectiva clara y específicamente sindical a los trabajadores que, de esta forma (y de hecho), se ven abandonados a las decisiones de los Estados o de los grupos dominantes del capitalismo.

91 Jean Bérnard: «Le Marché commun et l'avenir de la planification française» (*Revue économique*, septiembre de 1964).

X. LA CGT Y LOS PROBLEMAS DE LA UNIDAD SINDICAL

La doctrina de la CGT en materia de unidad sindical se resume en una frase: «Una sola clase obrera, una sola organización sindical».

Con razón, la CGT subraya que, a pesar de sus divergencias religiosas, políticas o filosóficas, los patronos se han agrupado siempre en el seno de un organismo único (CGPF ayer, CNPF hoy)⁹². Es un hecho innegable que, frente al bloque unido del patronato, la división sindical (CGT, CFDT, FO, CFTC «mantenida», por no hablar de la CGC, de la FEN o de los sindicatos «independientes» o «autónomos» (!), constituye una causa de debilidad y de relativa ineeficacia.⁹³

Conforme a sus estatutos, la CGT acoge en principio en sus filas a todos los asalariados sin distinción de opiniones políticas, filosóficas y religiosas. En estas condiciones, es normal que la

92 Las organizaciones particulares del empresariado (Centro Nacional de Jóvenes Patronos o Centro de Patronos Cristianos), agrupa algunos patronos por afinidades, pero, en todo caso, la adhesión prioritaria al CNPF sigue siendo la norma.

93 Menos dramático, no obstante, de lo que parece, ya que el CNPF está muy dividido y, por otra parte, sólo son tres las verdaderas centrales sindicales.

CGT no comprenda la razón del pluralismo sindical y condene, en especial, todo sindicalismo de tipo confesional.

Esta concepción unitaria del sindicalismo está acompañada de la idea de que el movimiento sindical debe ser un movimiento de masas: todo lo que divide a las masas debe por tanto ser evitado. La unidad de todos es posible sobre la base de un mínimo de objetivos, que en principio no deben suscitar objeciones entre las filas de la clase obrera: lucha contra el Estado en la medida en que éste sostiene a la patronal, lucha por las libertades (sindicales en particular) y la paz.

Para los dirigentes de la CGT y, en especial, para Benoît Frachon, que muy a menudo se ha expresado a este respecto, la unidad sindical «orgánica» (una sola organización sindical) de la clase obrera no plantea problemas teóricos especiales: la unidad corresponde a la vez a una necesidad objetiva y a una aspiración profunda de las masas. Se realizará, por tanto, con toda naturalidad, cuando el movimiento de las masas sea lo suficientemente fuerte y cuando la acción alcance una amplitud suficiente.

Cuando Frachon dirigía la CGTU ya decía:

«Hay quien pretende que la corriente de unidad de las masas obreras es un puro sentimiento, que puede desligarse de las preocupaciones reivindicativas. Este es un gran error que ha conducido a compañeros bien intencionados, sinceramente partidarios de la unidad sindical, a combatir la unidad de acción, considerándola como un obstáculo para la realización de la unidad orgánica. Son los intereses

materiales y morales comunes los que crean lazos estrechos entre los trabajadores y el deseo de unidad se hace muy imperioso, porque estos intereses no son tan sensibles, tan inmediatos (...) A todos los trabajadores que nos escuchan decimos que la salvación reside en su unidad para combatir al enemigo común: el capitalismo. La salvación reside en la rapidez con que se realice esta unidad. La unidad para la acción, es para la clase obrera la certeza de combatir con eficacia la miseria y de asegurar la defensa de sus libertades.»⁹⁴

Veintinueve años más tarde, en febrero de 1963, Benoît Frachon se expresará en idéntica forma:

«Los trabajadores, contrariamente a lo que afirma mucha gente cuyas dotes de observación y de análisis son bastante mezquinas, no están “despolitizados”. Han demostrado en muchas ocasiones que los grandes problemas políticos les interesaban. Siguen y sostienen a los partidos que representan sus aspiraciones propias».

Pero nunca han considerado que esta diversidad de opiniones y de partidos tuviera que arrastrarles a estas divisiones sindicales.

Nunca han aceptado como una cosa normal y definitiva la existencia de varios sindicatos y centrales sindicales.

Cuando la división sobreviene, la soportan como un accidente

94 Discurso de B. Frachon en el C.C.N. de octubre de 1934 de la CGTU. (B. Frachon: Sobre el camino de la unidad sindical, recopilación de artículos y de intervenciones, Ed. de la CGT, sin fecha).

deplorable cuyas consecuencias sufrirán, y que habrá que reparar un día u otro.

Hoy, la constitución de una sola organización sindical les aparece todavía más como una necesidad.

Debemos alegramos de que una conciencia tal se desarrolle y hemos de hacer todo lo posible para alentarla y conducirla al éxito.

Debemos recordar que desde 1945, cuando la CGT se había reunificado por segunda vez en 1943, en la lucha clandestina, hemos hecho todo lo posible por realizar la unidad con los sindicatos cristianos. Nuestras proposiciones no fueron entonces aceptadas por la CFTC que explicó su negativa por la necesidad del pluralismo sindical y el mantenimiento de organizaciones partidarias de una doctrina política o religiosa. Desde entonces, en varias ocasiones hemos iniciado el diálogo y nos ha sido dada la misma respuesta sobre la necesidad del pluralismo. Esperamos que, también en esto, sobrevendrán cambios.

Pensamos que entre los sindicados y los militantes de la CFTC, igual que entre los demás, es cada vez mayor el deseo de una sola organización sindical, sin partido, respetando las ideas religiosas y políticas de sus miembros para quienes el lazo común más poderoso será siempre la defensa de los intereses de clase de los trabajadores contra la explotación capitalista».⁹⁵

95 En resumen, para Benoît Frachon y los dirigentes comunistas de la C.G.T., la unidad sindical resulta necesariamente de que la clase obrera es, ella misma, una. Rota por maniobras más o menos exteriores a la clase obrera, la unidad se reconstruye

En estas condiciones, toda especulación sobre las mejores condiciones susceptibles de desembocar en la unidad orgánica revela una posición escolástica y sólo puede enredar las cuestiones y desmoralizar a las masas. Voluntariamente, Frachon se niega a examinar por adelantado lo que podría ser la central sindical reunificada. Descarta, como insignificante, toda discusión a este respecto:

«Divergencias de opiniones sobre ciertos problemas en una organización sindical única las ha habido en el pasado, las habrá sin duda en el futuro. No pueden desembocar en posiciones irreductibles si cada uno tiene el cuidado de conservar a la organización sindical su carácter de masa, de organización democrática, sin partido e independiente.»⁹⁶

Alejando así, por adelantado, toda discusión sobre la unidad orgánica, la CGT estima, en suma, que el movimiento se demuestra avanzando y que la unidad se hará por su propio impulso «en y por la acción».

Después de veintiún años de división sindical⁹⁷ en el transcurso de los cuales la clase obrera ha llevado a cabo, no obstante, innumerables acciones, no parece evidente que los hechos hayan demostrado lo fundado de esta tesis. También conviene examinar más de cerca los acontecimientos que se han producido en este terreno después de la escisión de 1947.

necesariamente en y por la acción; por poco que el movimiento de las masas sea bastante poderoso, la unidad se hace entonces «inevitable».

96 Op. cit., pág. 93.

97 Cuarenta y nueve años, si no se prescinde de la CFTC (más tarde C.F.D.T.).

1947-1965: Del anatema al diálogo (rehusado)

La semanas y los meses que siguieron a la escisión de 1947 estuvieron caracterizadas por acusaciones violentas de una y otra parte, que bordearon a menudo el insulto y la calumnia. Durante mucho tiempo, Fuerza Obrera se obstinó en calificar la CGT de «CGTK»⁹⁸, y a los dirigentes cegetistas de jefes «cocos». Para la CGT, sin embargo, las injurias prodigadas con respecto a los dirigentes nacionales de Fuerza Obrera⁹⁹ no impidieron que la CGT recurriera rápidamente a esta central, con miras a acciones comunes susceptibles de conducir ulteriormente a la reconstitución de la unidad. Por el contrario, las relaciones de la CGT con los dirigentes nacionales de la CFTC fueron, en general, más o menos correctas y a veces incluso corteses: pero la CGT nunca tomó en consideración seriamente cualquier acercamiento a la CFTC. La razón de esta actitud es fácil de comprender: para Frachon y sus amigos, Fuerza Obrera era esencialmente la central sindical del partido socialista SFIO. Razonando ante todo como leninista, Frachon nunca ha dejado de pensar que la reconstrucción de la unidad entre la CGT y FO, sería un paso decisivo hacia la unidad de los partidos comunista y socialista. En estas condiciones, todo acercamiento eventual con la CFTC aparecía como secundario y sin otro interés que el táctico (hacer presión sobre FO). Este análisis de la CGT estaba

98 K, de «Kominform» (Oficina de Información de los partidos comunistas, con sede en Belgrado y, luego, en Bucarest).

99 Los dirigentes de Fuerza Obrera eran reticentes de la unión sindical teledirigidos desde Washington y movidos por un antileninismo sistemático.

viciado desde el principio, y luego todavía más, por un error de apreciación bastante grave acerca del carácter y de la naturaleza de Fuerza Obrera. Esta central no era en modo alguno la continuación pura y simple, en minoría, de la antigua CGT. Junto a hombres tales como Jouhaux, Bothereau, Neumeyer, Fuerza Obrera contaba desde su creación con dirigentes tales como Bouzanquet mucho más próximos al sindicalismo americano que al reformismo francés tradicional¹⁰⁰. Al persistir la escisión, FO ha reclutado sus nuevos afiliados más allá del círculo de militantes socialistas y socializantes: durante mucho tiempo su impacto ha sido real sobre aquellos trabajadores que, «asqueados de la política» querían ante todo un sindicato eficaz en el plano práctico (jurídico en particular).

En estas condiciones, los reiterados intentos de la CGT cayeron por regla general en el vacío, no sólo en razón del antiestalinismo innegable y persistente de la mayoría de los dirigentes de FO, sino también por el hecho mismo de la orientación neocapitalista y pragmática de sus nuevos afiliados. Esto no impidió a la CGT proseguir durante cerca de veinte años la misma táctica: proponer la unidad (no definida) a Fuerza Obrera, denunciando a sus dirigentes e intentando apoyarse en sus militantes de base. Elegido entre varias decenas, el siguiente artículo de Frachon (*La marcha hacia la unidad: despejemos el camino*) es un exponente de esta forma de pensar y de actuar. Transcribimos, a continuación, densos extractos.

Partiendo de una proposición hecha por la CGT a FO con vistas

100 Con Louis Sajllant, Lucien Jayat y Edouard Ehni la CGT conservaba, inversamente, dirigentes no comunistas, antiguos amigos de Jouhaux y que no eran simples comparsas. Hasta su reciente muerte, Ehni ha continuado desempeñando un papel preponderante al frente de la Federación del Libro (CGT).

a estudiar en común los problemas del salario mínimo, Benoît Frachon escribe:

«Si los dirigentes de Fuerza Obrera han creído que ponían punto final a nuestras proposiciones de reuniones comunes rehusando examinarlas, se han equivocado.

La CGT es la gran organización de la clase obrera. Sus dirigentes prestan la mayor atención a sus responsabilidades. No acostumbran a entregarse a bajas maniobras.

Cada uno de sus actos se inspira en la necesidad de asegurar al máximo la defensa de los intereses vitales de la clase obrera. (...)

Para imponer estas importantes reivindicaciones, es necesaria la unidad, la unidad total de la clase obrera.

A este deseo de las masas obreras, ¿qué responde la Comisión Ejecutiva de Fuerza Obrera? «Reivindicamos el salario mínimo de 23.600 f.» ¡Muy bien!, pero ni el gobierno ni los patronos lo aceptan.

Hay que determinar el modo de imponer este salario.

¿Qué propone la C.E. de Fuerza Obrera?

Intentar impedir la unidad de acción de la clase obrera rehusando la reunión común de las centrales sindicales...

Llevar a cabo una gestión urgente y solemne cerca del

presidente del Consejo referente a los peligros de la política económica del gobierno.

Es seguro que Pleven recibirá «solemnemente» a los delegados de FO que, una vez más, harán esta gestión.

No es menos cierto que les dirá que les aprecia mucho, que les felicitará por ser prudentes y por no dejarse arrastrar en la «aventura» de la unidad, luego afirmará su amor sin límites por los trabajadores. Después, les dirá que las necesidades internacionales y nacionales exigen un presupuesto de 3.500 millones, que su corazón sufre por no poderles dar satisfacción, pero que la defensa de la civilización occidental exige nuevos sacrificios de la clase obrera.

La gestión urgente y solemne se llevará a cabo y los delegados de FO regresarán a sus oficinas con la satisfacción del deber cumplido.

El ama de casa regresará del mercado, sin embargo, con su cesta lamentablemente más vacía.

Es verdad que, previendo tal resultado, la C. E. de Fuerza Obrera ha declarado haber examinado las vías y medios para obtener los aumentos de salarios.

Los trabajadores no aman las fanfarronadas. Los dirigentes de FO no pueden esperar ilusionar a nadie, ni siquiera a sí mismos, declarando que para luchar contra el gobierno y contra la patronal ellos solos se bastan.

No hay treinta y seis medios para obtener las reivindicaciones formuladas por el conjunto de las centrales sindicales. Sólo hay uno: es la unidad de acción. Si las reivindicaciones no son un bluff, pólvora en los ojos, o la manguera de bombero para apagar el incendio, como escribe uno de los secretarios de FO, hay que aceptar las proposiciones leales de la CGT.

No sé cuáles son las razones de la negativa que se invocan en el comunicado de FO; sé, por el contrario, todas las razones a favor que encuentran los asalariados. Pero no os turbéis por todo ello, camaradas que deseáis la unidad.

Depende de vosotros que se realice. Depende de los sindicatos de FO que las gestiones solemnes ante Pieven abran paso a la buena y franca unidad de acción entre trabajadores, entre las centrales sindicales inclusive. La CGT mantiene y mantendrá las proposiciones que ha hecho. Veremos quién tiene razón».¹⁰¹

Es difícil, por no decir imposible, determinar si los dirigentes cegetistas pensaron verdaderamente que una táctica semejante podía hacer más próxima, por poco que fuera, la unidad, o bien si sólo ponían la mirada en objetivos de pura propaganda de uso interno.

Precisamente desde el mismo interior de la CGT se produjo el primer intento serio y coherente de contestación al respecto.

En el transcurso del XXXI Congreso (junio de 1957), Pierre Le

101 *L'Humanité*, 15 de septiembre de 1951 (Au rythme des jours).

Brun (secretario de la CGT) y Léon Rouzaud (miembro de la Comisión Administrativa), desarrollando unas ideas que ya habían expuesto en varias ocasiones a la CA y en *Le Peuple*, constataron que, aun siendo indispensable, la unidad de acción no era, de ningún modo, la condición necesariamente suficiente de la unidad orgánica: ésta constituía una realidad específica, distinta de aquélla.

En consecuencia, Pierre Le Brun proponía:

Admitir que el problema de la unidad se plantea también con la CFTC y no solamente con FO.

«Reafirmar teórica y prácticamente la autonomía de las organizaciones confederadas, y desarrollar la descentralización.»

Admitir la libertad de las tendencias.

Acerca de este último punto, Pierre Le Brun precisaba de forma muy explícita que ni él ni sus amigos jamás habían «propuesto introducir tendencias en la estructura de la organización sindical sino exclusivamente autorizar el pleno ejercicio tanto individual como colectivo de la libertad de opinión, y esto en el respeto absoluto de las prerrogativas y responsabilidades de los organismos estatutarios».

«Es, ante todo, el fruto de francas discusiones con los camaradas que nos han abandonado, los cuales no niegan el interés de la unidad sindical pero temen, en caso de unidad, ser eliminados y reducidos a la impotencia. Tal es su principal y prácticamente su única objeción a la

eventualidad de la unidad sindical. Objeción válida a priori, sobre la cual hemos reflexionado mucho, y que nos ha conducido en particular a recapacitar sobre el pasado.»

En su informe inaugural al Congreso, Frachon había respondido por adelantado a Le Brun.

Para Frachon toda tendencia es necesariamente una fracción: «Es la organización de personas que tienen una tendencia común».

La distinción hecha por Le Brun es puramente verbal:

«Hay mil y una maneras de no llamar gato al gato. El de vuestro vecino puede ser un vulgar gato de tejado. El vuestro un noble gato persa azul, por ejemplo. ¿Quién será el gato persa azul, quién el gato de tejado? Es fácil de adivinar. Nadie admitirá ser la fracción, pero bien pudieran serlo los que estén contra vosotros.»

Interviniendo en el mismo sentido que Frachon, Henri Krasucki precisa:

«En realidad, si la unidad sindical tuviera que realizarse con unas tendencias organizadas, la central única no sería otra cosa que una especie de cartel de las centrales existentes. Tal unidad sería frágil y débil. (...)»

En realidad, la base de la unidad sindical no es ni puede ser la comunidad de ideología, pero sí la comunidad de intereses de clase. La comunidad ideológica se realiza en un partido.

No se acude al sindicato para encontrarse entre gente de la misma ideología sino entre gente con idénticos intereses que defender.»¹⁰²

Al responder a Frachon, también Léon Rouzaud se muestra de acuerdo en «llamar gato al gato». No obstante, se empeña en subrayar que en la oscuridad todos los gatos son grises. Pero, precisamente, esta cuestión de las «tendencias» permanece oscura sin ningún fundamento. Hay que ser claro: ni Le Brun ni Rouzaud piden que, actualmente, sea autorizada la organización de las tendencias en la CGT tal como en 1957. Pero esta cuestión puede plantearse en un próximo debate sobre la reunificación: posiblemente no sea más que una posibilidad, pero esta posibilidad no puede ser condenada a priori.

Léon Rouzaud demuestra que hay «una contradicción entre el hecho de condenar una hipotética autorización de las tendencias y el hecho de decir en la carta a las organizaciones de las otras tendencias que no ponemos ninguna condición al compromiso de negociaciones para la reunificación sindical. Una decisión del Congreso condenando la eventual autorización de las tendencias significaría en realidad que ponéis una condición: que no se suscite la cuestión de la autorización de las tendencias. Y si, mañana, esta condición se encontrase

102 Este argumento de Krasucki impresiona mucho a primera vista. Pero si se reflexiona, sólo es válido para el hipotético caso de un sindicalismo totalmente apolítico. Evidentemente, éste no es el caso del sindicato «correa de transmisión» ni tampoco el del sindicalismo heredado de la Carta de Amiens o del Preámbulo de Toulouse. Por ejemplo, la cuestión del Mercado común no puede considerarse por una parte a nivel puramente ideológico (coto reservado de los partidos), y por otra a nivel puramente reivindicativo (ámbito sindical). Ambos aspectos no sólo están relacionados sino que son inseparables. Además, los «mismos intereses» no serán defendidos de la misma manera según sea la opción ideológica.

planteada, si fuese una cuestión previa al compromiso y a la continuación de las discusiones, ¿cuál sería la postura de la Oficina confederal? Le hago esta pregunta. Al encontrarse ligada por una decisión del Congreso, le sería imposible participar en las negociaciones que planteasen como algo previo la autorización de las tendencias. En este caso, ¿se compromete, llegado el momento, a convocar un congreso extraordinario para volver a examinar esta cuestión y la decisión del presente Congreso?».¹⁰³

Una propuesta de resolución presentada por Pierre Le Brun y otros cinco miembros de la CA pidió al Congreso:

que limitara al máximo la acumulación de las responsabilidades políticas y sindicales;

que renovara frecuentemente las direcciones sobre bases lo más representativas posible:

«que no tomara posición en el terreno político a no ser con la unanimidad de los organismos de dirección y con el afán constante de la unidad de acción y de la progresión hacia la unidad sindical»;

«que diera prioridad a las cuestiones económicas y sociales sobre las cuestiones políticas»;

«que desarrollara la democracia interna de la CGT y en

103 Esta cita, como las demás, ha sido extraída del Informe in extenso de los debates del XXXI Congreso (edición de la CGT). Acerca de la postura de Pierre Le Brun, véase el capítulo sobre la unidad sindical en su libro *Problemes actuals del sindicalisme*. (Editorial Nuova Terra),

especial la autonomía de las organizaciones confederales y la descentralización (U.L., empresas), que buscara simultánea y sistemáticamente la unidad de reivindicación, de programa y de acción del conjunto de trabajadores y de las organizaciones sindicales a todos los niveles».

Ante la hostilidad de la gran mayoría del Congreso, Pierre Le Brun retiró su proyecto de resolución:

«No tomaremos la iniciativa ni la gran responsabilidad de hacer rechazar por el Congreso un conjunto de tesis de las cuales el órgano oficial del Partido Socialista ha dicho:

El día en que la mayoría de los militantes de la CGT tengan el valor (no acepto esta palabra) de continuar y desarrollar las tesis de Pierre Le Brun, la unidad obrera seguramente no estará todavía reconstruida, pero se habrá dado un gran paso adelante.»

Si no habían conseguido cambiar la orientación de la CGT, Pierre Le Brun y Léon Rouzaud habían contribuido, sin embargo, a modificar un poco la conciencia de los militantes y dirigentes acerca de estos problemas de la unidad.

Así, el Congreso de 1963 dará un pequeño paso adelante en el sentido de las propuestas de Le Brun al afirmar que «ninguno de los problemas planteados por la reunificación sindical es insuperable, ya se trate de cuestiones de programa, de táctica o de representación democrática de todas las corrientes de pensamiento de la clase obrera».

Simultáneamente, los ofrecimientos unitarios de la CGT poco

a poco dejaban de tomar la forma de una denuncia sistemática de los dirigentes de Fuerza Obrera cerca de los militantes. A pesar de este abandono progresivo del anatema, los dirigentes de FO persistieron por su parte en una intransigencia total y sistemática. A despecho de ciertas tentativas de dirigentes federales o departamentales de Fuerza Obrera, la dirección nacional de esta confederación rehusó deliberadamente ver la evolución en curso en la CGT, tanto en lo que concierne a la planificación o al Mercado-Común como al concepto mismo de la unidad.

Pero, precisamente, ésta iba a plantearse en términos bien distintos con la transformación de la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos (CFTC) en Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT).

El acercamiento CGT – CFDT

Desde la Liberación se había hecho evidente que una importante transformación estaba en curso en la CFTC. Una primera modificación de los estatutos (1947) precisó que la CFTC no sólo estaba abierta a los trabajadores «cristianos» (católicos y protestantes) sino también a todos los que, ateos inclusive, apelaban a la moral cristiana.

Poco tiempo después, los metalúrgicos de la CFTC reunidos en congreso reconocían la realidad de la lucha de clases.

En 1957, el Congreso de la CFTC se caracteriza por violentos incidentes: una fuerte minoría conducida por Eugenio Descamps (de la metalurgia) choca vigorosamente con la mayoría a la que acusa de «traición».

Y, sin embargo, la CGT continúa prestando escasa atención a esta evolución: todavía en 1961 Pierre Deion, secretario general de la Federación de empleados de la CGT publica un librito sobre *El Sindicalismo cristiano en Francia*¹⁰⁴ en el que la CFTC continúa siendo presentada como estrechamente sometida a la jerarquía católica¹⁰⁵ e incluso al Gobierno.¹⁰⁶

En su conclusión, Pierre Deion pretende incluso que «está claro para todo hombre de buena fe que la CFTC se sitúa en el terreno ideológico de la burguesía, de los capitalistas, que predica y mantiene la división bajo el nombre de pluralismo, y que ha estado ausente, en su fase primera y difícil, de los combates más decisivos de la clase obrera».

Para Deion, la «unidad se restablecerá» de todos modos, «ya que es una necesidad histórica» y «los sindicados CGT y FO se encontrarán en la misma casa con millares de trabajadores actualmente desorganizados (...). Y habrá, entre ellos, con ellos, una masa enorme de antiguos sindicados de la CFTC, que comprenderán la fuerza que da la unidad sindical a los trabajadores». Para Deion, las cosas están muy claras: la unidad se hará con FO y no con la CFTC. Pero la central reunificada

104 Editions sociales. Prólogo de Georges Cogniot. ¡Este libro «sindical» se refiere... a la Declaración de los partidos comunistas y obreros de noviembre de 1960, en Moscú!

105 Capítulo «¡El Vaticano vigila... y ordena!» (págs. 82 a 88).

106 Capítulo sobre «La tentativa fascista de abril de 1961» (páginas 88 y 89).

acogerá con el mayor placer a los «antiguos» sindicados de la CFTC.¹⁰⁷

Sin duda el librito de Deion no compromete a la CGT en tanto que sindicato, cuyos dirigentes nacionales son más prudentes. La actitud de Deion, secretario general de federación y miembro de la CA, es, no obstante, típica de los cuadros de la antigua CGTU, que no supieron ver a tiempo que la CFTC de 1960 poco tenía que ver con la de 1930. Al ejercer una presión constante sobre la dirección confederal para que los problemas de la unidad sean examinados sólo en función de FO, estos cuadros han hecho perder un tiempo precioso a la CGT y han causado un daño innegable a la clase obrera.

El Congreso de 1964, en que la CFTC se transformó en CFDT abandonando resueltamente toda referencia religiosa, colocó, evidentemente, a la CGT frente a una situación nueva. El hecho de que una minoría débil, pero no totalmente despreciable, de la CFTC rehusara inclinarse ante las decisiones del Congreso prefiriendo la escisión («CFTC mantenida») probada con toda evidencia que la creación de la CFDT no era una «maniobra» del Vaticano sino que correspondía a una evolución interna objetiva y profunda. Desde este punto de vista, la creación de la CFDT marca un giro muy importante en la historia del movimiento sindical francés: éste, aunque siempre dividido, vuelve a sus orígenes en el sentido de que toda interferencia confesional y religiosa ha terminado en lo sucesivo.¹⁰⁸

107 Subrayado por mí, A.B.

108 Obsérvese que en 1968 desaparece el M.R.P. (partido de centro derecha, de inspiración católica). A diferencia de países como Italia, Alemania o Bélgica, Francia no ha asimilado verdaderamente nunca el «cristianismo social», ni en el plano político ni en

Esta vez, la CGT tuvo que rendirse a la evidencia: la antigua CFTC se había convertido en una auténtica central sindical, libre de toda atadura religiosa, sin vinculación con ningún partido político, fuerte gracias a la confianza de varios cientos de miles de trabajadores, entre los cuales cabía contar a numerosos «jóvenes», y sólidamente implantada en la mayoría de las grandes empresas del país.

Desde entonces, el problema de la unidad adquiría un aspecto nuevo y peligroso para la CGT. En efecto, si la desconfesionalización de la CFTC convertida en CFDT eliminaba el primer obstáculo al acercamiento entre la calle La Fayette y la plaza Montholon, lo mismo cabía decir de las tradicionales prevenciones de Fuerza Obrera con respecto a la CFTC¹⁰⁹. La posibilidad, durante mucho tiempo quimérica, de la creación de una nueva gran central sindical que agrupase a la CFDT y FO constituía para la CGT una eventualidad peligrosa que no podía ignorarse por más tiempo. Para la CGT, el peligro, por otra parte, era tanto mayor cuanto que la Federación de la Izquierda Democrática y Socialista (F.G.D.S.) se interesaba muy de cerca por una tal eventualidad que, de haberse producido, habría permitido reagrupar en el plano político y sindical al conjunto de la izquierda no comunista. Consciente del peligro, consciente también de la inutilidad de los esfuerzos dirigidos hacia FO, la CGT decidió finalmente cambiar de rumbo. Esta vez el cambio fue resuelto y franco: en lo sucesivo, la CGT iba a orientar su

el sindical. En cuanto a la «CFTC mantenida» su audiencia es muy reducida.

109 Sin duda, el anticomunismo de FO la había conducido en el pasado a acercarse en varias ocasiones a la CFTC, pero el virulento anticlericalismo de ciertos dirigentes FO impedía todo acercamiento duradero y profundo. Los acuerdos FO–CFTC fueron siempre tácticos y ocasionales.

táctica unitaria hacia la CFDT, y no hacia FO. Inversamente, esta táctica encontró un eco favorable en la CFDT, la mayor parte de cuyos militantes apreciaban la fuerza y el dinamismo de la CGT al mismo tiempo que el valor, la entrega y el desinterés de sus cuadros y afiliados.

No cabe duda, en este asunto, que hubo una atracción recíproca entre el idealismo de origen cristiano y el idealismo de origen comunista, ambos bastante alejados de los comportamientos en general más pragmáticos de Fuerza Obrera.

La CGT y la CFDT atravesaban una importante etapa al firmar el 10 de enero de 1966 un acuerdo que iba a ser el origen de grandes esperanzas y al mismo tiempo de importantes éxitos reivindicativos.

He aquí el texto íntegro de este acuerdo:

«La CFDT y la CGT han realizado una segunda reunión, el lunes 10 de enero de 1966.

Después de haber confrontado sus puntos de vista, han hecho constar su acuerdo acerca de los siguientes objetivos de lucha:

Mejora del poder adquisitivo, de las condiciones de vida y de trabajo:

– Negociación de los salarios reales y de las condiciones de trabajo, en especial de la reducción de la jornada de trabajo en todos los sectores: público, nacionalizado y privado;

supresión de los desequilibrios regionales y acción contra las diferencias regionales de salarios;

mejora del poder adquisitivo de las categorías desfavorecidas: trabajadores a S.M.I.G.¹¹⁰, familias, personas mayores, inválidos, etc.;

indemnización contractual del paro parcial;

defensa y mejora de la Seguridad Social y de los regímenes de retiro complementarios.

Defensa y extensión de los derechos sindicales en las empresas (inmunidad sindical de los delegados, derecho de reunión, de fijación de carteles, de colecta de las cotizaciones, y de difusión de la prensa sindical).

Reducción de los gastos improductivos, con vistas al incremento de las inversiones públicas respondiendo a las necesidades de alojamiento, de educación y de salud de la nación.

Garantía del derecho de empleo, mediante el establecimiento de nuevas industrias con responsabilidad y financiamiento públicos.

Reforma del sistema tributario, que debe traducirse principalmente en la disminución de la carga fiscal que pesa sobre las rentas bajas, en una progresión de los impuestos en función del nivel y de la naturaleza de las rentas, y en

110 Salaire minimum interprofessionel garantí (Salario mínimo interprofesional).

posibilidades reales de acción contra el fraude.

La CGT y la CFDT aseguran su apoyo a sus federaciones del sector nacionalizado que consideren que las tramitaciones Toutée-Grégoire no son más que una caricatura de verdaderas negociaciones que infringen las reglas estatutarias y acuerdos anteriores.

Por otra parte, han previsto una reunión de los comités de acción y de enlace de los sectores público y nacionalizado.

La CGT y la CFDT han decidido volverse a encontrar para precisar, en el cuadro de los objetivos definidos, los métodos y medios de acción.»

Aunque redactado en términos generales, este acuerdo iba más allá del estricto dominio reivindicativo habitual. Con la alusión a la necesidad de implantar nuevas industrias financiadas por el Estado, la CGT daba un paso importante hacia las concepciones de la CFDT en lo concerniente a la ordenación del territorio y la banca nacional de inversiones.

Además, el acuerdo CGT-CFDT tenía el mérito, en el plano puramente reivindicativo, de establecer una clara jerarquía de objetivos. Este acuerdo permitió un nuevo impulso de la acción reivindicativa, en particular frente a la CNPF que, por primera vez desde muchos años, se vio obligada a recibir a la CGT (15 de marzo de 1966). Era el principio de toda una serie de acciones que, en el transcurso de los meses siguientes, iba a obligar a la patronal a firmar los acuerdos sobre la indemnización del paro parcial.

Al hacer tomar conciencia a los trabajadores de su fuerza, las «jornadas nacionales de acción» como las del 17 de mayo y del 23 de noviembre de 1966 así como la del 1 de febrero de 1967 jugaron ciertamente un papel en la maduración en profundidad del movimiento de mayo de 1968.

Pero en el plano político es donde el acuerdo CGT-CFDT tuvo, en definitiva, la mayor resonancia. En ocasión de un debate organizado por La Nueva Crítica (mayo de 1967) Eugéne Descamps, secretario general de la CFDT, se explica con mucha franqueza:

«El acuerdo, por la nueva dimensión que ha dado a las luchas, ha permitido a los trabajadores darse cuenta de la necesidad de un cambio de política. Por otra parte ha disipado los prejuicios anticomunistas en ciertos medios sobre los cuales ejercemos nuestra influencia. La segunda vuelta de las elecciones ha sido el signo de esta mayor conciencia de clase, de la que antes he hablado. A este respecto, dejadme decir que la responsabilidad de los leninistas es particularmente importante para el futuro de la unidad. Por el modo de comportarse al acoger a los que en el segundo turno acaban de dar un paso difícil, a veces en el último minuto, consolidarán o debilitarán la poderosa corriente actual.»

Abierto a FO así como a la FEN¹¹¹, el acuerdo CGT-CFDT fue rechazado por estas dos organizaciones. La FEN se obstinó en pretender que, no siendo la CFDT más que un camuflaje de la CFTC, considerar una acción común con ella sería traicionar el

111 Fédération d'Education National.

laicismo. A pesar de los innegables resultados obtenidos por el acuerdo de 10 de enero de 1966, cierto desánimo comenzó a evidenciarse durante la segunda mitad de 1967 y a principios de 1968. En efecto, por una parte el acuerdo no impidió que se produjeran algunos choques entre ciertas federaciones de la CGT y de la CFDT: fue, en particular, el caso del E.D.F. a propósito de concepciones muy distintas en materia de escala de los salarios. Por otra parte, y sobre todo, las tergiversaciones persistentes entre el PCF y la F.G.D.S. en lo que concierne al establecimiento de un verdadero programa común de la izquierda en Francia¹¹² mostraron los límites de la unidad sindical. Esta unidad, es cierto, no era orgánica y no se extendía a FO: concernía, no obstante, a las dos organizaciones sindicales francesas más importantes¹¹³ y era legítimo, a priori, esperar que el acuerdo del 10 de enero tuviera mayor efecto de inducción.

Naturalmente, es imposible imaginar lo que habría sucedido en caso de existir una verdadera unidad sindical. No obstante, se puede estimar que la importancia del acontecimiento habría sido menor que la de un acuerdo previo completo entre todos los partidos de izquierda. De todas formas, todo el mundo pensaba a fines de 1967 y a principios de 1968 que un «nuevo lanzamiento político» se hacía indispensable para dar un segundo aliento al acuerdo CGT–CFDT.

En ausencia de este relevo, el acuerdo parecía haber agotado

112 El conflicto árabe–israelí (junio de 1967) pone en evidencia, escandalosamente, las profundas divergencias de la izquierda en materia de política exterior.

113 Recordemos que la CGT y la CFDT, juntas, influyen sobre más de las cuatro quintas partes de los trabajadores en el período de las elecciones profesionales.

casi todas sus posibilidades cuando sobrevinieron los acontecimientos de mayo y junio de 1968 que trastornaron los datos del problema.

El acuerdo del 10 de enero de 1966 sigue siendo, no obstante, una etapa esencial del sindicalismo de posguerra: en lo sucesivo el problema de la unidad ha dejado de plantearse únicamente entre dos organizaciones¹¹⁴, interesa fatalmente a tres centrales, lo cual multiplica más que por dos las combinaciones posibles.

Por otra parte, si este acuerdo ha facilitado en gran medida la unidad de acción entre las dos centrales, no parece en modo alguno que la unidad orgánica haya progresado, por poco que sea, en el curso de los últimos años. Un formidable movimiento como el de mayo no ha tenido ninguna influencia –al contrario– en este sentido.

El examen objetivo del período 1947–1968 da razón a las tesis de Pierre Le Brun por lo menos sobre un punto esencial: la unidad orgánica es una realidad cualitativamente diferente de la unidad de acción. Se trata de un terreno en el que la teoría hegeliana y marxista de la transformación de lo cuantitativo en cualitativo no se aplica necesariamente. No sólo cada acción no siempre origina una acción ulterior más importante sino que toda nueva acción puede poner en entredicho los resultados obtenidos anteriormente y desembocar en una degradación de la situación.

Así, sin subestimar en absoluto la importancia decisiva y a

114 Toda vez que (recordémoslo) FO y la CGT dejaron de lado a la CFTC.

veces incluso vital de la unidad de acción, la experiencia demuestra que no será posible llegar a la unidad sindical –no escribimos la «reunificación sindical»– sin un estudio serio de todas las condiciones específicas de la unidad orgánica. Entre estas condiciones, es evidente que los problemas políticos deben abordarse de frente y sin hipocresía. En todo caso, la unidad no se realizará más que en la medida en que los protagonistas dispongan de garantías estatutarias, y sea severamente proscrito todo intento, incluso indirecto, de subordinación a cualquier aparato político.

XI. LA CGT Y EL PARTIDO COMUNISTA

En el ánimo de muchas personas, es una evidencia que la CGT no es más que la prolongación sindical del Partido Comunista Francés.

De hecho, las cosas están muy lejos de ser tan simples: las relaciones, evidentes, que la CGT mantiene con el PCF son complejas y movedizas. No se reducen a unas relaciones de dominación y subordinación.

Para empezar, la CGT agrupa alrededor de dos millones de sindicados, es decir un número de afiliados de seis a siete veces superior al del PCF. Ahora bien, el partido comunista agrupa un gran número de militantes no asalariados (agricultores, artesanos, comerciantes, miembros de las profesiones liberales, etc.) que no son sindicables. En estas condiciones –y en la hipótesis más amplia– el número de leninistas de la CGT no sobrepasa del doce o quince por ciento.

Es verdad que, sin estar inscritos en el PCF, un gran número de obreros sindicados simpatizan con el partido comunista y votan

por él en las elecciones. Junto a los leninistas propiamente dichos, esta masa de simpatizantes confiere a la CGT una «coloración» muy particular que la distingue radicalmente de las otras centrales sindicales. Pero la CGT agrupa también a numerosos trabajadores socialistas y socializantes. Sería un grave error imaginar que en la escisión de 1947 todos los militantes socialistas de la CGT fueron a incorporarse a FO: el mantenimiento en bloque de la CGT de la Federación del Libro es la mejor prueba de ello.

Muchos trabajadores cristianos –incluyendo militantes formados por la JOC o sacerdotes obreros– están asimismo afiliados a la CGT que, desde hace algunos años, acoge también a cierto número de militantes del P.S.U. (Partido Socialista Unificado).

Finalmente, pese a ser en general poco llamativa, la vieja corriente anarquista no ha desaparecido completamente y todavía se manifiesta en ciertas regiones (Loire-Atlantique, por ejemplo).

Otro error muy frecuente consiste en pensar que todos los dirigentes de la CGT son comunistas o, en rigor, leninistas camuflados, «criptos».

En el momento de la escisión, como hemos visto, varios importantes dirigentes, amigos y colaboradores de Léon Jouhaux, como Ehni, Jayat, Le Brun, Le Leap y Saillant, permanecieron adictos a la CGT en donde siempre demostraron la mayor libertad.

Por otra parte, ciertos dirigentes leninistas de la CGT (y no los

menos importantes), como Frachon o Monmousseau (fallecido en 1960), eran o son, ante todo, sindicalistas. Su fidelidad absoluta al Partido no hace de ellos unos «apparatchiks»: no son burócratas «enchufados» en el sindicato, sino hombres de fuerte personalidad que no aceptan fácilmente las «consignas» y que saben, llegado el caso, hacer escuchar en el seno del Partido las opiniones del sindicato. En este sentido, la acumulación de cargos políticos y sindicales no es necesariamente un mal: incluso es posible imaginar que, siendo miembro de la oficina política del PCF, el secretario general de la CGT podría resistir mejor, llegado el caso, ciertas injerencias del Partido que si fuera un simple militante de base.



Gaston Monmousseau

Con estas importantes salvedades, nadie puede negar que la influencia de un partido como el PCF es preponderante en la CGT

¿Cuáles son las causas? La primera es, sin duda, el mayor dinamismo de los militantes leninistas en la base.

Obrero profesional, con una formación con frecuencia superior a la media, el militante comunista añade a sus cualidades de entrega una gran paciencia: nunca pierde los estribos. Incluso si ignora la frase de Lenin, sabe que «no hay que hacer de la propia impaciencia un argumento teórico». Igual que Thorez, sabe también que «hay que ser unitario por partida doble».

La segunda razón –muy relacionada con la anterior– proviene de una cierta inhibición de los militantes y dirigentes no comunistas frente al PCF.

A pesar de múltiples errores y de «giros» imprevistos, el PCF ha conseguido poco a poco forjar la idea del Partido «cuya única equivocación es tener razón antes que los demás» (M. Thorez). Múnich, la Resistencia, la guerra de Indochina, el imperialismo americano: son hechos que confirman a los militantes que el Partido había sido el primero en tener una visión clara. ¿Cómo no habría sido el primero en ver si es el único partido que posee una brújula científica, la del marxismo-leninismo?

Evidentemente, numerosos acontecimientos como la desestalinización, Hungría, el voto de los poderes especiales durante la guerra de Argelia, la denuncia y luego la rehabilitación de Tito, el cisma chino, la invasión de Checoslovaquia han sido duros golpes para el dogma de la infalibilidad leninista. Pero si el dogma se desmorona, el mito incluso debilitado subsiste todavía. Lo suficiente, en todo caso,

para que los dirigentes cegetistas que no pertenecen al PCF no se sientan, en el fondo de sí mismos, dirigentes únicos. Impresionados, asimismo, por los adversarios que les tratan de simples comparsas, estos dirigentes se han empeñado durante mucho tiempo en demostrar a los comunistas que, al igual que ellos, estaban en «la línea»: con esta actitud, tales dirigentes (excepto Pierre Le Brun y algunos otros) han sido a menudo «más estalinistas» que los propios comunistas de forma que frecuentemente les han desorientado.

En tercer lugar, si la CGT en cuanto tal observa una paridad formal entre dirigentes comunistas y no comunistas, no es así en el seno de las diversas federaciones y de las uniones departamentales donde, salvo raras excepciones, los leninistas tienen amplia mayoría.

Finalmente, la casi totalidad de los colaboradores técnicos de la Oficina confederal son comunistas. Tienen en este punto una gran responsabilidad los dirigentes no leninistas que siempre se han desinteresado más o menos de la cuestión y que han aceptado, para ellos mismos, tener colaboradores miembros del Partido.

En este caso, los colaboradores en cuestión están entre los más cualificados. Los dirigentes no leninistas no han hecho nada en particular para evitar que la sección de organización de la CGT, que controla toda la vida interior de la central, sea situada bajo el control exclusivo de los dirigentes y colaboradores del PCF.¹¹⁵

115 A diferencia de B. Frachon, L. Mauvais (que controla la organización de la CGT) es

A estas razones específicas hay que añadir que, al luchar tanto el PCF como la CGT por análogos objetivos, en materia social principalmente, era y sigue siendo muy normal que sus posturas coincidan a menudo, lo cual no implica ninguna «alineación».

El examen de ciertas actitudes más o menos espectaculares adoptadas por la CGT nos permitirá ahora analizar con más detalle estas relaciones Partido-Sindicato.

El período comprendido entre 1949 y 1953 es sin duda uno de los más aleccionadores en este sentido. Este período, caracterizado por la progresiva puesta en marcha del plan Marshall, la firma del Pacto Atlántico (4 de abril de 1949), la explosión de la primera bomba «H», la guerra de Corea y la intensificación de la guerra en el Vietnam, ha sido particularmente crítico para la paz mundial: en varias ocasiones la «guerra fría» ha estado en peligro de degenerar en una nueva guerra mundial.

Al luchar por la paz, la CGT permanecía fiel a una tradición constante del movimiento obrero y sindical francés: la CGT anterior a 1914, en particular, nunca cesó de denunciar, en términos a veces extremadamente violentos, las conquistas colonialistas francesas en Marruecos y la política de rearme a ultranza.

No obstante, un honesto examen retrospectivo de este

un típico burócrata. Antiguo miembro del Politburó y secretario del PCF, dirigía también la famosa Comisión de control político. Él fue quien «controló» a André Marty y Auguste Lecoeur. Se «enchufó» en la Federación del alumbrado, convirtiéndose rápidamente en dirigente, lo que permitió a esta Federación proponerlo para su ascenso a la Oficina confederal.

período muestra que las causas de la tensión internacional no procedían únicamente y siempre de un solo campo. Las revelaciones hechas por N. Krutchev en 1956, en el XX Congreso del PCUS, proyectan una luz a veces siniestra sobre la política de la Unión Soviética en esta época. Pero si el Partido Comunista Francés, al apoyar a fondo y de forma «incondicional» la política estalinista en sus mínimos detalles, asumía las responsabilidades que estimaba como suyas, es cierto que la CGT, siguiendo a su vez todas las variaciones de esta política, practicaba una política que no era la de una organización sindical de masas.¹¹⁶

Así, por ejemplo, Benoît Frachon no duda en declarar delante del XXVIII Congreso confederal (junio de 1951) no sólo que «la satisfacción de las reivindicaciones legítimas de la clase obrera, la realización de un programa económico como el nuestro exigen una lucha encarnizada para la defensa de la paz, sino también que «es *imposible* consolidar, por poco que sea, el *menor* éxito en la lucha reivindicativa sin obtener conjuntamente éxitos en la defensa de la paz».¹¹⁷

Con tal orientación, los militantes de la CGT descuidaron paulatinamente la acción reivindicativa para dedicarse casi exclusivamente a las diferentes formas de lucha política, no sólo

116 El PCF, en aquella época, no escondía sus opciones ideológicas: «Camaradas: Nuestra ambición es ser esgrimistas. Pero, debemos dar muestras de modestia, conscientes del camino que hemos de recorrer para imbuirnos totalmente de las enseñanzas de Stalin. En lugar de proclamar con presunción que “somos estalinistas”, estaremos más cerca de la verdad si decimos que “nos esforzamos y nos esforzaremos, con más energía que nunca, en ser estalinistas”.» (J. Duclos, «Ser estalinista», conferencia presentada el 23–12–1949 ante los grupos parlamentarios comunistas, editada por France nouvelle).

117 El subrayado es mío, A.B.

«en pro» de la paz en general, sino también contra todos los aspectos de la política gubernamental. La CGT, que en mayo de 1968 hizo todo lo posible para limitar el movimiento a un marco exclusivamente reivindicativo y denunció con el mayor vigor los peligros de aventurismo y los riesgos de represión armada, no dudó, entonces, en emprender una serie de acciones políticas enérgicas llegando hasta parar la fabricación de armamentos en los arsenales de Tarbes, Brest, Lorient y Toulon.

En 1950, hay más de 1.500 paros laborales con vistas a desorganizar los transportes militares o a contener las producciones directa o indirectamente utilizables para la guerra.

Esta lucha por la paz está dirigida de forma absolutamente unilateral contra los americanos. Por ejemplo, la CGT adopta sin restricción la tesis, discutible, del PCF sobre la agresión de los Estados Unidos en Corea. En 1966, Bruhat y Piolot describirán así el comienzo de la guerra de Corea: «El 25 de junio de 1950 se inició la guerra de Corea. Al Sur y al Norte del paralelo 38 habían sido creados dos Estados. Corea del Norte (República Popular de Corea) se convertía en una democracia popular, en tanto que el Estado coreano del Sur (dirigido por Syngmann Rhee) estaba sostenido por los Estados Unidos y la China nacionalista. Las fuerzas armadas americanas intervienen bajo el amparo de la O.N.U. y en octubre de 1950 atraviesan el paralelo 38 en dirección al Norte». Los días 23 y 28 de mayo de 1952 la CGT, el PCF y el Movimiento de la Paz organizan violentas manifestaciones contra la llegada a París del general americano Ridgway. Antiguo comandante en jefe en Corea, este general es acusado por los comunistas chinos de haber efectuado contra China una tentativa de guerra bacteriológica por medio de

insectos vectores. Esta acusación, que jamás ha sido comprobada (y que por otra parte parece haber sido abandonada) desencadena una formidable tempestad: contra «Ridgway-la-peste», la CGT moviliza todas sus fuerzas, lo que sirve de pretexto al gobierno para acusar a la dirección confederal de complot contra la seguridad del Estado, encarcelar a Le Leap y perseguir a Frachon.

Pasado el tiempo, parece poco dudoso que durante todos estos años la CGT ha seguido consignas estalinistas no sólo en su espíritu sino también en su letra. En el informe presentado al XXVIII Congreso, ya citado anteriormente, Benoît Frachon no se contenta, por ejemplo, con hacer un llamamiento para el refuerzo de la lucha contra la guerra del Vietnam: pide además «millones de firmas de obreros y pronto» para «exigir la reunión de las cinco grandes potencias para la firma de un tratado de paz». Indica que «decenas de millares de trabajadores de toda Francia deben ser elegidos para participar en la gran reunión de los partidarios de la paz el 15 de julio». Pide la constitución de Comités de paz en las empresas. Sin aparente temor a los carros de combate, apela finalmente a la lucha de masas para enviar las tropas americanas a sus casas:

«Si hacéis esto, vuestra lucha contra la producción y el transporte de este material (de guerra) alcanzará suficiente fuerza, y la acción particular de los trabajadores directamente interesados estará suficientemente sostenida para resistir con éxito la represión. En este caso, la lucha obtendrá la victoria. Y es un deber imperioso llevarla a cabo con valor y abnegación. Igualmente debemos participar en la acción de masas para que la presencia de las tropas

americanas en nuestro territorio se haga imposible. Es necesario que el nuevo ocupante regrese a su país, como los ocupantes nazis fueron obligados a regresar a sus guardias.»

Así, entre 1949 y 1953 (a pesar de ciertas precauciones de estilo) la CGT abandona cada vez más la acción reivindicativa cotidiana para lanzarse, en nombre de un ideal elevado de lucha por la paz, a luchas que prácticamente resulta imposible distinguir de las que organiza por su parte el PCF.

El resultado de estas acciones es paradójico. Al «adherirse» cada vez más al PCF, la CGT se aleja todavía más de la FO y de la CFTC, pero también (y sobre todo) de las masas que no «siguen». La manifestación, muy dura, del 28 de mayo de 1952 contra «Ridgway-la-peste» es el hecho de una minoría activista bien organizada pero sin vinculación con el conjunto de la población trabajadora. En estas condiciones, la CGT pierde, año tras año, la mayoría de sus afiliados. Contrariamente a lo que se ha venido diciendo, la caída brusca de sus efectivos no se produjo en 1948, al día siguiente de la escisión, ni siquiera en 1949 en el que el número de afiliados no se modificó, sino a partir de 1950 y hasta 1954. Pero, paradójicamente, en la misma medida en que los sindicatos CGT de base prácticamente no se ocupaban más que de los problemas de política exterior, los leninistas ya no tenían nada que hacer en las células de empresa ya que el sindicato se bastaba para todo. Por un giro dialéctico extremadamente curioso, la teoría de la «correa de transmisión» se invertía: ¡por haber politizado en extremo al sindicato, el Partido no conseguía que sus propias organizaciones (ya inútiles) tuvieran vitalidad en las empresas!

A los sindicatos abandonados por las masas por haberse identificado demasiado con las células del PCF, correspondían las células abandonadas por los comunistas por hacer doble empleo con los sindicatos...

Frente a esta situación cada vez menos satisfactoria, el PCF reaccionó dejando de lado, casi de un día para otro, las preocupaciones de política exterior: de golpe, las cuestiones reivindicativas ocuparon el puesto de honor. Este «giro» espectacular fue llevado a cabo bajo la dirección personal de Maurice Thorez que, a su regreso (abril de 1953) de la Unión Soviética (donde se había curado de un ataque de hemiplejía), había podido constatar hasta qué punto las exageraciones del PCF y su política de extrema vanguardia lo habían separado momentáneamente de las masas. En marzo de 1954, Maurice Thorez comienza, en los *Cahiers du communisme*, la publicación de artículos teóricos concernientes a la miseria relativa y absoluta de los trabajadores franceses.¹¹⁸

A pesar de ciertos argumentos discutibles y exagerados, los artículos de Maurice Thorez tenían el mérito de situar de nuevo los problemas reivindicativos en una óptica teórica fundamental, e independientemente de las fluctuaciones de la coyuntura económica y política.

Desgraciadamente, el «garrotazo» fue tal que ocasionó nueva

118 La cuestión del empobrecimiento, inseparable de la acumulación capitalista, es compleja: supone un estudio profundo de las variaciones históricas del valor de la fuerza de trabajo y, en consecuencia, de las nuevas necesidades objetivas. Esta cuestión ha sido deformada y caricaturizada tanto por ciertos marxistas «ortodoxos» como por los adversarios profesionales del marxismo. Me permito remitir al lector a mi libro *Qu'est-ce que la paupérisation?* (Ed. sociales).

confusión en el interior de los sindicatos. Numerosos dirigentes presentaron entonces el empobrecimiento como un proceso lineal inexorable y continuo. ¡Frente a tal degradación permanente del poder adquisitivo de los trabajadores, era legítimo preguntarse sobre la utilidad de los sindicatos! ¡La forma en que la CGT suscitó este problema fue tanto más penosa cuanto que lo hizo en un momento (1955) en que el desarrollo sin inflación había permitido a los trabajadores obtener importantes aumentos de sus salarios reales!

Mecánicamente calcados de los del PCF, los análisis de la CGT causaron entonces un cierto desorden en las filas de la clase obrera. A pesar de todo, esta nueva orientación tuvo el mérito de poner de nuevo el énfasis sobre los problemas reivindicativos. En este sentido, la campaña acerca del «empobrecimiento», aunque muy exagerada en la forma, entroncaba con la acción sindical tradicional: no es menos cierto que se trataba de una campaña «inducida» por parte de la CGT en función de la nueva orientación adoptada por el PCF a partir de 1954.

Si a esto añadimos la forma en que la CGT había sido obligada a abandonar su propio programa económico¹¹⁹, no se puede negar que a pesar de la resistencia opuesta en aquella época por ciertos dirigentes no leninistas y también, muy probablemente, por Benoît Frachon, la CGT sólo practicó durante mucho tiempo una política estrechamente calcada de la del P.C.F.

A partir de 1955–56, por el contrario, se inicia un cierto cambio. Con la crítica abierta de los «errores» e incluso de los

119 Véase el capítulo «La CGT y la Planificación».

«crímenes» de Stalin, hecha por Kruschev, el mundo estalinista se conmueve seriamente. Frente a una crisis sin precedentes, los dirigentes leninistas pierden algo de su soberbia, en tanto que sus «compañeros de viaje» comienzan a plantearse cuestiones y se liberan progresivamente de su obligada lealtad incondicional. Simultáneamente, la consolidación (precaria pero real) de la paz, autoriza poco a poco una visión menos frenética de los problemas. En el propio seno de la CGT dirigentes tales como Alain Le Leap y Pierre Le Brun expresan sus reservas con una fuerza creciente.

Su audiencia es tal que, en el momento de la intervención soviética en Hungría (noviembre de 1956), la CGT, como Confederación, adopta una actitud resueltamente independiente del PCF y deja que funcione la autonomía estatutaria de las diversas federaciones¹²⁰, sin pronunciarse ella sobre el fondo de una cuestión que divide demasiado a los trabajadores.

A partir de esta época, las posiciones específicas de la C.G.T. se afirman cada vez más, en tanto que el PCF multiplica los esfuerzos para salir del «ghetto». La lucha contra la continuación de la guerra de Argelia, la O.A.S. y el régimen gaullista de poder personal, aproxima cada vez más a la CGT, el PCF, la F.G.D.S. y la CFDT. En estas condiciones de convergencia, es difícil discernir el primunt movens de tal o cual actitud.

Contrariamente a ciertas afirmaciones, la toma de posición de

120 Por ejemplo, la Federación metalúrgica (CGT) aprobará la intervención soviética para aplastar la «contrarrevolución», mientras que la Federación del libro (CGT) estigmatizará lo que considera una agresión de la URSS.

la CGT en favor de François Mitterrand, como candidato único de la izquierda a la presidencia de la República, no demuestra ninguna subordinación al PCF.

Contrariamente, también, a la opinión de Pierre Le Brun (que no oculta sus simpatías gaullistas en materia de política exterior), la actitud de la CGT está de acuerdo en todos sus puntos con el espíritu y la letra del Preámbulo de Toulouse. No obstante, este retorno indiscutible de la autonomía es precario. En junio de 1967, en el XXXVI Congreso, Benoît Frachon que acaba de ser elegido presidente de la CGT (Georges Séguy se convertiría en secretario general) se deja arrastrar, con ocasión de su discurso de clausura, por unas afirmaciones de una violencia inaudita contra... Israel. Concediendo a los problemas reivindicativos una importancia relativamente menor, Frachon se enfurece contra aquellos franceses que piensan que Israel no es el agresor. Calificando la ceremonia realizada en el Muro de las lamentaciones de «saturnal», afirma que «el espectáculo hacía pensar, como Fausto, que Satán conducía el baile». Perdiendo completamente su sangre fría, estigmatiza «este desencadenamiento de ignominias en las que se manifiestan instintos de primates, resurgir de los tiempos en que el hombre estaba en el alba de su conciencia y luchaba todavía contra las tinieblas...».

Sin duda puede pensarse que la propia exageración de estas afirmaciones de un dirigente que abandonaba más o menos voluntariamente el puesto que ocupaba desde hacía veintidós años, reducía sensiblemente su alcance. Estas declaraciones revelaban el «resurgir» de una alineación de hecho con los aspectos más controvertibles de la política exterior del PCF.

Acogidas con extrañeza por el Congreso y con consternación por los colaboradores más próximos de la Oficina confederal, estas declaraciones, sin la menor duda, fueron detenidamente examinadas por la CFDT. No es una casualidad que el «enfriamiento» entre la CGT y la CFDT suceda, precisamente, en la segunda mitad de 1967. Los acontecimientos de mayo, evidentemente, iban a replantear con nueva fuerza la cuestión de las relaciones entre la CGT y el PCF. Volveremos sobre este tema.

La conclusión de este examen de una cuestión tan difícil es que la CGT, estrechamente controlada desde la cúspide y animada desde la base por el PCF, no es una organización «leninista». Cuando se han producido acontecimientos decisivos, la CGT ha sabido, a veces, tomar posiciones independientes y originales. Algunas de sus federaciones (Federación del libro, Federación de los marinos, Federación de los oficiales de la Marina mercante) y de sus sindicatos han adoptado frecuentemente posiciones autónomas, incluso contrarias a las de la dirección confederal.

En el seno de dicha dirección, ciertos dirigentes no comunistas han desempeñado un papel valeroso y eficaz. Otros dirigentes leninistas (como Benoît Frachon en ciertos períodos) han conseguido evitar lo peor.

No cabe duda de que se hubieran podido obtener y se podrían obtener unos resultados mucho más sustanciales en el sentido de una mayor independencia si, a todos los niveles, los dirigentes no leninistas se liberaran del complejo de inferioridad que todavía experimentan frente al PCF y sus militantes.

Bastaría para ello que estos dirigentes se apoyaran resueltamente y constantemente en los estatutos de la CGT; que exigieran que la paridad respetada en el seno de la Oficina confederal lo fuera igualmente en todos los servicios internos de la Confederación y, en particular, en el interior de los servicios de organización; que exigieran asimismo que *La Vie ouvrière* no fuese más el dominio reservado de los militantes comunistas y, recíprocamente, que éstos tuvieran a bien ocuparse de la difusión de *Le Peuple*.

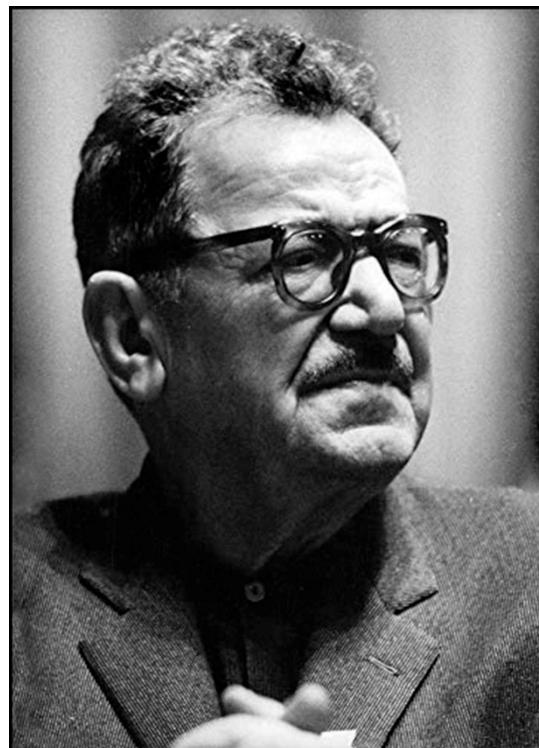


Finalmente, sería necesario que una cifra considerable de nuevas adhesiones (adhesiones de trabajadores jóvenes especialmente) viniera a alterar las costumbres desde la base para que la CGT adquiera un nuevo aspecto.

Su semblante actual, en todo caso, no debe engañarnos: ninguna central sindical escapa ni puede escapar a la tentación de los partidos políticos y de las presiones exteriores. En este plano ninguna es lo suficientemente «pura» para dar lecciones, sin hipocresía, a la CGT. Como ha escrito el mismo Pierre Le Brun, a pesar de todos los ataques de que ha sido objeto, la CGT,

la «vieja casa», sigue siendo, «digan lo que digan, la más libre, la más representativa y la más combativa de las organizaciones obreras».

La solución, en este terreno como en muchos otros, no es poner etiquetas ni reemplazar la argumentación por epítetos, y mucho menos por injurias. La solución está en una definición nueva del sindicalismo en la sociedad actual.



Benoît Frachon

XII. LA CGT Y LA ESTRATEGIA DE LAS LUCHAS

La CGT nunca ha codificado sus principios de lucha. No hay una estrategia oficial en la calle La Fayette, 213.

No obstante, en la medida en que esta estrategia existe, sus principios sólo pueden desprenderse de las posiciones de la CGT con respecto a la unidad y, sobre todo, de sus actitudes concretas en el momento de los principales movimientos reivindicativos o de otros movimientos.

En lo concerniente a la unidad, hemos visto que para la CGT todo emana de la concepción del sindicato en tanto que organización de masas y de clase.¹²¹

Esta concepción se opone (en teoría) a las ideas reformistas que tienden a limitar la acción a las cuestiones reivindicativas exclusivamente (cuestiones «económicas» en el lenguaje de la CGT). Se opone, más claramente, a las concepciones de las

121 Léon Mauvais, *Le syndicalisme de masse* (Conferencia pronunciada el 2–12–1960 ante los militantes parisienses del ramo de empleados; edición del Centro confederal de educación obrera).

minorías activistas y a la subestimación de las reivindicaciones inmediatas (concepciones «anarcosindicalistas» según la CGT). Criticando a los anarco-sindicalistas, Léon Mauvais declara:

«Esto les conduce (a los anarco-sindicalistas) a negar el valor de los movimientos que, aunque sean parciales, revisten un carácter de masa, movimientos parciales que crean las condiciones del movimiento de la unidad, las condiciones de movimientos de conjunto, de movimientos más extendidos y que realmente pueden generalizarse.

Nuestra concepción, por el contrario, se inspira en la idea capital de que *es posible y necesario realizar la unidad de acción*, arrastrar al conjunto de los trabajadores interesados por las acciones, incluso limitadas, siendo la condición esencial que tales acciones tomen un carácter de masa». ¹²²

León Mauvais precisa que estas acciones, naturalmente, están a la vez dirigidas contra los explotadores capitalistas y contra el Estado-patrono, con vistas a «acelerar la abolición del sistema del salariado». La lectura atenta del libro de Léon Mauvais demuestra que los diversos movimientos que emprende la CGT poseen siempre, además de los objetivos particulares que se proponen alcanzar, una finalidad más general que es la de la unidad en y por la acción.

Dicho de otro modo, cuando la CGT se esfuerza en poner en marcha una gran jornada de acción como, por ejemplo, la del 1º de febrero de 1967, busca menos (en cierto sentido) obtener un éxito rotundo frente al gobierno o a la patronal que arrastrar en

122 El subrayado es mío, A.B.

una misma lucha espectacular a las demás organizaciones sindicales. De esta forma espera que los lazos entre los militantes se estrecharán en la preparación del movimiento y luego en la acción. Cuenta con el hecho de que, al volverse a continuación el gobierno y el patronato no sólo contra la CGT sino también contra sus asociados eventuales, éstos serán conducidos de nuevo al encuentro con la CGT para organizar un frente común de defensa y preparar de forma unitaria el contraataque ulterior.

La autocritica de Benoît Frachon ante el XIII Congreso del PCF en junio de 1954 es bastante interesante desde este punto de vista¹²³. Benoît Frachon se acusa en efecto, de haber cometido un error al lanzar el 28 de abril de 1954 una huelga de 24 horas en la que participaron sin embargo 2.600.000 trabajadores. ¿Por qué?

Porque esta huelga, dirigida sólo por la CGT, no tenía por objetivo incrementar la unidad de acción. Ni por un momento Benoît Frachon piensa explicar en el congreso la naturaleza de los resultados (positivos o negativos) de la huelga teniendo en cuenta sus objetivos oficiales. Su preocupación es muy distinta: «¿Cuál debía ser nuestra base de análisis para determinar esta perspectiva? Nuestra base de análisis para determinar las consignas de acción realizadas (...) Nuestras consignas debían, por tanto, tener en cuenta: por una parte el desarrollo de la lucha, su alcance a nuevas capas de la clase obrera que hubieran entrado en lucha, el progreso del movimiento para la unidad...»

123 Como ya hemos señalado, la verdadera razón de esta autocritica hay que buscarla en otra parte. Por insignificantes que sean, las razones oficiales de la autocritica son, paradójicamente, significativas.

En esta perspectiva, la CGT condena, pues, todo movimiento de conjunto, incluso si ha tenido éxito, cuando no ha sido efectuado en unión con otras centrales. Prefiere los movimientos de menor envergadura (de categorías profesionales o de regiones) que, en su opinión, tienen el mérito de suscitar, de tanto en tanto, otros movimientos en el curso de los cuales los contactos unitarios están casi obligatoriamente ligados al nivel de los sindicatos y de las uniones locales e, incluso a menudo, al nivel de las federaciones y de las uniones departamentales.

Debemos desarrollar las luchas, dice Frachon, «sin olvidar nunca que el desarrollo de la acción tiene repercusiones inevitables en el movimiento y la acción de otros sectores menos avanzados».

El análisis crítico de las luchas obreras llevadas a cabo en Francia desde 1947 demuestra que, por una parte, la CGT no desencadena nunca, por así decirlo, movimientos de conjunto, y que, por otra parte, se esfuerza siempre en limitar a 24 o 48 horas como máximo los movimientos de conjunto decididos en común con otras confederaciones.

Es significativo que todos los grandes movimientos de conjunto de larga duración, tales como el de agosto de 1953 (desencadenado por los empleados de Correos de Fuerza Obrera), por no hablar del de mayo de 1968, hayan comenzado siempre fuera de la CGT, si no contra ella. La misma observación es válida para los movimientos parciales (por categorías) cuando son susceptibles de alcanzar una amplitud nacional. Tal fue el caso de la gran huelga de los mineros en 1963 cuyo papel

desencadenante estuvo desempeñado por la CFTC¹²⁴ y por la voluntad muy clara de los mismos mineros.

En los casos en que la CGT se aviene a la idea de movimientos de conjunto, como fue frecuente en 1966 y 1967, es siempre sobre la base de un movimiento estrictamente limitado en el tiempo. Hay que ver en este comportamiento la negativa categórica de la CGT a todo aquello que pueda recordar la idea de «huelga general», considerada como mítica y utópica. Desde este punto de vista, las críticas de la CGT son casi siempre las del buen sentido, del realismo y de la eficacia. Pero la denuncia realista del mito de «la» Huelga General y de «la» Gran Noche no implica necesariamente la condena de toda huelga generalizada.

Parece pues (y el estudio de mayo de 1966 lo confirmará) que, al condonar toda huelga prolongada de importancia nacional, la CGT busca evitar al máximo todo movimiento que teme no poder controlar en su totalidad, toda huelga generalizada, en efecto, moviliza un número de asalariados muy superior al de sindicados del conjunto de las confederaciones sindicales. Rápidamente, los sindicatos de base (y no los hay en todas las empresas) corren el riesgo de verse desbordados: la constitución de comités de huelga extrasindicales aparece entonces como una necesidad vital.

Pero, a pesar de los esfuerzos de los sindicatos para tomar o recuperar la dirección o el control de estos comités, existe el

124 La postura «dura» adoptada por la Federación de mineros (CFTC) se explica, en parte, por el deseo de Sauty y sus amigos de conquistar una sólida base obrera en el interior de una CFTC que (como sabían) pronto se transformaría en una nueva organización muy alejada de su ideal, Sauty es hoy (1966) presidente de la CFTC «mantenida».

riesgo de que continúen teniendo una existencia autónoma y que surja junto al «poner sindical» un poder más directo, de los mismos trabajadores.

En estas condiciones, las jornadas nacionales de acción del tipo 1966–67 aparecen en definitiva como un compromiso entre la voluntad de la CFDT de extender los movimientos nacionales y la de la CGT de circunscribir la acción a una multitud de luchas parciales y permanentes.

No obstante, es evidente que, aun habiendo conseguido muchos éxitos, estos movimientos pronto se muestran relativamente ineficaces, salvo indirectamente. Frente a una huelga general absoluta pero limitada en el tiempo, los gobiernos se han acostumbrado a reaccionar con indiferencia. El fantástico poder sindical que revelan no es de hecho más que un arma de cartón desde el momento en que está excluido servirse de ella para una huelga prolongada que ponga en entredicho la existencia del poder. Además, esta arma no es utilizada con frecuencia, ya que, muy pronto, los usuarios y el público entran o se corre el riesgo de que entren en conflicto con los huelguistas.

Salvo circunstancias muy determinadas y estudiadas, las jornadas nacionales de acción deben ser consideradas como armas demasiado fuertes o demasiado débiles para el fin buscado que, de todas formas, no es alcanzado.

En resumen, puede considerarse que en la medida en que existe (lo cual no es absolutamente cierto) una estrategia de lucha en la CGT, esta estrategia (que excluye toda lucha

prolongada de envergadura nacional que corra el riesgo de poner en entredicho el poder o el régimen social) se reduce a una serie de tácticas de hostigamiento cuyo objetivo esencial parece ser obligar a las demás organizaciones a practicar la unidad de acción, este «Sésamo» de toda la política cegetista.

En cuanto a los detalles de estas tácticas, son a la vez muy variados y estereotipados: prácticamente no han cambiado desde hace veinte años.



En la mayoría de los casos, los objetivos puestos en primera línea conciernen a las reivindicaciones de salarios y, especialmente, a la discusión sobre los salarios reales¹²⁵ y todas las formas de remuneración relacionadas (primas, etc.).

Por regla casi absolutamente general, la CGT y sus organizaciones confederadas plantean sus reivindicaciones en términos estrictamente cuantitativos: 6% de aumento de salario

125 La patronal, por su parte, intenta limitar las discusiones a la cuestión de los salarios mínimos garantizados, que por lo general, no tienen nada que ver con el salario real (excepto en algunas pequeñas empresas alejadas de París).

o 40 céntimos por cada hora extra. Nunca, prácticamente, las plantean, en términos de poder de decisión. En un gran número de empresas, en efecto, la reciente evolución técnica (producción continua, mecanización compleja del trabajo, automatismo, etcétera) convierte en más o menos objetivamente inútiles los esfuerzos particulares e individuales de tal o cual obrero para aumentar la producción, estando el ritmo de ésta impuesto por la misma máquina. Sobre esta base los técnicos empresariales han establecido una valoración de los diferentes «puestos de trabajo» en función de un cierto número de criterios más o menos científicos (alumbrado, vibración, penosidad, peligro, etc.), ponderados en función de otros criterios más o menos arbitrarios. El auténtico peligro de este método consiste en introducir en los elementos de valoración de puestos de trabajo factores, tales como sociabilidad del obrero, que abren la puerta a las apreciaciones policíacas y son por tanto totalmente inadmisibles. Partiendo de esto, los sindicatos de la CGT han denunciado violentamente los métodos de fijación de los salarios por puesto de trabajo (job evaluation) sin ver que habían nacido sobre la base objetiva de transformaciones técnicas irreversibles y, sobre todo, sin ver las grandes posibilidades de acción obrera que podían desprenderse de ellos. La relación evidente de estos nuevos métodos de regulación de salarios con la productividad de la empresa y, por medio de ésta, con la política de inversiones, con el nivel de empleo y (en última instancia) con la planificación permite la intervención contestataria (y no la integración) del sindicato en el meollo del mecanismo y de la política de salarios (y, en consecuencia, de beneficios).

Fuera de las reivindicaciones cuantitativas salariales, los

sindicatos CGT luchan principalmente por la reducción de las horas de trabajo y contra los ritmos acelerados. Estas diversas reivindicaciones son, en general, presentadas aisladamente cuando, en realidad, podrían (por lo menos en un gran número de casos) estar relacionadas entre sí en función del análisis de los puestos de trabajo.¹²⁶

En cuanto a los medios empleados, son de un clasicismo perfecto: de la simple petición a la huelga pasando por todas las formas de paro posibles e imaginables. La huelga con ocupación de las fábricas parece rechazada, sin embargo, por la CGT que nunca, en más de veinte años, ha dado una sola directriz formal en este sentido¹²⁷. Todas las tentativas de ocupación (en 1966 y en 1967) y las ocupaciones masivas (en 1968) siempre se han iniciado espontáneamente, fuera de las organizaciones sindicales, cuando no contra ellas.

En resumen, la CGT nunca busca desarrollar luchas violentas con ocupación de fábricas, pero no piensa tampoco en desarrollar, en el interior de las empresas, una lucha contestataria poniendo en entredicho los mecanismos patronales de decisión.

La CGT, paradójicamente al contestar incesantemente las decisiones patronales, no pone en entredicho la legitimidad del

126 Estas cuestiones, muy descuidadas en Francia (salvo por la CFDT), han sido tratadas repetidas veces en Italia. Véanse al respecto los importantes artículos de Paolo Santi, «Los sindicatos y la política de control de los salarios» y de Bruno Trentin, «Política de rentas y planificación», en el número 219–220 de Temps modernes (agosto–septiembre de 1964). Véase también, Quaderni rossi: «Luchas obreras y capitalistas de hoy» (François Maspero, 1968).

127 Excepto numerosas ocupaciones en los pozos de algunas minas amenazadas con el cierre.

poder patronal, cuyas decisiones simplemente pretende doblegar.

La lucha (mucho más difícil) para modificar los mecanismos de decisión pone en entredicho, por el contrario, el principio de autoridad patronal, prepara prácticamente la supresión del salariado y del patronato sin contestar a cada instante la menor decisión incluso válida. Dicho esto, las innumerables luchas cuantitativas y clásicas llevadas a cabo por la CGT desde 1947 han estado muy lejos de ser inútiles.

XIII. LA CGT Y LOS ACONTECIMIENTOS DE MAYO DE 1968

Para los sindicatos, como para los partidos y para las personas, los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia han sido reveladores. Frente a esta prueba de la verdad, ¿cómo ha reaccionado la CGT? Es lo que conviene examinar en función exclusivamente de los actos públicos y de los hechos debidamente controlados.¹²⁸

La acción de la CGT antes de mayo de 1968

Puede afirmarse que, antes de mayo de 1968, la acción de la CGT estaba orientada en dos grandes direcciones:

- Contra el gobierno, con vistas a conseguir la anulación de las

128 El lector comprenderá que mis explicaciones y análisis sean aquí más personales, por haber desempeñado un determinado papel en el movimiento de mayo. Cediendo la palabra a los dirigentes de la CGT, pienso que el lector encontrará (a través de numerosas citas), los elementos que le permitirán formarse por sí mismo una opinión válida. A.B,

ordenanzas laborales y, particularmente, de las que conciernen a la Seguridad Social;

– Contra el empresario, con vistas a forzar al CNPF a una discusión de conjunto referida en especial al problema de los salarios reales, a las cuestiones del empleo y a las del derecho sindical en las empresas.

Además, la CGT proclamaba muy alto que el objetivo esencial de esta lucha en dos frentes (relacionados) era lograr un «cambio fundamental» de la política francesa. El «llamamiento a los trabajadores de Francia» adoptado por unanimidad en el XXXVI Congreso celebrado en Nanterre (junio de 1966) lo proclama expresamente: «El Congreso subraya la necesidad, a fin de alcanzar un éxito decisivo, de trabajar para lograr un cambio político fundamental».

Denunciando por adelantado las ordenanzas gubernamentales, Léon Mauvais al presentar ante el XXXVI Congreso el informe de la Oficina confederal declara:

«Pero, ciertamente el gobierno intentará imponer esta política a los trabajadores y al país, a través de ordenanzas (...) Dirigidos contra el nivel de vida de las masas, los poderes especiales se inscriben en la línea general de la política gaullista (...) Evidentemente, sólo un poderoso *movimiento de masas* y *múltiples acciones* permitirán derrotar al poder e impedirle realizar sus designios. Hemos de ser plenamente conscientes de ello. Por este motivo, las organizaciones de la CGT invitan a los trabajadores a luchar palmo a palmo contra los proyectos antisociales del gobierno, contra

cualquier violación de sus derechos adquiridos (...) Son cada vez más numerosos los que toman conciencia de que la lucha por los derechos, por las reivindicaciones y, en general, por las aspiraciones al bienestar, *es inseparable de la acción contra el poder actual y su política reaccionaria, por una democracia, verdadera»*.¹²⁹

Esta orientación trazada en junio de 1967 por el XXXVI Congreso fue, efectivamente, la de la CGT hasta mayo de 1968. Durante estos diez meses, la CGT dobla sus esfuerzos para obligar al CNPF a una discusión de conjunto. Estos esfuerzos no están coronados por un éxito completo pero desembocan, sin embargo, en la firma de un importante acuerdo sobre la indemnización del paro parcial: éste es uno de los resultados que mejor prueba el acuerdo CGT–CFDT de enero de 1966. Los resultados de la lucha contra las ordenanzas gubernamentales (tomadas en agosto de 1967) son más decepcionantes: por una parte, la CFDT muestra una duda manifiesta e incluso un cierto mal humor en asociarse a la CGT, que desearía (parece que con razón) que la lucha contra las ordenanzas fuese llevada en común con las formaciones políticas de la izquierda (PCF y F.G.D.S.). Por otra parte, Fuerza Obrera, en el fondo, no está descontenta por la supresión de las elecciones de la Seguridad Social: el reparto global de los representantes sindicales le evita, en efecto, sufrir en las elecciones una derrota que se anunciaba muy grave.

A pesar de todo, la CGT no cede en su acción y decide hacer del 1º de mayo de 1968 una gran jornada de lucha sobre el tema de la derogación de las ordenanzas. Hay que recordar a este

129 El subrayado es del propio Léon Mauvais.

respecto que durante muchos años los gobiernos sucesivos habían prohibido el tradicional desfile del Primero de Mayo. En 1968, sin prohibirlo propiamente la Prefectura de Policía «desaconseja» formalmente el desfile: la CGT decide hacer caso omiso. La manifestación agrupa a varias decenas de miles de trabajadores de los cuales muchos son jóvenes. Ardiente y combativa, impresiona a los dirigentes de la CFDT que no se había asociado.

Poco antes del mes de mayo de 1968, la CGT aparece objetivamente como una organización sindical en pleno «ascenso», batiéndose resueltamente sobre posiciones de clase evitando un cierto obrerismo verbal que antes la había caracterizado.

De esta decidida voluntad de lucha, los militantes de la CGT no podían dudar en absoluto. Los actos de la Confederación lo demostraban. Los miembros del CCN habían recibido, a fines de 1967, un ejemplar confidencial del Correo confederal dedicado al Congreso de la CFDT en el cual la CGT se felicitaba del «progreso hacia posiciones de lucha de clases» de la CFDT:

«La lucha de clases interviene en el análisis, en la reflexión. Anotad la afirmación de Descamps, por ejemplo, según la cual la negociación con el CNPF no terminará sin una acción ofensiva de todos los trabajadores».

En el mismo documento, la CGT se felicitaba igualmente de la orientación netamente antigaullista de la CFDT.

Para los militantes de la CGT todo estaba claro en esta primavera de 1968: gracias principalmente a la evolución de la

CFDT hacia posiciones antigaullistas y de lucha de clases, la perspectiva se acercaba por fin a una salida realmente democrática al régimen de poder personal. Sólo había un motivo de preocupación: ¿las masas populares pasarían a la acción antes de julio, antes de la época desmovilizadora de las «vacaciones pagadas»? Respecto a este punto, militantes, dirigentes, colaboradores de la Oficina confederal divergían de apreciación. Pero nadie dudaba de que, en el caso de que el movimiento de conjunto llegara a desencadenarse, este movimiento no provocaría, por el hecho de la derogación de las ordenanzas, una derrota gubernamental grave. Forzar al retroceso «al poder que no retrocede» era abrir perspectivas nuevas, era empujar a los partidos políticos de izquierda en favor del movimiento, era quizá salir de la situación de estancamiento.

La explosión

No es objeto de este libro analizar o describir las causas de la revuelta estudiantil de mayo de 1968, cuyos signos precursores ya aparecían claramente en 1966 en Estrasburgo antes de manifestarse más abiertamente en Nanterre desde el comienzo del curso 1967–68.

Organización específicamente obrera, la CGT (y no se le puede reprochar) tenía pocos contactos con los medios estudiantiles, entre los cuales sabía que escaseaban los hijos de obreros.

Pero la revuelta estudiantil es, en sí misma, inseparable de una explosión que concierne al conjunto de la juventud y, particularmente, a los jóvenes obreros. Desde hacia cerca de dos años, la mayoría de las huelgas «duras» que se habían producido en Francia (Rhodiaceta y Berliet en Lyon, Dassault en Bordeaux, Renault en Cléon, huelgas y manifestaciones violentas en Mans, en Caen, en Mulhouse, etc.), habían estado, por lo menos al principio, animadas por jóvenes trabajadores a menudo no sindicados. No parece que este aspecto del problema haya atraído particularmente la atención de la dirección confederal, inquieta ante todo por desenmascarar a los «elementos provocadores chinos y trotskistas».

Partiendo del análisis marxista sobre la inexistencia de una «clase» social propia de la juventud (un joven patrono explota por la misma causa que un viejo patrono del CNPF, un viejo obrero es explotado igual que un joven), la CGT ha deducido un poco apresuradamente que no sólo no había tal problema sino que el pretendido «conflicto de generaciones» sólo era un arma envenenada de la burguesía capitalista para dividir y engañar a la clase obrera. No ha visto que si no era una clase, en el sentido científico de la palabra, la juventud no constituye menos un conjunto coherente, víctima de ciertas coacciones sociales que, en cierto sentido, hacen de ella un grupo oprimido que es posible asimilar, en ciertos aspectos, a una clase social oprimida y que, en consecuencia, debe ser defendida como tal.¹³⁰

Teniendo en cuenta este punto de vista, la CGT, que concedía

130 André Barjonet: Conferencia pronunciada, durante la Primera semana del pensamiento marxista de Bruselas, en octubre de 1965 (*Jeunes difficiles ou Société captive?* Editions du Pavillon, París, 1966).

la mayor importancia a las reivindicaciones de la juventud, las consideraba sólo bajo un aspecto puramente cuantitativo: mayor número de escuelas, centros de formación profesional más numerosos, más piscinas, campos de deportes, centros culturales, salarios más elevados por menos horas de trabajo, etc.

En cuanto a la idea de que los jóvenes trabajadores pudieran tener algo que decir acerca del contenido de la enseñanza, de su inserción en la vida profesional y, con más motivo, de la naturaleza y los métodos del sindicalismo actual, puedo afirmar que se mantuvo siempre profundamente alejada de las preocupaciones de los dirigentes confederales. El llamamiento a las jóvenes trabajadoras y a los jóvenes trabajadores lanzado por el XXXVI Congreso no hizo la menor alusión:

«La CGT aprecia a la juventud. Sabe que con el conjunto de los trabajadores lucháis con entusiasmo y determinación. Participáis con entusiasmo en las huelgas y manifestaciones por las reivindicaciones, la democracia y la paz en el Vietnam y en el mundo.

En las luchas en que os habéis comprometido, no están por un lado los jóvenes y por otro los ancianos, sino únicamente unos explotados, los jóvenes y sus mayores, que se oponen a los explotadores de toda las edades».

No obstante, sería un grave error creer que sólo la juventud planteaba reivindicaciones cualitativas: la explosión de mayo, por el contrario, ha revelado que, para millones de personas de todas las edades, las reivindicaciones concernientes a su «ser»

tenían tanta o más importancia que las referidas a su «tener». Es un hecho que, tras la Liberación, todas las campañas reivindicativas emprendidas tanto por la CGT como por la CFTC, Fuerza Obrera y después la CFDT han tenido todas como objetivo primordial obtener nuevas ventajas cuantitativas y, en primer lugar, aumentos de salarios, pensiones, retiros. ¡Cómo negar que, a pesar de su innegable utilidad y de las numerosas ventajas obtenidas, ninguna de estas campañas puede compararse, ni de lejos, al movimiento de mayo de 1968!

Las incalificables brutalidades de la policía no lo explican todo.

En febrero de 1962, las mismas brutalidades habían ocasionado cerca del metro de Charonne la muerte de nueve personas (por no citar a los centenares de heridos) sin que la reacción popular fuera más allá de una impresionante manifestación silenciosa de masas en ocasión de la exequias.

De hecho, la difusión explosiva del movimiento de mayo en las filas de la clase obrera se explica fundamentalmente por el hecho de que los estudiantes habían puesto el acento precisamente en reivindicaciones contestatarias que nunca habían sido formuladas por ninguna organización sindical (menos, en cierta medida y desde hacía poco tiempo, la CFDT) y que los trabajadores sólo se formulaban inconscientemente.

Si la revuelta estudiantil ha podido servir de «detonador» de la explosión obrera, es porque ésta era en el fondo de idéntica naturaleza que aquélla. Desde luego una y otra sólo fueron posibles sobre una análoga base de reivindicaciones cuantitativas rechazadas durante mucho tiempo:

reivindicaciones estudiantiles referentes al número de facultades, de laboratorios y de ciudades universitarias como al de profesores y asistentes; reivindicaciones de obreros, técnicos, ingenieros, empleados y funcionarios referentes a los salarios y retribuciones, la duración y la intensidad del trabajo; reivindicación de todos referida a los problemas de los mercados y del empleo.

Al convocar a la huelga general y a manifestaciones masivas en las calles para el 13 de mayo de 1968 en señal de protesta contra las brutalidades de la policía, la CGT, la CFDT, la UNEF y la FEN (a las cuales se había unido, in extremis, FO) no pensaban seguramente obtener tal éxito. Los manifestantes también se sorprendieron pero, muy pronto, pudieron darse cuenta de que su fuerza era mucho mayor de lo que siempre habían creído y, a partir del día siguiente, los obreros de Sud-Aviation en Nantes ocupaban espontáneamente su fábrica encerrando al director en su despacho. Al escribir en las paredes de la fábrica «Ayer esclavos, hoy libres», los trabajadores de Sud-Aviation señalaban el sentido profundo que daban a su combate. Como nadie ignora, las huelgas con ocupación de fábrica se prolongaron en toda Francia como un reguero de pólvora: desde el sábado 18 de mayo, la totalidad de las industrias y de los servicios públicos estaban afectados. En menos de una semana la huelga había alcanzado unas proporciones inéditas en 1936.¹³¹

Durante esta primera semana, la CGT (puedo aportar pruebas

131 Se calcula que, desde el 18 de mayo, el número de huelguistas había alcanzado la cifra de 5 a 6 millones, frente a 3 o 4 en la época del Frente Popular y alcanzaría la cifra de 9 a 10 millones en el transcurso de la semana siguiente.

de ello) estaba si no desorientada (el término sería demasiado fuerte) por lo menos desconcertada: la amplitud de la manifestación del 13 de mayo la Había sorprendido, la rapidez de las primeras ocupaciones de fábricas la sorprende todavía más. Desconcertada, la CGT tiene, sin embargo, desde el principio, dos ideas muy claras que no abandonará durante todo el movimiento: evitar, a cualquier precio, el contacto estudiantes–obreros; frustrar cualquier «provocación».

El 16 de mayo, por ejemplo, el sindicato CGT Renault desaprueba en estos términos la manifestación proyectada por los estudiantes y los profesores en Billancourt:

«Nos oponemos a toda tentativa desatinada que podría comprometer nuestro movimiento en pleno desarrollo y facilitar una provocación conducente a una intervención gubernamental.»

El mismo día, la CGT denuncia la manifestación proyectada ante la ORTF¹³². El 17 de mayo anula el Festival de la Juventud que preparaba con el mayor esmero desde el XXXVI Congreso: el pretexto invocado es no privar a los trabajadores en lucha «del concurso de millares de entre sus mejores». También en esta ocasión puedo afirmar que se trata de un pretexto: de hecho la CGT ha tenido miedo del posible encuentro de estos millares de jóvenes trabajadores con los estudiantes. Algunas semanas antes, por otra parte, el Correo confederal había atraído la atención de las organizaciones confederadas sobre la imperiosa necesidad de desenmascarar a todos los elementos «dudosos» que podrían infiltrarse entre los delegados del

132 Office de la Radiodiffusion Télévision Française.

Festival. Todavía el 17 de mayo, la CGT precisa sus reivindicaciones: estrictamente económicas y sociales, comportan en primer lugar la derogación de las ordenanzas concernientes a la Seguridad Social.

Reunido en sesión extraordinaria el domingo 19 de mayo, el Comité Confederal Nacional aporta pocas precisiones suplementarias: «hace un llamamiento a todos los trabajadores a que se reúnan en las empresas, elaboren sus reivindicaciones con sus responsables sindicales, determinen las formas de lucha que exige la situación presente y las nuevas posibilidades que abre, a que participen en la lucha». Finalmente, «multiplicando los esfuerzos para elevar la lucha al nivel que se impone, el CCN pone en guardia a los trabajadores, militantes y organizaciones de la CGT contra toda tentativa exterior de inmiscuirse en la dirección de las luchas obreras, contra todos los actos de provocación que servirían de pretexto a las fuerzas de represión para intentar comprometer el progreso de un movimiento en pleno desarrollo».

Al final de esta primera semana de luchas obreras como no se había conocido nunca después de la Liberación, un gran sentimiento de amargura comenzaba a invadirme. Nada de lo que yo mismo había escrito en nombre de la CGT desde hacía veinte años, nada de lo que había enseñado oficialmente en sus escuelas central y federal, nada de lo que había sido publicado en innumerables resoluciones y, en particular, en las del XXXVI Congreso, nada de eso era ya válido. En el preciso momento en que todos estaban de acuerdo en que Francia atravesaba una situación si no «revolucionaria» por lo menos pre o pararrevolucionaria, la CGT, de la que conocía hasta qué punto

nunca había cesado de adelantar consignas puramente políticas y a veces incluso arriesgadas (especialmente en el momento de las guerras del Vietnam y de Corea y de la llegada a París de «Ridgway-la-peste») se limitaba bruscamente a lanzar consignas puramente reivindicativas, puramente cuantitativas¹³³. No sólo ninguna perspectiva quedaba abierta para ir hacia la «supresión del salariado y del patronato», no sólo no se trataba ya de vislumbrar, como diez meses antes, un «cambio fundamental» de política (ya nada sobre De Gaulle ni sobre su primer ministro) sino que también las reivindicaciones puestas en primer término se limitaban, en lo esencial, a los salarios y a la duración de la jornada de trabajo. La reivindicación sobre el reconocimiento legal de la sección sindical de empresa estaba bien formulada, pero sin fuerza. No obstante, el mantenimiento prioritario de la exigencia concerniente a la derogación de las ordenanzas todavía me daba esperanzas. En efecto, el mantenimiento de esta exigencia equivalía a una especie de preámbulo político: imponiendo esta derogación, el movimiento de masas habría dado, sin duda alguna, un golpe extremadamente duro e infligido una derrota total a la política gubernamental.

Asestando este golpe, infligiendo esta desaprobación, el movimiento también habría creado una nueva situación política a partir de la cual todos los problemas se habrían planteado en términos nuevos: para ello no era necesario recurrir a una

133 El sábado 18 de mayo, el comunicado de la Oficina confederal indica simplemente: «La huelga se generaliza. Se organiza la ocupación de las fábricas y lugares de trabajo por los huelguistas. Los trabajadores se pronuncian democráticamente sobre las reivindicaciones y sobre la huelga, eligen sus comités de huelga, etc.». En *Le Figaro* del mismo día, Hamelet escribe: «Séguy sustituye las diatribas de antaño por el lenguaje frío y firme de un competente hombre de negocios».

«insurrección» armada, la propia dialéctica del movimiento podía bastar.

El lunes 20 de mayo, Georges Séguy pronuncia un importante discurso ante los obreros de la administración Renault. Reafirma con fuerza los fines estrictamente reivindicativos de la huelga y denuncia, a su vez, los graves peligros que resultarían para los trabajadores de todo intento de insurrección¹³⁴. Entre las reivindicaciones presentadas por Séguy figuran siempre, en buen lugar, la derogación de las ordenanzas y el reconocimiento legal de la sección sindical de empresa. No pierdo la esperanza, pero considero que ya se ha perdido un tiempo precioso: aunque objetivamente ascendente, el movimiento patina e incluso retrocede en el sentido de que, siendo las consignas puramente estáticas y no abriendo ninguna perspectiva política, el reflujo debe ya preverse. Pronto todas estas dudas tomarán para mí una forma concreta cuyo interés sobrepasa en mucho mi persona. El martes 21 de mayo, ya entrada la noche, André Merlot, secretario de la CGT y de permanencia en la calle La Fayette 213, me llama a mi domicilio: me informa que el señor J.B., miembro del consejo económico y social, en nombre de los jefes de empresa acaba de informar a la CGT del deseo del señor Huvelin, presidente del CNPF, de tomar con toda urgencia contacto con ella. André Merlot me pide consejo. Después de haber telefoneado yo misino al señor J.B., André Merlot y Henri Krasucki (llegado entre tanto) deciden con razón no precipitarse en el «ataque» a la patronal, no molestar inútilmente a Georges Séguy y esperar la reunión de la Oficina confederal prevista para la mañana siguiente a las nueve. En el curso de esta reunión,

134 Que yo sepa, ningún movimiento, organización o «grupúsculo» hizo un llamamiento a una insurrección armada.

después de una breve discusión entre Séguy, Frachon y Krasucki, se decide que Séguy se reservaría para un ulterior encuentro con el señor Huvelin y que mientras tanto yo tomaría contacto con mi interlocutor patronal. Esta entrevista tiene lugar el mismo día al concluir la mañana.



Henri Krasucki

Me entero entonces de que contrariamente a lo que hacía suponer la conversación telefónica de la noche anterior, el señor Huvelin no tenía nada que proponer a la CGT. Por el contrario, el presidente del CNPF, fuertemente impresionado por la sensatez y la autoridad de Séguy, demostradas con ocasión de su discurso en la empresa Renault, quería saber si este discurso era una trampa o si, verdaderamente, la CGT no perseguía más que objetivos reivindicativos. En estas condiciones, durante los días 21, 22 y 23 de mayo me sentí inclinado a reunirme de nuevo en varias ocasiones con Georges Séguy y a discutir con él los

problemas del movimiento. En el curso de estas discusiones, mis dudas y mis temores se transformaron en convicción y luego en certeza: la CGT, como lo presentaba el señor Huvelin, no buscaba más que el éxito a nivel reivindicativo en el sentido estricto del término; desde el principio, no tenía la intención de explotar por poco que fuera la situación para obtener un cambio político: no se trataba de derribar el régimen, ni de obligar a De Gaulle a retirarse, ni de plantear como condición previa la dimisión de Pompidou.

Constatando así que el mayor movimiento obrero que haya conocido Francia después de varios decenios iba, en el mejor de los casos, a traducirse en un nuevo Matignon, la noche del 23 de mayo decidí presentar mi dimisión, no de la CGT, sino de mis funciones de principal colaborador de la Oficina confederal para las cuestiones económicas y sociales. Como tal sabía precisamente mejor que nadie la extrema importancia (a menudo vital) de las cuestiones reivindicativas que, durante veintidós años, había contribuido a elaborar y que no había dejado de defender tanto en la Comisión superior de convenios colectivos como en el Consejo económico y social, tanto en el Comité de precios como en la Comisión nacional de conciliación.

Así pues, entregué a la A.F.P. el comunicado siguiente, no por desprecio hacia las reivindicaciones elementales de la clase obrera, sino, al contrario, porque estimaba que por fin era posible permitirle conseguir resultados cualitativos y cuantitativamente superiores:

«En mi calidad de Secretario del Centro de estudios económicos y sociales, desde hace más de veinte años, he

participado directa o indirectamente en todas las discusiones o negociaciones tanto con el patronato como con los gobiernos que se han sucedido. En estas circunstancias, soy el último en subestimar, por poco que sea, las ventajas materiales y morales que la clase obrera puede arrancar con su lucha reivindicativa.

Pero, en el momento en que millones de trabajadores, de estudiantes y de franceses de cualquier condición participan en el más potente movimiento popular que nuestro país ha conocido, debo proclamar mi convicción de que sería posible llegar mucho más lejos, avanzar hacia el socialismo y, como mínimo, derrotar el régimen gaullista. No respondiendo a la aspiración profunda de los trabajadores y estudiantes, que no han sabido o querido comprender, las grandes formaciones sindicales y políticas que pretenden ser de la clase obrera y de la izquierda cargan con una grave responsabilidad histórica a la cual no puedo sentirme ligado por más tiempo.»

En una carta dirigida a Georges Séguy puntualizaba, además, mi repulsa a su actitud personal con respecto a los estudiantes («Cohn-Bendit ¿quién es?»).

El sábado 25 de mayo se inicia en la calle de Grenelle¹³⁵ la negociación gobierno-patronato-sindicatos que preside Georges Pompidou con vistas a concertar las cuestiones reivindicativas.

La delegación de la CGT está compuesta por Benoît Frachon,

135 En ella está situada la sede de la CGT.

Georges Séguy, André Bertelot, Henri Krasucki y Jean-Louis Moynot. Es muy curioso que no incluya a ningún economista: ni Jean Duret, ni Jean Magniadas. Por parte gubernamental, se nota asimismo la ausencia del ministro de Economía nacional y de Finanzas, el señor Michel Debré. Esta doble ausencia, advertida enseguida por todos los observadores políticos, ha reafirmado en su opinión a todos aquellos que pensaban que la CGT, igual que el gobierno, tenía como principal preocupación llegar lo más pronto posible a un acuerdo que permitiera una vuelta inmediata a la normalidad.¹³⁶



Georges Séguy

136 La noche de mi dimisión (23 de mayo), cuando el movimiento duraba desde hacía diez días, el Centro confederal de estudios económicos y sociales todavía no había recibido ninguna indicación de la dirección de la CGT para preparar un expediente con vistas a posibles discusiones. Se produce aquí una grave contradicción entre la actitud puramente reivindicativa de la CGT y la negligencia con que estas reivindicaciones han sido elaboradas y defendidas.

Las negociaciones se desarrollaron con dureza. Georges Séguy declara que para la CGT hay dos cuestiones previas: la derogación de las ordenanzas y el pago de los días de huelga. Para el secretario general de la CFDT hay igualmente dos cuestiones preliminares: la derogación de las ordenanzas y el reconocimiento del derecho sindical en la empresa.

El 26 de mayo, Georges Séguy se refiere a un tercer preliminar: la escala móvil de los salarios.¹³⁷

El lunes 27 de mayo por la mañana, un «protocolo de acuerdo» queda concluido entre el gobierno, el CNPF y las confederaciones sindicales: se refiere tan sólo a los salarios (y, principalmente, al S.M.I.G.), las horas de trabajo, la edad de jubilación y los subsidios familiares; el protocolo de acuerdo no contiene absolutamente nada sobre la Seguridad Social ni sobre la escala móvil. En cuanto al derecho sindical en la empresa, «se ha redactado un documento importante» (Georges Pompidou dixit) que prevé una verdadera evolución «por no decir una revolución» en las relaciones entre patronos y obreros. De hecho, se trata de un sencillo documento de trabajo desprovisto de todo valor legal o contractual. De los tres grandes «preliminares» de la negociación ya no queda nada.¹³⁸

137 Para que la escala móvil de salarios no se convierta en un factor de inflación es necesario que sea rigurosamente automática y que funcione al menor aumento de precios (por ejemplo 1%). Esto supone un índice de precios muy sensible y, sobre todo, muy verídico. El control de este índice podría ser objeto de una participación sindical en el Instituto Nacional de Estadística. Una escala móvil concebida así sería, evidentemente, un arma formidable al servicio de la clase obrera que sólo un movimiento formidable de masas como el de mayo habría pedido imponer a la patronal. Es totalmente irrisorio y demagógico «exigir» actualmente la escala móvil, cuando no se supo imponerla en mayo de 1968.

138 En el ámbito de las reivindicaciones clásicas, los acuerdos de Grenelle aportan

Al anunciar estos resultados, en la mañana del 27 a los obreros de la empresa nacional Renault, Georges Séguy, primero es aclamado, pero muy pronto es insultado.



Trabajadores de Renault en huelga en su fábrica en Boulogne-Billancourt (1968)

En seguida la CGT se bate en retirada afirmando que nada se ha firmado en Grenelle, que no ha habido verdaderamente «acuerdo», sino «protocolo de acuerdo». En todo caso, la inmensa mayoría de obreros rehúsa categóricamente reemprender el trabajo y la huelga continuará todavía, en muchos casos con gran combatividad como en Flins o en Sochaux, durante dos e incluso tres semanas.

Durante todo este período, la CGT no modificará su actitud y

importantes ventajas que no es cuestión de discutir ni de subestimar: aumento de un 35% del salario mínimo nacional interprofesional garantizado, equiparación del salario mínimo agrícola al S.M.I.G. (62% de aumento), 12% de aumento medio de los salarios (hay que destacar que en un año «normal» el aumento es del 6 al 8%). una cierta reducción de la jornada de trabajo. cuando ésta era muy superior a las 40 horas legales. El único triunfo cualitativo nuevo afecta a la agricultura, donde en adelante se aplicará la legislación sobre los comités de empresa.

multiplicará las presiones tanto sobre los empresarios como sobre los obreros, para desembocar en una pronta reanudación del trabajo: la dirección de Citroën será expresamente acusada por la CGT de obstaculizar el retorno a la «normalidad». Tuvo una excepción esta actitud: en la jornada del 29 de mayo (contrapunto evidente de la potente manifestación del estadio Charléty, dos días antes), la CGT organiza un desfile muy importante (con cientos de miles de manifestantes) desde la Bastilla hasta la estación de Saint-Lazare, en el transcurso del cual surge la nueva consigna de «gobierno popular»¹³⁹. Pero éste no dura demasiado y al día siguiente (en que la Asamblea nacional fue disuelta por De Gaulle) la CGT pone nuevamente el acento en las reivindicaciones y las negociaciones que todavía no han finalizado:

«Si las negociaciones todavía no han terminado es porque el gobierno las ha bloqueado. La reanudación del trabajo depende de la reanudación de las negociaciones sobre bases susceptibles de convenir a los trabajadores que luchan legítimamente. La responsabilidad incumbe al gobierno y al patronato.» [Comunicado de la OC]¹⁴⁰

Al día siguiente, 31 de mayo, en el curso de una conferencia de prensa, Georges Séguy puntualiza: «A fin de deshacer

139 Recordemos que en la jornada del 29 de mayo el general De Gaulle realizó un misterioso viaje con destino desconocido. El mismo día, Eugène Descamps, secretario general de la C.F.D.T., declaró explícitamente que se trataba de la crisis del régimen.

140 Algunos días después (comunicado de la OC del 5 de junio a las 17 horas) la CGT presentará, de forma original, el golpe de fuerza gaullista: «Además de las importantes concesiones reivindicativas que ha debido consentir, el gobierno se ha visto obligado a disolver la Asamblea y a decidir la convocatoria de elecciones» (*L'Humanité*, 6 de junio de 1968).

cualquier equívoco sobre los objetivos que persigue, la CGT declara que no piensa entorpecer el desarrollo de la consulta electoral. Interesa a los trabajadores poder expresar, en el marco de las elecciones, su voluntad de cambio. Para ello, pide a la población que desea legítimamente el restablecimiento de una situación normal preste su apoyo a los esfuerzos de las organizaciones sindicales para exigir al gobierno y al patronato que acepten la solución negociada que se les ha propuesto». A la pregunta: «¿Considera que la derogación de las ordenanzas sobre la Seguridad Social es una premisa para la reanudación del trabajo?», Georges Séguy responde: «Es un objetivo básico de nuestra acción. El gobierno nos ha dicho que esta cuestión dependía de la competencia de la Asamblea Nacional; puesto que actualmente está disuelta, corresponde resolverla, por tanto, al cuerpo electoral» (*L'Humanité*, 1 de junio de 1968).

¿Por qué esta actitud?

Mi objetivo no es analizar si la «revolución» era o no posible en mayo¹⁴¹, si era posible o no enviar a De Gaulle a Colombey-les-deux-Eglises. Tampoco abordaré la cuestión de si De Gaulle, haciendo lo que Von Choltitz no se atrevió a realizar, habría «ahogado París en sangre». Sobre este último punto, diré únicamente que el argumento de los carros de Massu sólo fue utilizado al final del movimiento.

141 André Barjonet, *La Révolution trahie du 1968* (John Didier, 1968).

En lo que concierne a la CGT y ciñéndonos a los únicos elementos conocidos por todos, dos hechos son ciertos: desde el principio, hizo todo lo posible por mantener el movimiento en los límites reivindicativos clásicos (reivindicaciones cuantitativas); a lo largo de la acción, abandonó todas sus «condiciones».

Dejando a un lado el problema de la «revolución», no puede negarse que las resoluciones del XXXVI Congreso no fueron respetadas (cambio «fundamental» de orientación política, derogación de las ordenanzas) en un momento en que existía un movimiento de masas sin precedentes, que el XXXVI Congreso no había previsto y ni siquiera se había atrevido a esperar.

Explicándose ante el Comité confederal nacional del 13 de junio, Georges Séguy justificó así la política de la CGT:

«En las circunstancias agudas de la lucha de clases, ciertos elementos dudosos, renegados en su mayoría, nos han acusado en términos insultantes de haber dejado pasar la oportunidad de la toma del poder por la clase obrera. Es decir, de no haber intentado llevar a cabo aquello de lo que nos acusaba De Gaulle, no sin abrigar la esperanza de ahogarlo todo en sangre después de haber tomado en el plano militar todas las medidas oportunas; ¡en todo caso, teníamos buenas razones para creerlo! A decir verdad, la cuestión de saber si la hora de una insurrección armada había sonado o no nunca se ha planteado ni en la OC ni en la CA, integrados como es sabido por militantes responsables (...).

Que los “pseudo-revolucionarios”, renegados del movimiento obrero, nos perdonen por haberles privado del placer de asistir a nuestro entierro.» (*L'Humanité*, 14 de junio de 1968.)

El único argumento utilizado por el secretario general de la CGT es el de una represión sangrienta «acariciada» por De Gaulle. Admitiendo que tal argumento pueda tener alguna verosimilitud ante una tentativa de «insurrección armada», no se acierta a comprender cómo De Gaulle y sus generales lo habrían «ahogado todo en sangre» para salvaguardar las ordenanzas sobre la Seguridad Social e impedir la constitución de secciones sindicales de empresa...

Hecha esta observación, debe eliminarse radicalmente la hipótesis de una «traición», en el sentido subjetivo de la palabra.

Los dirigentes de la CGT son hombres modestos y sinceros, militantes de origen obrero en su mayoría, han trabajado duro en su juventud: no es necesario hablar de su abnegación al servicio de la clase obrera. Muchos de ellos han conocido la cárcel en varias ocasiones; otros han perdido su salud en los presidios nazis¹⁴². Es evidente su voluntad de acabar con la explotación capitalista y aún lo es más su deseo de terminar con el régimen gaullista de poder personal. Hablar de subordinación al PCF es desviar el problema, ya que las cualidades de los dirigentes leninistas son del mismo orden.

Sin embargo, esta subordinación desempeñó un papel innegable en mayo: incluso en los detalles, la actitud de la CGT

142 Georges Séguin fue deportado cuando tenía dieciocho años.

se confundió con la del PCF. La voluntad de llegar, lo más pronto posible, a un «arreglo» del conflicto se expresó en términos prácticamente idénticos el 30 de mayo, en que la Oficina política del PCF declara: «La primera condición para arreglar el inmenso conflicto provocado por la nefasta política de un poder al servicio de los trusts, es hacer justicia a las legítimas reivindicaciones de los trabajadores». (*L'Humanité*, 31 de mayo de 1968). En estas condiciones, la actitud de la CGT depende de un conjunto de diversas causas coincidentes.

En primer lugar, la ausencia de estrategia autónoma a largo plazo¹⁴³, resultado de una cierta falta de reflexión sindical y de una subordinación demasiado estrecha no tanto al propio PCF como a las propias concepciones sobre la unidad sindical y a las del PCF sobre la unidad de la izquierda (concebida en una perspectiva claramente electoral y parlamentaria), unidas al rechazo deliberado de toda perspectiva revolucionaria. Negativa intencionada e interesada, ya que la CGT no había logrado aún ninguna de las reivindicaciones por las que se había movilizado la clase obrera y, sobre todo, la juventud.

Al afirmar su deseo de un cambio político fundamental, el XXXVI Congreso expresaba sin duda el deseo sincero de los dirigentes y de los militantes. No era idealista, sino que estaba inserto en el marco de una larga serie de luchas parciales y de jornadas nacionales de acción, de acuerdos unitarios con la FEN, de contactos entre el PCF y la F.G.D.S., con los cuales se esperaba, entre otros resultados, mover a la SFIO a ejercer presiones sobre la FO para que cesara en su aislamiento. Ante

143 Véase el capítulo XII, de la presente obra.

este panorama embarullado por acuerdos en la cumbre y luchas (controladas) en la base, presiones populares y maniobras electorales, la CGT quedó literalmente desconcertada ante la explosión de mayo. No habiendo previsto ni comprendido a tiempo sus causas específicas y sus razones internas, se vio obligada (como sucede en tales casos) a buscar causas exteriores al propio fenómeno. La CGT creyó encontrarlas en los «grupúsculos» estudiantiles, por una parte, y en la acción de los «trotskistas» y de los «maoístas», por otra.¹⁴⁴

Si, a pesar de la importancia de los militantes y dirigentes comunistas en el seno de la CGT, las doctrinas de tipo marxista nunca alcanzaron un mayor desarrollo, ello fue debido a que una cierta concepción «marxista-leninista», en realidad voluntarista y subjetivista, desbordó siempre el análisis concreto de los hechos. Para Marx, «no es la conciencia de los hombres la que determina su ser; es, inversamente, su ser social el que determina su conciencia». Considerada de forma mecánica, esta concepción corre el riesgo de originar un cierto fatalismo económico: bastaría esperar la «maduración» de las contradicciones inherentes al capitalismo para que éste acabara por desmoronarse más o menos espontáneamente. En una versión erudita, son las teorías de Kautsky; en una formulación caricaturesca, las de Grosmann. La posibilidad de una

144 Es la eterna teoría del «agitador». Para el burgués, si los obreros no están contentos es por culpa de agitadores ajenos a la empresa; para los gobiernos anteriores a 1914, si se desarrollaba el socialismo, era debido a los «agentes de Alemania»; para los generales franceses de 1954, si el pueblo argelino se sublevaba era a instigación de Nasser o de Bourgiba; para los americanos, si el Vietnam del Sur sacude su yugo, es que hay infiltraciones del Norte (que, a su vez, está contaminado por los chinos); si Checoslovaquia quiere realizar la experiencia de un socialismo democrático, de nuevo se trata de la acción de agentes alemanes... Esta «teoría», desmentida por los hechos, constituye un signo característico de esclerosis intelectual.

interpretación estrictamente fatalista de Marx es tan real que, en el momento de la revolución de octubre de 1917, el joven Gramsci publicó incluso un artículo de enorme resonancia, *La revolución contra el capital*, en el que escribía textualmente: «La revolución de octubre es la revolución contra el Capital de Karl Marx. En Rusia, *el Capital* era el libro de los burgueses más que de los proletarios (...). Los bolcheviques reniegan de Marx; afirman, gracias a su acción, gracias a las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan rígidos como podría pensarse y como se ha pensado». Esta concepción, esencialmente subjetiva, tuvo su continuación en Italia por obra de la corriente bordighista y del Partido Comunista Alemán en 1924 (partido entonces dirigido por Ruth Fischer y Arkadi Maslow). Aparece asimismo en una parte de la obra del gran filósofo marxista Georges Lukacs, en particular en *Geschichte und Klassenbewusstsem*¹⁴⁵. Lenin, gran economista y profundo marxista, era demasiado realista para caer en tales excesos; sin embargo, la implacable lucha ideológica contra Kautsky y los socialdemócratas y la necesidad de una acción revolucionaria cada vez más dura le condujeron a una praxis cada vez más voluntaria y subjetivista (que era igualmente la de Trotski); esta praxis fue, en lo sucesivo, la del partido comunista (bolchevique) de la URSS y sirvió de ejemplo y de modelo a la casi totalidad de los partidos comunistas en el mundo.

Resulta paradójico que la mayoría de los dirigentes leninistas, apoyándose en el marxismo, llegaran a subestimar, a menospreciar en la práctica, la economía. Sin duda, la tarea de difundir la ley del valor y la plusvalía nunca fue interrumpida:

145 Véase el artículo de J. Marie Vincent, «Ciencia e ideología cien años después de El Capital», en la recopilación *En partant du Capital* (Ed. Anthropos).

constituía, en efecto, la base indispensable de una crítica profunda de la explotación capitalista. Por el contrario, la mayoría de los dirigentes leninistas nunca vio el interés de realizar análisis más avanzados y, en particular, análisis de las relaciones dialécticas entre la base económica de la sociedad y su superestructura política, institucional, jurídica e ideológica.

Estas consideraciones sobre el subjetivismo son el meollo del problema: proporcionan la clave para comprender la actitud de los dirigentes leninistas de la CGT en mayo de 1968. Toda mi experiencia como secretario del Centro confederal de estudios económicos y sociales (desde 1946 a 1968) me ha convencido de que el Centro desempeñaba una doble función en la dirección confederal:

- Proporcionar, en caso de necesidad, datos útiles acerca del nivel de los salarios, la amplitud del paro total o parcial, la evolución de la productividad, la penetración de los capitales americanos en Francia, etc.
- Justificar, con ejemplos bien seleccionados, las tesis elaboradas previamente por la Oficina confederal o la CA sobre la pobreza, el carácter perjudicial del Mercado Común, las graves deficiencias del V Plan, etc.

En veintidós años, jamás he tenido ocasión de asistir al estudio del reverso del problema: por ejemplo, analizar las modificaciones estructurales que han afectado a la clase obrera, con vistas a promover nuevas reivindicaciones. Todos los estudios que, a pesar de todo, se han realizado en este sentido se deben a la iniciativa del Centro y no a la Oficina confederal;

en el mejor de los casos, sólo han merecido corteses cumplidos (¡la CGT podía mostrar que ella también tenía economistas!), pero nunca suscitaron el más mínimo interés.

Lo que es cierto para el análisis económico, también lo es para el análisis sociológico: la ausencia de estudios de este tipo, ha sido quizás más grave y se ha manifestado de forma patente en lo que concierne a los problemas de la juventud y de la inserción de los jóvenes trabajadores en la sociedad actual.

Estas son, probablemente, algunas de las razones que explican el comportamiento de la CGT en mayo de 1968: al no haber analizado a tiempo los cambios cuantitativos y cualitativos que se producían en la sociedad francesa, la CGT no ha sido capaz de reconocerlos cuando han aparecido en el momento crítico. Sorprendida, los atribuyó a otras causas y se engañó sobre su significación profunda.

Como suele suceder en tales casos, tuvo miedo de un desconocido al que no estaba segura de poder dominar, y prefirió entonces un *statu quo* (que dominaba) a un movimiento que quizás podía conducir al socialismo, a un socialismo para el que ninguna estructura confederal estaba todavía preparada.

Las consignas de «poder obrero», calificadas de «vacías» por Georges Séguy, inquietaron particularmente a la CGT que, con independencia de cualquier otra consideración doctrinal, vio en ellas una amenaza para la organización sindical en tanto que sólo ésta debe representar a los trabajadores. Como ha dicho Benoît Frachon «no podemos tolerar que se acuda a los

trabajadores para sostener ideas que consisten de hecho en atacar e insultar a las más poderosas organizaciones obreras, pretendiendo sustituirlas en su tarea de dirección de las luchas obreras».

D'Astier de la Vigerie añade: «Los directores son siempre los directores». ¹⁴⁶

146 *L'Événement*, junio 1968, pág. 16.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Desbordada por los acontecimientos de mayo, incapaz de ponerse al frente de un movimiento cuyas causas, naturaleza y forma no comprendía bien, sin poder o sin querer llevar este movimiento a un nivel político superior, la Confederación General del Trabajo continúa siendo, a pesar, de todo, la mayor organización sindical francesa de masas, aquella con la cual patronos y gobernantes han de contar en primer lugar, aquella en la cual millones de trabajadores han puesto siempre sus esperanzas.

Pese a su larga vida, la CGT sigue siendo una sólida fortaleza que domina el horizonte sindical; habiendo rechazado numerosos y duros ataques, habiendo resistido violentas tempestades. Sin embargo, pasó ya el tiempo en que de esta fortaleza partían audaces incursiones a países enemigos o se elaboraba una estrategia activa del movimiento.

Para que varíe esta situación son indispensables varias condiciones, difíciles pero no imposibles.

La más importante es la que consiste en reconsiderar, a la luz de nuestro tiempo, la finalidad misma del sindicalismo. La concepción del sindicato como «correa de transmisión» de un partido político (cualquiera que sea) ha dado prueba de sus deficiencias; es incompatible con la existencia de un sindicalismo de masas. En una segunda fase, se vuelve contra el mismo partido cuando su utilidad no aparece ya tan evidente.

Volver pura y simplemente a las concepciones de la Carta de Amiens no es aconsejable. Al abarcarlo todo, el sindicato se transforma desde este momento en una especie de partido político, lo cual, como en el ejemplo precedente, está en contradicción con el sindicalismo de masas.

Ambas concepciones coinciden finalmente en un mutuo desconocimiento de la especificidad del movimiento sindical.

Actualmente, las discusiones sobre el «apoliticismo» han sido totalmente superadas y son hipócritas. En el mundo moderno, en que lo económico, lo técnico, lo social y lo político están en permanente interacción, toda posición sindical es, necesariamente, política en ciertos aspectos. A pesar de las afirmaciones de Krasucki en el XXXI Congreso, la ideología no puede estar ausente del sindicato.

Lo que hace falta es elaborar una política sindical autónoma y específica que sea, sin embargo, compatible con la adhesión libremente consentida de la mayor masa posible de trabajadores.

La primera condición para esto es establecer a la luz del día una estrategia clara de los principales objetivos del movimiento

sindical en el campo de las reivindicaciones agresivas y positivas, es decir, en el campo de las reivindicaciones susceptibles de conducir a un cierto número de reformas cualitativas de la vida del hombre en el trabajo.

Por sí mismas, las reivindicaciones cuantitativas (salarios más elevados, etc.) no pueden ser la base de una estrategia sino sólo de una táctica; esta es la conclusión de una larga experiencia sindical, es también el resultado del análisis teórico. En efecto, una serie de luchas (incluso coronadas por el éxito) por reivindicaciones cuantitativas sólo puede, por definición, conducir a la repetición, a un nivel superior, de la situación precedente.

En la medida en que permitieran obtener grandes éxitos, las reivindicaciones cuantitativas toparían con un límite infranqueable: el de la supresión del beneficio capitalista frente a la cual el movimiento sindical debería entonces elegir entre el abandono momentáneo de las reivindicaciones cuantitativas o la puesta en marcha de una política totalmente nueva.

Las reivindicaciones cualitativas, como las concernientes al poder obrero en la empresa, plantean, en cambio, problemas indiscutiblemente políticos y necesitan, por tanto, la elaboración de toda una estrategia a medio y largo plazo. Estos problemas, que son el centro de las preocupaciones obreras y de los medios trabajadores son políticos, pero tienen un carácter sindical que escapa en gran medida a la competencia de los partidos políticos.

Mediante las reivindicaciones cualitativas, el movimiento

sindical puede, por tanto, alejarse del espíritu tradicionalista, sin por ello caer bajo el control de un partido político y sin lanzarse a una aventura política que lo convertiría en un nuevo partido.

Creemos que, bajo esta óptica, los problemas tradicionales de la unidad sindical y del pluralismo serían superados. A partir del momento en que no existe en nuestro país un sindicalismo confesional, los únicos obstáculos a la unidad sindical sólo pueden ser de orden político: son los obstáculos que proceden de las tentativas efectuadas por los diversos partidos políticos (el PCF no es el único) para controlar o por lo menos inspirar a los sindicatos; son, igualmente, los obstáculos que derivan, en el interior de cada confederación, de una estrategia sindical específica y que sitúan al sindicalismo en una posición de inferioridad; de ahí, el celo de los «protectores» políticos y la vanidad de las tentativas unitarias.

Suponiendo que estas dificultades puedan resolverse, todavía sería necesario que la organización sindical reunificada ofreciera garantías reales de democracia, de plena libertad de opinión y de expresión.

Por ello las proposiciones hechas en 1957 por Pierre Le Brun y Léon Rouzaud siguen siendo absolutamente válidas. No se acierta a ver cómo la unidad sindical pueda lograrse algún día sin que estas proposiciones de buen sentido sean tenidas en cuenta de una forma u otra.

La verdad obliga a decir que, al finalizar 1968, la CGT parece estar más lejos que nunca de un tal cambio. El modo en que la CGT ha «analizado» el movimiento de mayo prueba una

renovación subjetivista y una alineación de nuevo en la posición del PCF, que señalan un retroceso evidente respecto a las oposiciones del XXXV y XXXVI Congresos. Pero la forma en que los principales dirigentes, Georges Séguy en cabeza, han tratado a los «grupúsculos» y también a las organizaciones sindicales responsables y representativas, como el SNE Sup., la UNEF¹⁴⁷ y sobre todo la CFDT, plantea serios problemas a la democracia de una CGT que poseyera de nuevo el monopolio de la representatividad sindical.

Pero esta necesaria cautela no debe conducir al pesimismo ni al abatimiento.

Aunque esto no se manifiesta todavía en la práctica cotidiana, el movimiento de mayo ha puesto en tela de juicio conceptos aparentemente inmutables, ha modificado las costumbres y ha barrido los prejuicios. Han surgido nuevas consignas que, en lo sucesivo se extenderán de taller en taller, de fábrica en fábrica. Pero, ante todo, la sacudida de mayo tiene como protagonista a la juventud. La entrada abundante de jóvenes en la CGT puede ser la ocasión de una renovación decisiva. Entiéndaseme bien, no se trata en modo alguno de que tal o cual «grupúsculo» entre en la CGT para proceder a prácticas caducas de «entrismo». Se trata, por el contrario, de que miles de obreros, técnicos e ingenieros aporten una sangre nueva a la vieja central, respetando sus estatuaos, en la letra y el espíritu del Preámbulo de Toulouse. Como dijera Lapalisse (y esto es esencial) la Confederación sólo es un conjunto de federaciones estatutariamente autónomas que agrupan a su vez a sindicatos

147 Union Nationale des Etudiants Françaises.

independientes. La práctica del «centralismo democrático» que, con razón o sin ella, constituye un elemento fundamental de la estructura de los partidos comunistas, no tiene nada que hacer en una confederación sindical. Es una práctica que no sólo es contraria a los estatutos sino que es sobre todo diametralmente opuesta al espíritu federalista y descentralizado del sindicalismo. Al hacer respetar en los hechos la práctica de la autonomía federal y sindical, los nuevos afiliados conseguirán que la Confederación esté más cerca de los trabajadores.

12 de septiembre de 1968

ANEXOS

RELACION DE LOS CONGRESOS DE LA CGT

1. DE LOS ORIGENES A 1912

Años	Federación nacional de sindicatos (tendencia «guesdista»)	Confederación General del Trabajo	Federación nacional de Bolsas de Trabajo (tendencia «anarquizante»)
1886	1.º Lyon.		
1887	2.º Montluçon.		
1888	3.º Burdeos.		
1890	4.º Calais.		
1892	5.º Marsella.		
1893		Congreso mixto de Cámaras sindicales y Bolsas de trabajo. París.	1.º Saint-Etienne. 2.º Toulouse.
1894	6.º Nantes.	Congreso único de Nantes.	3.º Lyon.
1895	7.º Troyes.	1.er Congreso constituyente de la C.G.T. Limoges.	4.º de Nîmes.
1896		2.º de Tours.	5.º de Tours.
1897		3.º de Toulouse.	6.º de Toulouse.
1898		4.º de Rennes.	7.º de Rennes.
1900		5.º de París.	8.º de París.
1901		6.º de Lyon.	9.º de Nice.
1902		7.º de Montpellier.	10.º de Argel.
1904		8.º de Bourges.	
1906		9.º de Amiens.	
1908		10.º de Marsella.	
1910		11.º de Toulouse.	
1912		12.º de Havre.	
1912		Extraordinario contra la guerra. París.	

2. DE 1918 A 1939

Confederación General del Trabajo

- 1918 13.^o de París.
1919 14.^o de Lyon.
1920 15.^o de Orleáns.
1921 16.^o de Lille.

Confederación General del Trabajo (C.G.T.)

- 1922
1923 17.^o de París
1925 18.^o de »
1927 19.^o de »
1929 20.^o de »
1931 21.^o de »
1933 22.^o de »
1935 23.^o de »

Confederación General de Trabajo Unitario (C.G.T.U.)

- 1.^o Saint-Etienne.
2.^o de Bourges.
3.^o de París.
4.^o de Bordeaux.
5.^o de París.
6.^o » »
7.^o » »
8.^o Issy-les-Moulineaux.

Confederación General del Trabajo (reunificada)

- 1936 24.^o de Toulouse (marzo).
1938 25.^o Nantes (noviembre).

3. DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN

Confederación General del Trabajo

- 1946 26.^o París (abril).
1947-dic. Escisión «Fuerza Obrera».
1948-abr. 1.er Congreso de la «C.G.T.-Fuerza Obrera», París.
1948-oct. 21.^o Congreso de la C.G.T.
1951 28.^o París (mayo-junio).
1953 29.^o París (junio), adopción del programa económico.
1955 30.^o París (junio), rechazo del programa económico.
1957 31.^o Ivry (junio), rechazo de las tesis de Pierre Le Brun sobre la unidad.
1959 32.^o Ivry (junio).
1961 33.^o Ivry (mayo-junio).
1963 34.^o Saint-Denis (junio).
1965 35.^o Ivry (mayo).
1967 36.^o Nanterre. Georges Séguy se convierte en secretario general y Benoît Frachon en presidente.

CRONOLOGÍA DE LOS ACONTECIMIENTOS CRUCIALES DE LA HISTORIA DE LA CGT

1884 Marzo: Reconocimiento legal de los sindicatos.

1895 Septiembre: Creación de la CGT en Limoges.

1902 En el Congreso de Montpellier, la CGT precisa sus estatutos.

1905 Agrupación, en el seno de la «Sección Francesa de la Internacional Obrera», de los tres grandes partidos socialistas franceses.

1906 Carta de Amiens.

1907 El 17.º Regimiento de infantería fraterniza con los vendimiadores del Mediodía.

1908 En Villeneuve Saint-Georges, Clemenceau ordena disparar contra los obreros. Dura represión contra la CGT

1909 León Jouhaux se convierte en secretario general de la CGT

1912 Diciembre: Huelga masiva

1913 En Villeneuve Saint-Georges, Clemenceau ordena el servicio militar de tres años.

1914 31 julio: Asesinato de Jean Jaurés.

1914 2 agosto: Comienzo de la primera guerra mundial.

1915 Septiembre: Conferencia internacional de Zimmerwald.

1917 Marzo; febrero antiguo estilo: Caída del zarismo en Rusia.

1917 6–7 noviembre (24-25 octubre): Revolución socialista en Rusia.

1918 Noviembre: Fin de la primera guerra mundial.

1919–1920 Numerosas huelgas masivas en Francia, principalmente entre los ferroviarios.

1919 Marzo y abril: Leyes sobre los convenios colectivos y la jornada de trabajo de 8 horas.

1920 Febrero: Creación de la «Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos».

1920 Diciembre: Creación, en Tours, de la «Sección Francesa de la Internacional Comunista». (SFIC) Adoptará oficialmente el nombre de partido comunista en octubre de 1921.

1922 Julio: En Saint-Etienne, los sindicalistas revolucionarios de la CGT se escinden y crean la «Confederación General del Trabajo Unitario».

1924 Numerosas huelgas defensivas.

1925 La CGTU organiza manifestaciones contra la guerra en Marruecos.

1929 25 de octubre: «Viernes negro». Comienzo en los Estados Unidos de la mayor crisis económica de la historia. Afectará a Francia en 1931 y durará hasta 1935.

1933 30 de enero: Hitler se convierte en canciller de Alemania.

1934 6 de febrero: Las «ligas» nacionalistas y fascistas intentan apoderarse de la Cámara de diputados. Numerosos muertos y heridos.

1934 9 y 12 de febrero: Los militantes de la CGTU y de la CGT, del PCF y de la SFIO vuelven a encontrarse en la lucha común contra el fascismo.

1934 27 de julio: Acuerdos SFIO – PCF.

1935 Nacimiento del «Frente popular», que agrupa el partido radical, la SFIO y el PCF. La CGT y la CGTU participan en él.

1936 Marzo: Congreso de Toulouse. Reunificación sindical en el seno de la CGT (la CGTU desaparece).

1936 Mayo: Victoria electoral del Frente popular. León Blum (SFIO) se convierte en presidente del Consejo.

1936 Junio: De tres a cuatro millones de huelguistas. El 7 de

junio los «Acuerdos Matignon» constituyen una victoria sin precedentes de la clase obrera y de la unidad sindical: leyes sobre las 40 horas, las dos semanas de vacaciones pagadas, delegados del personal, convenios colectivos, aumento general de los salarios, etc.

1938 Marzo: Anexión de Austria por Alemania. septiembre: En Múnich, los gobiernos francés y británico abandonan Checoslovaquia a Hitler.

1938 Noviembre: Ataque general del gobierno Daladier-Raynaud contra las mejoras sociales («¡Se ha acabado la semana de dos domingos!»). Una huelga general decidida por la CGT se convierte en un fracaso.

1939 23 de agosto: Después de haber intentado en vano negociar con Francia y Gran Bretaña (obstrucción de Polonia), la U.R.S.S. firma un pacto de no agresión con Alemania.

1939 3 de septiembre: Francia y Gran Bretaña declaran la guerra a Alemania que acaba de invadir Polonia. Comienza la segunda guerra mundial.

1939 25 de septiembre: La CA de la CGT excluyen arbitrariamente a los dirigentes comunistas (2ª «escisión»).

1940 10 de mayo: Las tropas alemanas invaden Francia.

1940 17 de junio: El Mariscal Pétain pide el armisticio. Dos horas después, en los montes del Velay, el general del ejército

del aire Cochet da las primeras órdenes de Resistencia. Por la noche, Jean Moulin, prefecto de Eure-et-Loire, actúa del mismo modo.

1940 18 de junio: En Londres, llamamiento del general De Gaulle.

1940 10 de julio: Llamamiento de Maurice Thorez y Jacques Duclos.

1940 22 de octubre: Entrevista en Montoire entre Pétain e Hitler.

1940 9 de noviembre: Disolución de la CGT y de la CFTC.

1941 Mayo: Huelga de los mineros del Norte y del Pas-de-Calais.

1941 Octubre: «Carta del Trabajo».

1941 22 de octubre: En Chateaubriand cerca de Nantes, los alemanes fusilan a 22 rehenes, en su mayoría comunistas y cegetistas.

1942 Noviembre: Los alemanes invaden la mitad sur de Francia.

1943 31 de enero: Capitulación alemana en Stalingrado.

1943 17 de abril: «Acuerdos de Perreux». Reconstitución de la unidad sindical. En la misma época, deportación de Léon Jouhaux.

1944 6 junio: Desembarcan los aliados en Normandía.

1944 18 de agosto: La CGT y la CFTC dan la orden de huelga general en pro de la liberación.

1944 25 de agosto: Liberación de París.

1945 8 de mayo: Capitulación incondicional de la Alemania nazi.

1945 6 de agosto: La primera bomba atómica es lanzada sobre Hiroshima (de 130.000 a 200.000 víctimas).

1945 5 de septiembre: El CCN de la CGT nombra dos secretarios generales, Léon Jouhaux y Benoît Frachon.

1945 30 de octubre: Creación en París de la «Federación Sindical Mundial» (F.S.M.).

1945-46 En la nueva unidad sindical los trabajadores obtienen importantes mejoras sociales (comités de empresa, Seguridad Social, aumento de los salarios, estatutos de los mineros y de los funcionarios) y económicas (nacionalizaciones).

1946 20 de enero: De Gaulle, presidente del gobierno provisional de la República, presenta su dimisión.

1946 24 de noviembre: Bombardeo de Haiphong por la flota francesa. Comienza la guerra de Indochina.

1947 4 de mayo: Los ministros comunistas son excluidos del gobierno.

1947 Junio: Anuncio del «plan Marshall».

1947 Noviembre–diciembre: Huelgas generalizadas en Francia. Dos millones de trabajadores en lucha.

1947 19 de diciembre: Léon Jouhaux y sus amigos del grupo «Fuerza Obrera» abandonan la CGT (3^a escisión). Alain Le Leap reemplaza a Léon Jouhaux en el Secretariado General.

1948 13 de abril: Creación de la CGT–Fuerza Obrera.

1948 Octubre–noviembre: Huelga de los mineros. Brutal represión gubernamental.

1950 Ley del 11 de febrero que restablece la libre negociación de los salarios.

1951 Expulsión de Francia de la sede de la F.S.M.

1952 28 de mayo: Violenta manifestación contra «Ridgway–la–peste». Detención de Jacques Duclos. Inicio de una serie de detenciones arbitrarias e ilegales de dirigentes de la CGT.

1953 5 de marzo: Muerte de Stalin.

1953 Agosto: Huelgas generalizadas contra las medidas antisociales del gobierno Laniel.

1954 Fin de la guerra de Indochina. Prolegómenos de la guerra de Argelia. Fallecimiento de Léon Jouhaux. febrero: XX Congreso del PCUS. N. Kruschev denuncia los «errores y los crímenes de Stalin».

1956 23 de octubre –4 de noviembre: Sublevación de Hungría.
El ejército soviético interviene.

1957 Tratado de Roma constitutivo del Mercado Común. Alain Le Leap, enfermo, abandona sus funciones de secretario general.

1958 13 de mayo: En Argel, golpe de fuerza de los generales Salan y Massu.

1958 28 de mayo: Varios centenares de miles de trabajadores se manifiestan contra el peligro fascista.

1958 1º de junio: El general De Gaulle vuelve al poder, como presidente del Consejo de ministros.

1958 28 de septiembre: Aprobación, por referéndum, de la constitución gaullista.

1958 21 de diciembre: De Gaulle es elegido «presidente de la República y de la Comunidad».

1961 22 de abril: «Putsch de los generales» en Argelia.

1961 25 de abril: Respondiendo al llamamiento de la CGT, de la CFTC, de la FEN, del PCF, del P.S.U. y de la SFIO (llamamiento «paralelo» de FO), doce millones de trabajadores en huelga contra el fascismo.

1962 8 de febrero: En el metro Charonne, con ocasión de una manifestación contra la O.A.S., la represión policíaca da como balance nueve muertos y 250 heridos.

- 1962** 18 de marzo: Acuerdos de Evian. Fin de la guerra de Argelia.
- 1963** Marzo-abril: Huelga total de los mineros de Francia. Completo fracaso de la orden requisitoria firmada por De Gaulle.
- 1964** Noviembre: La CFTC abandona toda referencia confesional y se convierte en la «Confederación Francesa Democrática del Trabajo». Una minoría de escisionistas continúa la «CFTC-mantenida».
- 1966** Enero: Acuerdos CGT – CFDT Insultados por *L'Humanité*, Pierre Le Brun dimite de su cargo de secretario confederal, al negarse la Oficina confederal de la CGT a manifestar su protesta.
- 1967** Junio: El XXXVI Congreso de la CGT se pronuncia por un «cambio político fundamental».
- El CCN nombra a Georges Séguy secretario general en sustitución de Benoît Frachon que pasa a ser presidente.
- 1968** 6 de mayo: Comienzo «oficial» de la revuelta estudiantil con la irrupción de la policía en la Sorbona.
- 1968** 13 de mayo: «Manifestación de la República» en Denfert-Rochereau, un millón de personas.
- 1968** 15 de mayo: Primeras ocupaciones de fábricas. En los días siguientes, nueve o diez millones de huelguistas.

1968 20 de mayo: Discurso de Séguy en la fábrica Renault. La huelga es y seguirá siendo estrictamente reivindicativa.

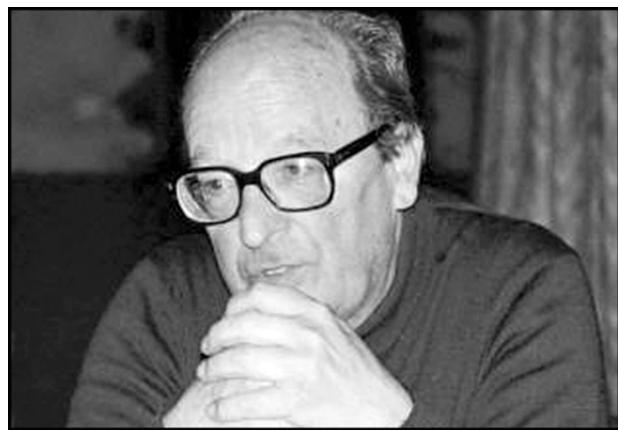
1968 27 de mayo: Acuerdos de Grenelle, rechazados por los trabajadores. Mitin de Charléty.

1968 28 de mayo: Manifestación de la CGT por un «gobierno popular».

1968 30 de mayo: Contraofensiva gaullista. La CGT cede en todas sus «condiciones» y se incorpora a las elecciones.

1968 20 de agosto: Invasión de Checoslovaquia por las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia (menos Rumania). La CGT y el secretario general de la FSM, Louis Saillant, condenan la intervención soviética.

1968 4 de octubre: La «Confederación Internacional de los Sindicatos Cristianos» (CISC) se desconfesionaliza y se convierte en la «Confederación Mundial del Trabajo» (CMT).



ACERCA DEL AUTOR

ANDRÉ BARJONET, nació el 9 de enero de 1921 en Taza en el Protectorado Francés de Marruecos y fallecido el 15 de noviembre de 2005 en Laval.

Se unió a la resistencia comunista durante la Segunda Guerra Mundial. Luego se convirtió en miembro activo de la CGT. De 1946 a 1968 ocupó el cargo de secretario del Centro de Estudios Económicos y Sociales de la CGT, en paralelo con su actividad en el Partido Comunista.

En 1968, se opuso a los Acuerdos de Grenelle. Ya sacudido por la represión de Budapest en 1956, abandonó el PC y la CGT en mayo de 1968, así como el Consejo Económico y Social, convirtiéndose en antiestalinista. Publicó *La revolución traicionada* y este libro, y se unió a la oficina nacional del PSU.

Se retiró de la política a principios de la década de 1980.